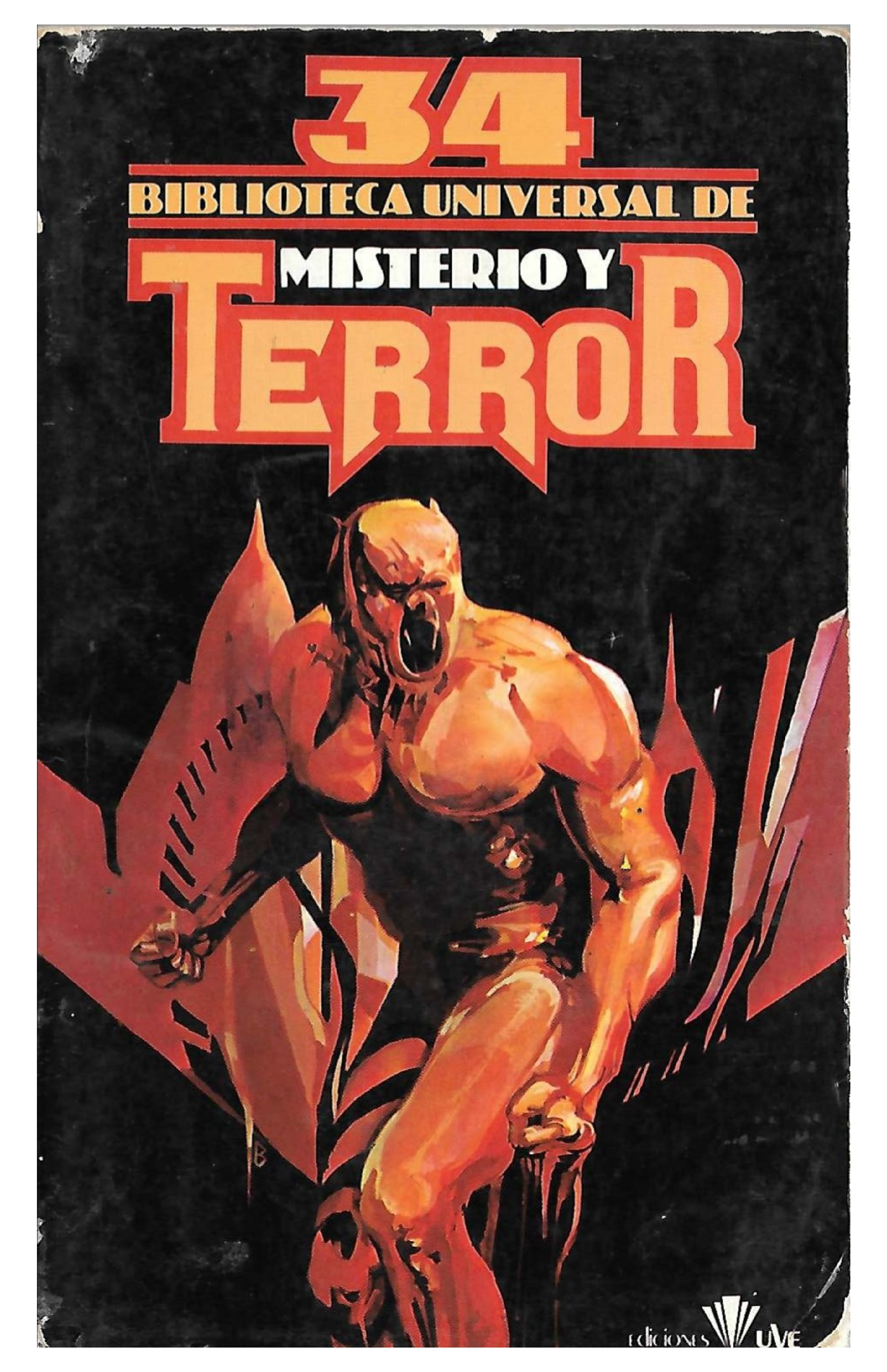

34
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones
UVE

34
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

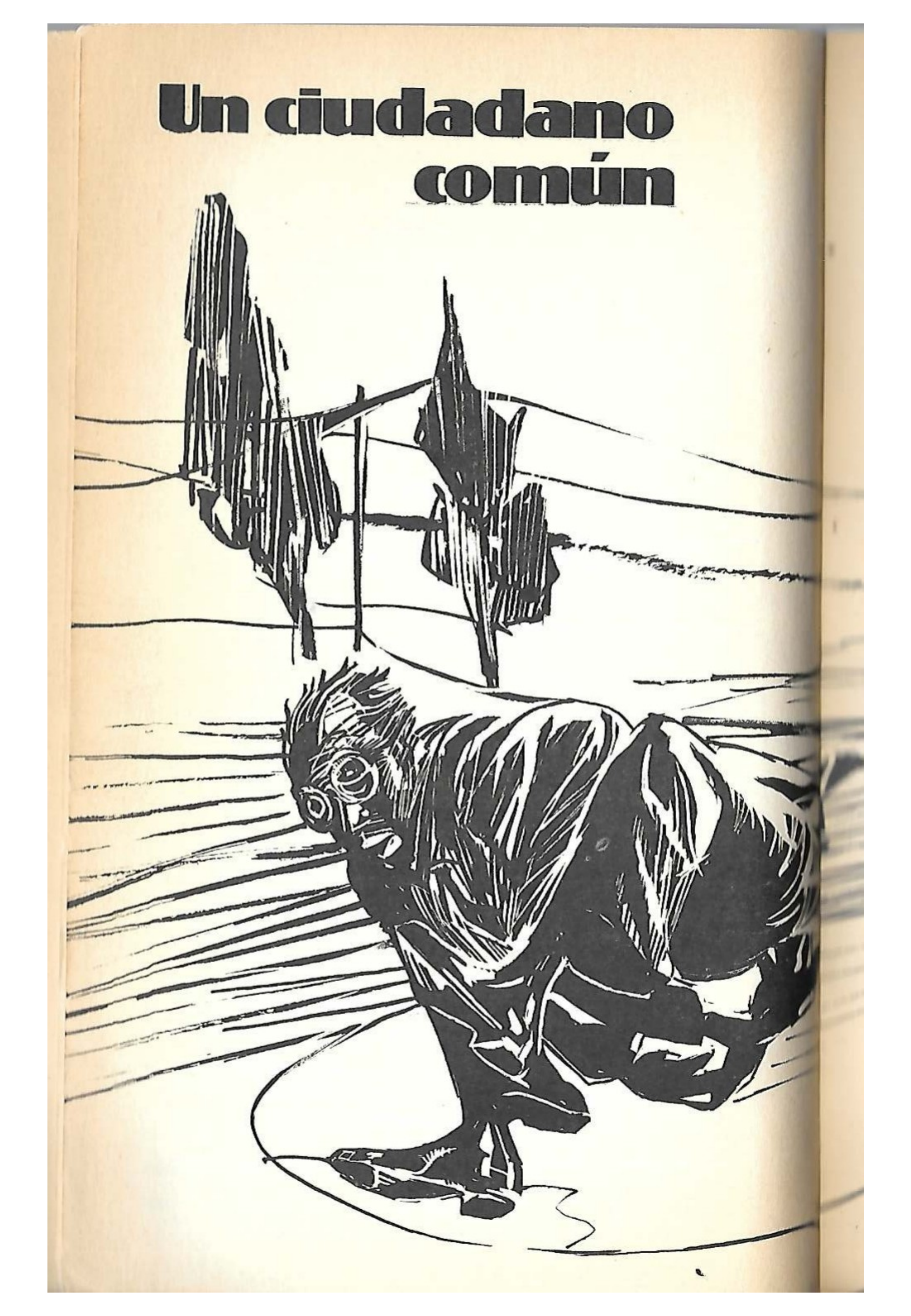
Depósito legal: M. 9.255-1982.
ISBN: 84-7526-032-2.

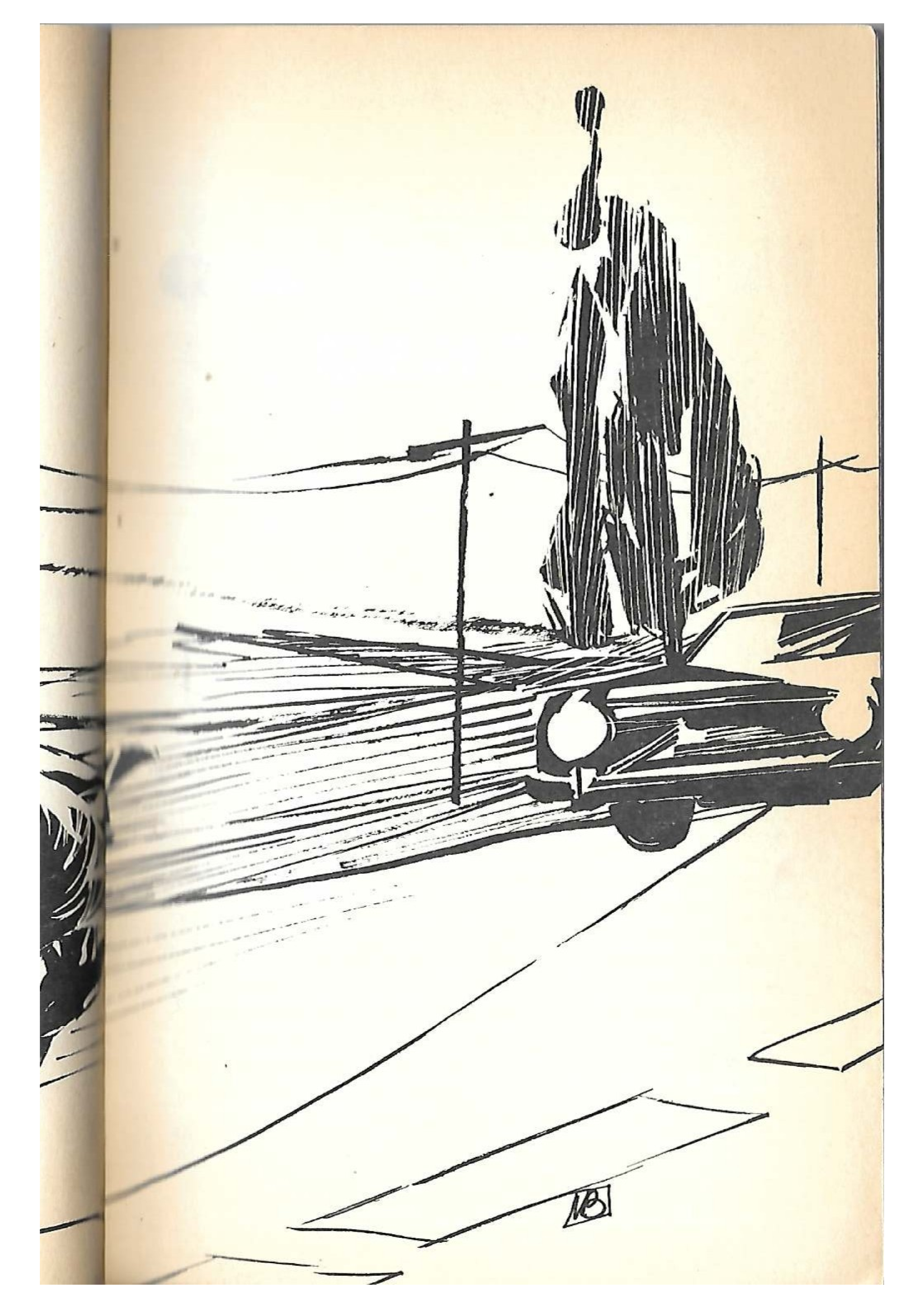
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

Un ciudadano común

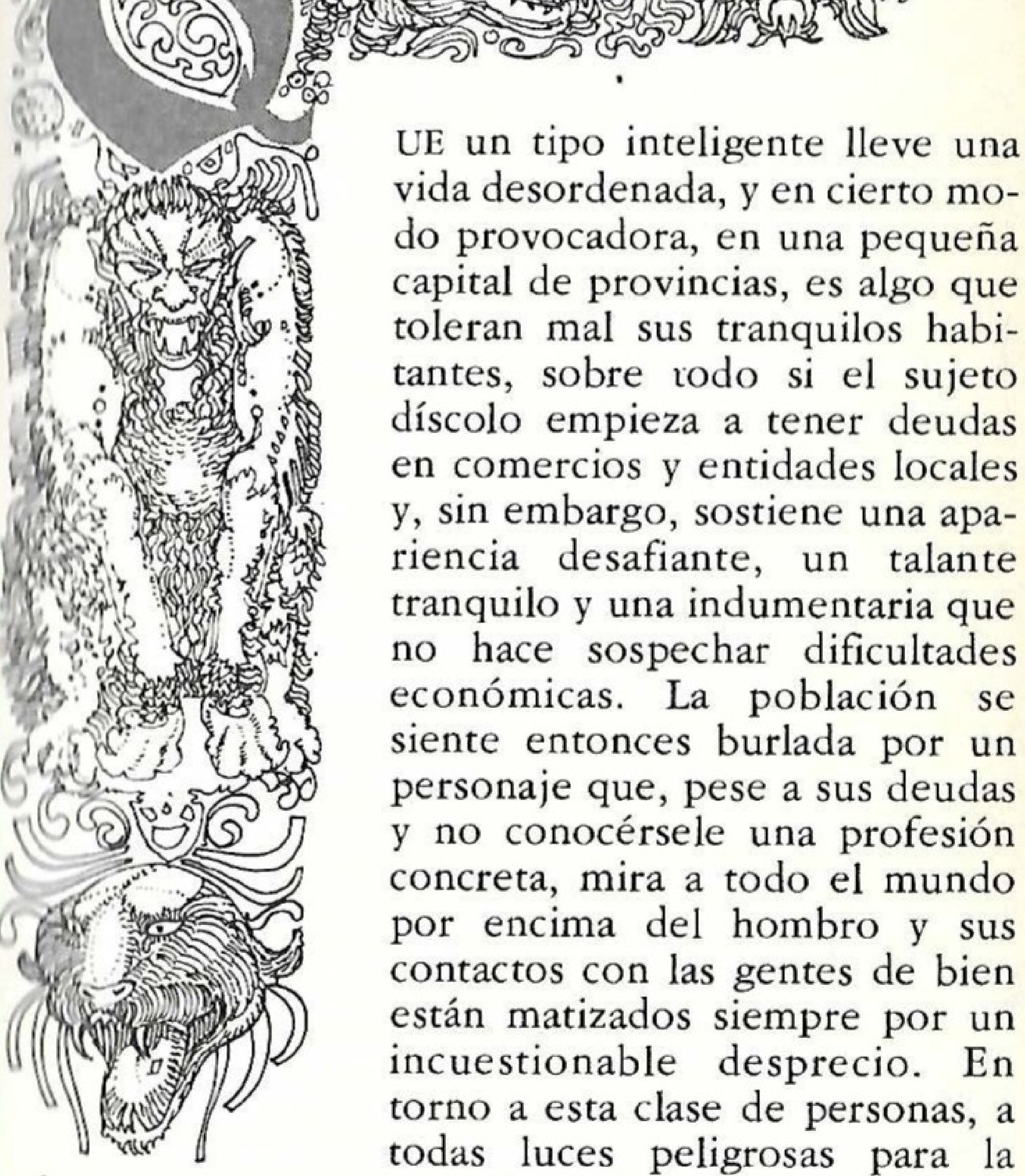




Un ciudadano común

Nino Velasco

Sintió un detestable escalofrío y, sin poder desechar sus temores, le invadió la profunda y reveladora sensación de que el hombre cuya presencia obsesionante le acosaba, no era nadie en concreto.



UE un tipo inteligente lleve una vida desordenada, y en cierto modo provocadora, en una pequeña capital de provincias, es algo que toleran mal sus tranquilos habitantes, sobre todo si el sujeto díscolo empieza a tener deudas en comercios y entidades locales y, sin embargo, sostiene una apariencia desafiante, un talante tranquilo y una indumentaria que no hace sospechar dificultades económicas. La población se siente entonces burlada por un personaje que, pese a sus deudas y no conocérsele una profesión concreta, mira a todo el mundo por encima del hombro y sus contactos con las gentes de bien están matizados siempre por un incuestionable desprecio. En torno a esta clase de personas, a todas luces peligrosas para la adormecedora marcha de la ciudad, se levanta poco a poco un cerco de vacío, única respuesta posible de una comunidad caracterizada por esa odiosa virtud que es el decoro social ante una especie de burlador insolente y desdeñoso.

* * *

La noche del 25 de septiembre, Enrique Luján re-

gresaba a su ciudad desde Madrid, a donde, por diversas circunstancias que no vienen al caso, viajaba una o dos veces por semana. Volvía por la carretera de Andalucía en un Seat 124 con muchos kilómetros, aferrado al volante del suave vehículo y sumido en esa especie de anquilosamiento autómata que se produce cuando después de una noche sin dormir y una jornada agotadora te dispones aún a cubrir doscientos kilómetros nocturnos y tan sólo una abundante secreción de adrenalina te permite seguir la ruta sin ceder al sueño o a la dispersión de los sentidos.

La noche era clara y tibia, uno de esos nocturnos próximos a la vendimia en los que el campo de la Mancha, después de un día de calor agobiante, se impregna de un delicioso frescor embalsamado por el canto de los grillos. Conocía bien la ruta: Madrid, Aranjuez, Ocaña, La Guardia, Tembleque, Madridejos y Puerto Lápice. Luego había que desviarse por una carretera secundaria, oscura y desierta, bordeada de álamos a trechos. En una recta prolongada y monótona, cuando ya estaba próximo a C... y mantenía el cuentakilómetros a ciento veinte, le vio por primera vez. A unos cinco o diez metros del morro del coche, iluminado intensamente por los faros, contempló a un hombrecillo vestido de oscuro que, gateando veloz sobre el asfalto, avanzaba delante del automóvil manteniéndose siempre a la misma distancia. La visión era del todo irreal: una especie de circunspecto empleado de banca que se desliza por la carretera gateando a ciento veinte kilómetros por hora delante de tu Seat, induce a pensar a cualquier hombre sensato que es víctima de una alucinación producto del cansancio. Había oído hablar de gente que, tras un prolongado viaje nocturno en coche, sufría fenómenos alucinatorios de esta especie.

Enrique Luján detuvo el automóvil y se bajó. En la calzada, lógicamente, no había nadie. Se dio unos paseos por los alrededores del coche. La luna iluminaba un campo fragante donde destacaban las sombras redondas de los olivos. Se metió de nuevo en el coche

y reemprendió la marcha. Apenas faltaban cinco kilómetros para llegar a la ciudad, cuando vio de nuevo la extraña figura del hombre ponderado gateando vertiginosamente sobre el firme flamante de la carretera. A la derecha reconoció las luces de «P.P.», un bar de chicas al que acudían todas las noches esa clase de sujetos maduros que todavía le encuentran gusto a tomarse unos cubas libres servidos por señoritas procaces. Decidió pasar para beber algo fresco y ahuyentar aquella imagen que, pese a estar persuadido de su irrealidad, no dejaba de producirle un desagradable estremecimiento.

El local era amplio, y la luz amarilla de sodio proporcionaba a los rostros de los clientes y las camareras una apariencia violácea y espectral. Había tipos con aspecto de jabalí que proponían cosas turbias a muchachas provistas de minivestidos y alocados escotes. Pidió una cerveza fría a una mujer muy alta que se cubría el pecho con unos tirantes. Comenzó a beber y volvió la cabeza distraído para observar el establecimiento. Le dio un vuelco el corazón. Al fondo del bar, sentado en un diván oscuro y envuelto por la penumbra de una luz azulada, descubrió al hombre de la carretera, al fantasma que acababa de ver gateando delante de su coche. Dejó el trago de cerveza en suspenso; había tenido tiempo de identificar a aquella aparición insidiosa y se trataba, sin duda, del mismo personaje. Un individuo gris, pulcro, vestido de oscuro, con gafas redondas y doradas, provisto de un bigotito fino bien recortado y unos zapatos muy limpios de color marrón. Le miraba a los ojos impasible, con la compostura propia de quien aguarda en una antesala de respeto. Estaba solo y nadie le hacía caso. Se tomaba una copa de anís mezclado con agua.

Enrique accedió a un impulso atolondrado y se dirigió al cliente que estaba a su lado, una especie de carnicero que en ese momento le cogía la mano a una chica rubita.

—¿Ve usted a aquel hombre del rincón?

—¿Cómo?

—Allí, en el rincón de la derecha, hay un hombre...

—Sí...

—Gracias, sólo era eso... Gracias.

El tipo que parecía un carnicero se encogió de hombros y la chica rubita le dijo algo a Enrique Luján. Pero él estaba llamando ya a la mujer que le había traído la cerveza para abonársela. Salió del local precipitadamente. El hombre del diván, sin ocultar su gesto, más bien haciéndolo evidente, giró la cabeza al ritmo de los pasos de Enrique siguiéndole con la mirada hasta que salió del establecimiento.

Unos minutos después, aparcaba su coche en una bonita plaza de C... cubierta de acacias. Eran las cuatro de la madrugada y la ciudad estaba desierta. Habitaba en una calle de las llamadas peatonales, esa cosa sin árboles, pero con baldosas de colores, bancos de granito, falsas farolas modernistas y maceteros con plantas de hoja perenne. Tuvo miedo —una sensación poco habitual en un hombre sobre todo activo— cuando le vio otra vez sentado en el banco que quedaba justamente frente al portal de su casa. Permanecía sosegado e impertérrito, con la compostura de un administrativo modélico, mirándole sin pestañear, menudo y, sobre todo..., sobre todo irreconocible. No sólo jamás se había cruzado con él en la pequeña ciudad donde todo el mundo se conocía por lo menos de vista; sus rasgos, *demasiado comunes, exageradamente comunes,* tampoco le identificaban en ningún sentido. Sintió un detestable escalofrío al introducir la llave en la cerradura y tener la reveladora sensación de que aquel tipo *no era nadie en concreto.*

Hasta el momento de acostarse, Enrique Luján barajó en su mente montones de ideas dispersas, pero muy vivas, intentando explicarse de algún modo unos acontecimientos insólitos que le depararon, en la soledad de su piso, una vaga inquietud que lindaba con el miedo (esos momentos en que los espacios conocidos donde habitas se muestran cargados de un aura incierta que retrotrae a los primeros y viejos terrores de la infancia). El sobresalto tal vez fue tempestuoso

cuando, sobre la repisa del cuarto de baño, junto a su máquina de afeitar, detectó la presencia de unas gafas doradas que no le pertenecían, precisamente semejantes o iguales a las que usaba el ignominioso personaje que le estaba atormentando la noche. Se acostó, hizo infinitas conjeturas encadenadas, se sobresaltó con todos los ruidos del piso y aún tuvo la curiosidad de levantarse para mirar, tras los visillos del comedor, a la calle. Allí continuaba el hombre modoso, sentado en el banco, mirando exactamente hacia la ventana, como si, pese a la oscuridad de la estancia y el espesor de los visillos, hubiese advertido la presencia acechante de Luján.

El despertador sonó a las ocho. El viajero se incorporó embotado por un sueño corto e inquieto; al principio no recordó los sucesos de la noche anterior hasta que penetró en el cuarto de baño y vio otra vez las gafas. La luz limpia de un día otoñal, fresco y agradable, le hizo evocar los sucesos nocturnos descritos como un fenómeno francamente alucinatorio. No tardaría en averiguar de quién eran aquellas gafas. Se duchó con cierto brío, se roció con colonia de su mujer, se puso ropa limpia y salió a la calle. Bueno, todas las prisas del regreso, el viaje precipitado en la noche, etc., tenían un dulce objetivo. Celia estaba en Valencia de vacaciones, con los niños, y resultaba justo y necesario pasar aquel día con Fernanda, una chica que era una locura, un asunto bueno de verdad cuando se roza la cuarentena y te encuentras con un sueño perverso de dieciocho años capaces de cualquier cosa ofuscadora. Estaba esperándole en el bar La Cometa, tal como habían quedado, con un jersey azul de escote triangular, unos pantalones negros, su mirada equívoca y el largo cuello tentador. Desayunaron café con churros y volvieron en seguida a casa. Subieron besándose con cierto apresuramiento en el ascensor y se fueron deprisa a la cama. Omito la descripción de los originales jadeos de la chica en los momentos supremos, la tonalidad aceitunada de su cuerpo alargado y la tierna disponibilidad de sus muslos, que no

añadirían datos significativos a esta historia. Es necesario anotar, sin embargo, que, a las once, Enrique Luján, agotado por dos jornadas tremendas y después de consumar ejercicios amatorios que naturalmente inducen al sueño, se quedó profundamente dormido. Ella se fumó un cigarrillo mirando al blanco techo. Entonces llamaron a la puerta.

—No abras —dijo él entre sueños.

No se repitió la llamada, pero la chica escuchó en el pasillo el roce particular que produce la introducción de un sobre por debajo de la puerta. Se levantó para verificar la veracidad de su deducción. Sobre el parquet brillante vio, en efecto, un sobre pequeño sin ninguna inscripción. Se lo llevó al dormitorio.

En el sobre de papel tela había tan sólo una fotografía en blanco y negro: el busto de un hombre pulcro que miraba directamente al objetivo. Fernanda concentró por unos momentos su atención en la imagen tratando de identificar aquel rostro entre los conocidos de su amante y después entre los habitantes de la ciudad. Sintió una fugaz sensación de atonía, o de vacío, o de desasimiento, al comprobar que aquellas facciones, en realidad, *no correspondían a nadie.*

—Es una foto de nadie —dijo.

El cogió la cartulina sacando un brazo desde las profundidades de las sábanas y la miró con la atención dispersa de quien echa una ojeada a algo que le interesa poco. Después se sentó de un salto inopinado y clavó su mirada en aquel rostro de pesadilla. Ella advirtió que palidecía. Sobre el reverso no había nada escrito, salvo la marca del papel fotográfico. La rajó con saña; se le ensombreció la expresión. Hasta las cuatro de la tarde no pudo recuperarse.

Enrique y la chica salieron a la calle hacia las cinco y estuvieron bebiendo por los bares del centro. Tomaban «schweppes» con ginebra y dos horas más tarde es posible afirmar que el mundo era para ellos como una especie de colchón sedoso y fulgurante: estaban ebrios. La gente les miraba con prevención, los reconocía, advertía lo anómalo de aquella situación y des-

pués emitían comentarios insidiosos. Hacía fresco cuando se despidieron y él se dirigió hacia la estación para recoger a su mujer, que llegaba aquella noche, tratando de recuperarse mediante inspiraciones profundas mientras subía por las callejuelas sombrías que conducían hasta el centro ferroviario de la ciudad.

Había algunas personas en el andén principal que, como él, aguardaban a un Ter procedente de Madrid. Compró un paquete de Ducados y encendió uno. Entonces miró hacia el fondo de la estación y, tras la bocanada de humo que acababa de expulsar, distinguió al abominable hombre impersonal casi sumido en las sombras de la zona ocupada por los depósitos de mercancías. Estaba quieto, como quien goza de la nostalgia antigua detenida en los ambientes ferroviarios provincianos. Le miraba. Enrique Luján, instintivamente, se introdujo en el vestíbulo para ocultarse, sintiéndose absurdamente amenazado por la presencia de un ciudadano anodino, cuya apariencia, a primera vista, resultaba del todo inofensiva. Ahora se aproximaba paseando tranquilo, con la mirada fija en los cristales tras los que Enrique observaba, como si un detector particular orientase siempre sus ojos hacia el lugar donde él se hallase. Los altavoces de la estación anunciaron la inminente llegada del tren. Salió del vestíbulo. El hombre se había colocado muy próximo al borde del andén, sin dejar de mirarle. El Ter azul no tardó en hacer su entrada en la estación.

Entonces ocurrió algo insospechado y horrible. Cuando el convoy llegaba a la altura del hombre inquietante, éste, súbitamente, sin que nadie quizás hubiera presentido tal reacción, se arrojó bajo sus ruedas. Un grito horrorizado de mujer traspasó los ámbitos de la estación y el chirrido de las ruedas del tren, detenidas tras un brusco frenazo, patinaron chispeantes sobre los raíles. La gente se arremolinó en torno al lugar donde había caído el desgraciado suicida. Enrique Luján, sobresaltado, se aproximó al grupo de curiosos que trataban de husmear los detalles más macabros de la tragedia. Consiguió ver algo

bajo uno de los vagones: una pierna quizá cercenada cubierta por un trozo de pantalón sanguinolento. Sobre el borde mismo del andén había quedado un zapato marrón con algunas salpicaduras de sangre. Se retiró impresionado, sintiendo, sin embargo, un saludable alivio tras la desaparición de alguien que había comenzado a turbar aún más su existencia.

Su mujer no había llegado; sin duda algún imprevisto demoraba su regreso y la llamada avisándole de aquel retraso se habría producido seguramente por la tarde, durante las horas que estuvo con Fernanda recorriendo los bares del centro. Regresó a casa hacia las diez, sumido en una mezcla de sentimientos encontrados, cavilando sobre una serie de sucesos tan sorprendentes como inexplicables, proyectando buscar de nuevo a la chica para pasar una noche más con ella.

Estaba metiendo la llave en la ceradura de su piso cuando advirtió que el camino desde la estación hasta aquel descansillo había transcurrido en una especie de inexistencia, del mismo modo que, algunas veces, cuando llegamos a nuestro punto de destino somos incapaces de reconstruir en el recuerdo el trayecto que hemos seguido, tal ha sido la intensidad de nuestras elucubraciones durante el recorrido.

Al abrir notó que la puerta desplazaba algo al otro lado conforme se abría, algún objeto que debía estar colocado justamente tras ella e impedía una apertura normal. Encendió la luz y miró al suelo para comprobar de qué se trataba; la sangre afloró violentamente a su cerebro: un zapato marrón salpicado de sangre, fácilmente identificable, destacaba horrible sobre el parquet. La huida constituyó su primer impulso. Después, tras algunos minutos de dubitativa zozobra, optó por penetrar en la vivienda. Eludiendo las proximidades del atroz zapato se dirigió hacia el salón para derrumbarse en el floreado sofá. Ahora sabía con certeza que una inconcreta y macabra amenaza le acechaba con una persistencia intolerable.

Recibió una llamada de Celia desde Valencia: por

motivos que sería tedioso enumerar retrasaba su regreso hasta dentro de dos días. Sobre la mesa vio de nuevo la notificación del Juzgado de Distritio donde se le citaba pra el día siguiente a las once de la mañana. Podía ser cualquier cosa: una multa de tráfico o algún acreedor harto. Trató de buscar a Fernanda infructuosamente haciendo un recorrido por sus ámbitos habituales y, obviando regresar a casa, se quedó a dormir en el único hotel de la ciudad.

Se levantó temprano para acudir a la cita del Juzgado. Era un edificio de mármol recién construido que parecía un mausoleo. En el destartalado despacho del Secretario había varias personas que aguardaban. Aquel hombre era una buena persona, capaz de comprenderle en cierto modo. Se trataba de la denuncia de una casa de electrónica donde Enrique comprara un video hacía dos años. Sólo había pagado tres letras. El Secretario le pasó a otra sala para explicarle el caso más en privado; no obstante, dos o tres individuos esperaban sentados en viejas sillas con el asiento de cuero.

No pudo escuchar lo que el funcionario le decía. En un ángulo de la estancia, semioculto por un magnífico armario castellano tallado a mano, permanecía sedente el hombrecito circunspecto que había visto, tan sólo hacía unas horas, arrojarse al encuentro del tren. Palideció. Su mirada, dirigida hacia el rincón del armario, era tan persistente, que el Secretario giró la cabeza para cerciorarse de qué cosa alteraba a su interlocutor. Enrique Luján le interrumpió tartamudeando:

—¿Quién? ¿Quién es... ese hombre?

El Secretario volvió a mirar hacia el fondo de la sala y luego observó el rostro demudado de Enrique.

—No lo sé, nunca le he visto... Debe estar esperando un juicio o algún otro trámite, ya sabe... ¿Le ocurre algo?

—No, no...

Escuchó el resto de las recomendaciones de aquel comprensivo señor (si pagaba antes de quince días

no le ocurriría nada, tan sólo se trataba ahora de la notificación de una demanda) embarazado por una agitación creciente.

Cuando salió del Juzgado comprobó que le temblaban las piernas. Trató de coordinar un cúmulo de ideas, sensaciones e hipótesis con la turbulencia cegadora que embarga a un hombre que deambula por las calles aturdido a causa de un acontecimiento demasiado turbador para que sea posible serenar el curso de sus pensamientos. «Un espejismo en la carretera, coincidencias casuales, dos hombres muy parecidos...»

Subió a casa. Allí estaba aún el amedrentador zapato, que no osó tocar, del mismo modo que se evita el contacto con ciertos entes de aspecto incierto, amenazador o repulsivo.

Intentó localizar a Fernanda por teléfono. No estaba en ninguna parte. Diversas embestidas depresoras le condujeron a tumbarse en la cama y, sin advertirlo, se quedó dormido.

Varios timbrazos discretos le despertaron cuando ya era de noche y una desagradable desorientación estragante hizo que volviese en sí sobresaltado, entrando de sopetón en el estado de vigilia sin recordar con precisión los acontecimientos inmediatos. Al principio pensó no abrir, pero la insistencia de las llamadas, espaciadas y comedidas, efectuadas probablemente por una persona tímida y educada, pero tenaz, le decidieron a incorporarse.

Avanzó por el pasillo tratando de recuperarse. Se hizo cargo de su situación al ver el zapato sobre el parquet. Abrió la puerta y una angustia devastadora le oprimió la garganta.

—Buenas noches —le dijo el hombre vestido de oscuro, con gafas redondas doradas y zapatos marrones, midiendo sus palabras con la precaución de las gentes recelosas. Era él.

Enrique, aterrado, no contestó; estuvo tentado de cerrar la puerta, despavorido ante una aparición tan inesperada como abyecta.

—Permítame pasar...

—¡No! ¿Quién es usted? —exclamó Enrique en un alocado arranque de valor.

—Permítame pasar y podré darle una cumplida respuesta...

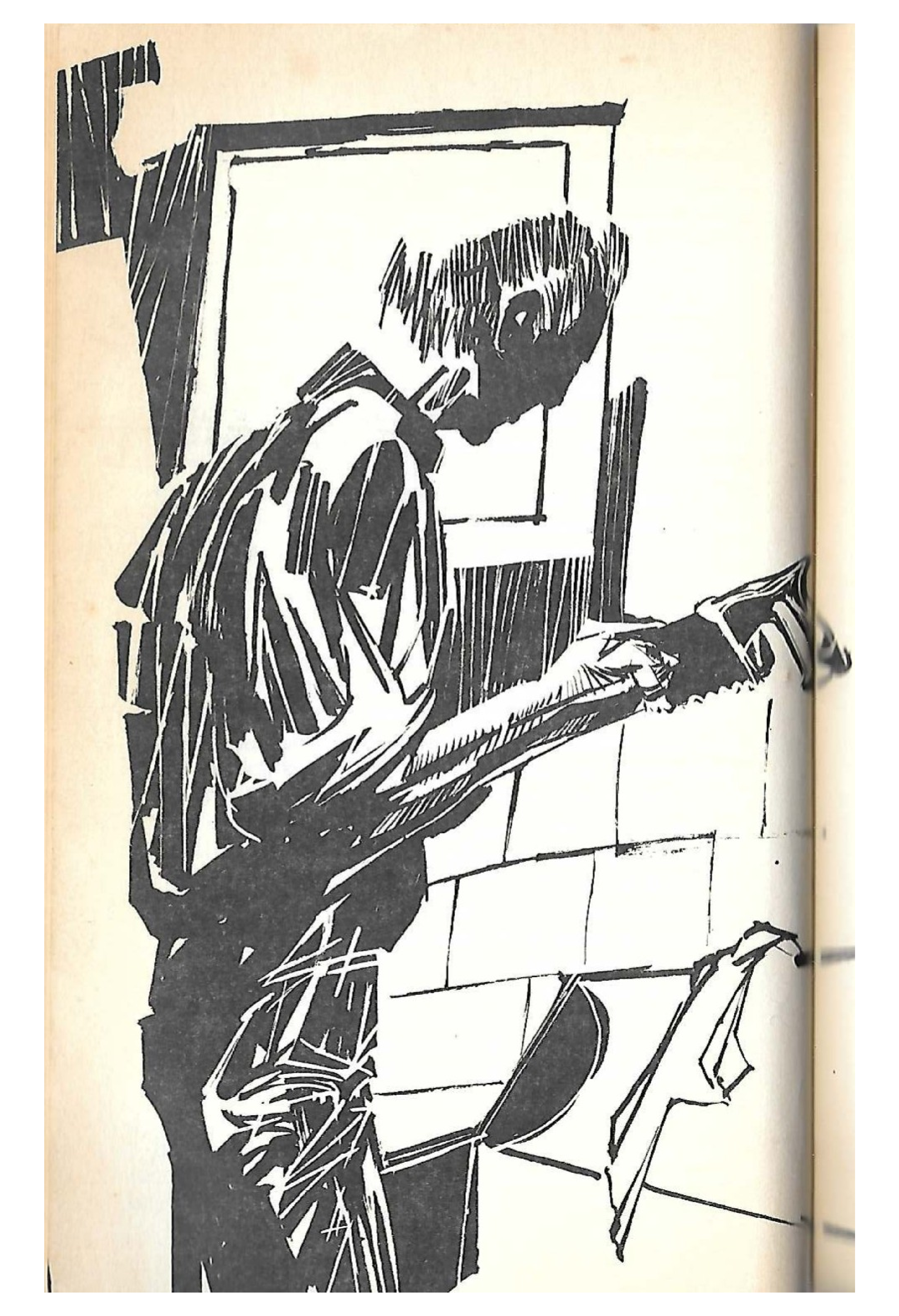
Dos hombres se enfrentaban poco después en el silencioso recibidor del piso, iluminado por un foco del pasillo que creaba una penumbra ambigua.

—¿Quién, quién es usted? —repirió Enrique ofuscado por el desconcierto y el miedo—. Le he visto gatear por la carretera a cien kilómetros por hora y morir destrozado bajo las ruedas del tren; anoche, anoche...

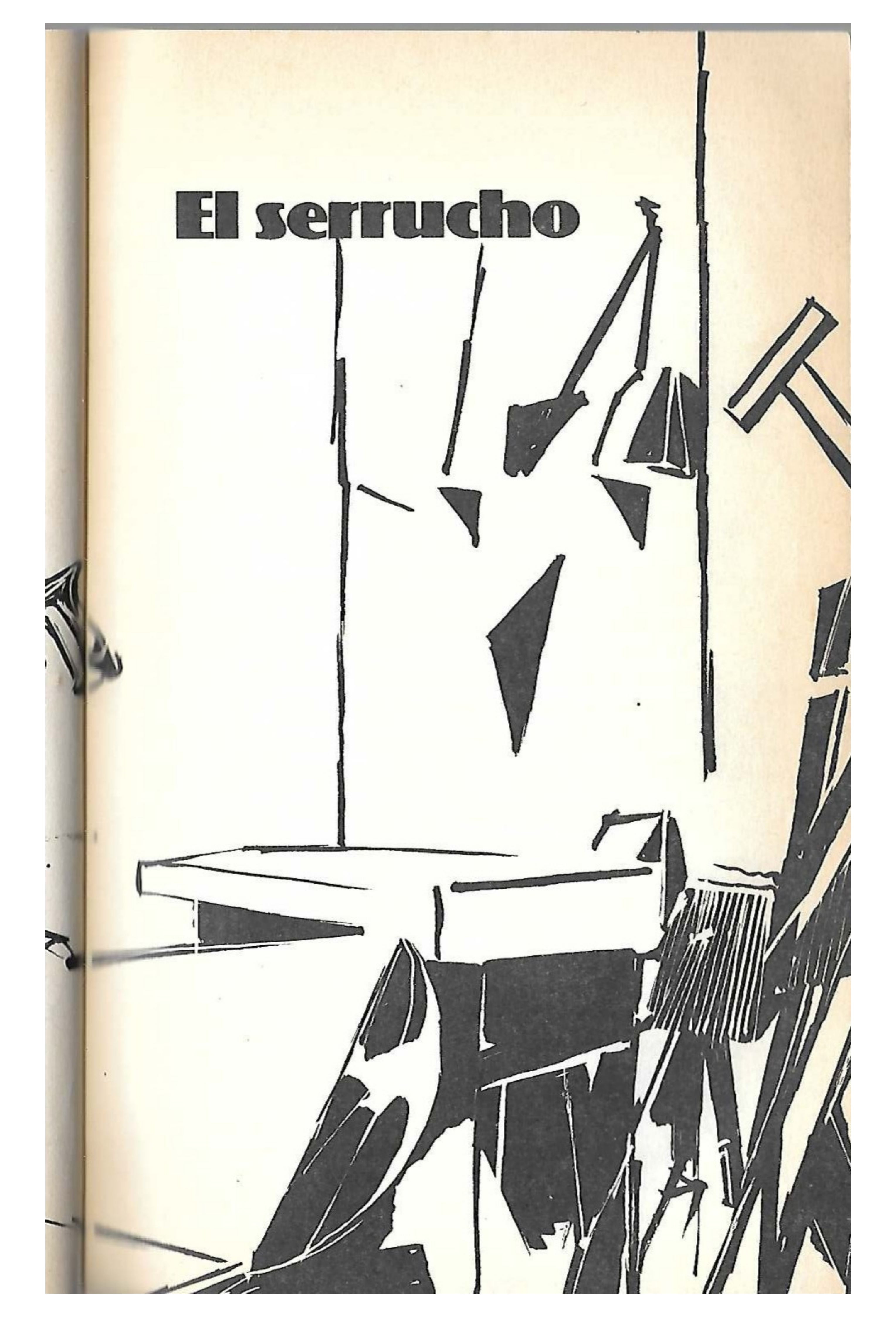
El visitante le miró a los ojos. Luján no pudo precisar cómo la había sacado de alguna parte, pero la hoja de una navaja brillaba entre los dedos del execrable intruso y una sonrisa siniestra se perfilaba en sus labios.

—*Soy el ciudadano anónimo.* Eso es todo.

No dijo nada más. Enrique sintió el impacto del navajazo penetrando en la caja torácica, taladrando tal vez el corazón. Luego, a la distancia de los sueños, detectó otras cuchilladas, probablemente una en el cuello, otra, quizás, en el bajo vientre. Es posible que percibiera el cálido deslizamiento de la sangre por la garganta y el tacto espeso de su camisa empapada. Tuvo tiempo de recordar con angustia infinita la costa levantina y la tierna imagen de Celia en la playa del Saler; experimentó la desolación de la muerte en soledad y entendió con toda precisión cómo la ciudad estancada se deshacía de un vecino intranquilizador bajo la mano ejecutora de su pérfida masa inerte encarnada en el implacable ciudadano anónimo. El hombre se agachó, cogió su zapato y salió al descansillo. Cerró la puerta con cuidado.



El serrucho



El serrucho

Alfonso Martínez Garrido

¿Qué le estaba sucediendo? ¿Qué relación guardaban sus insomnios con los atroces asesinatos que, noche a noche, se estaban produciendo? ¿No estaría viviendo inconscientemente otra vida?



AL principio creyó que se trataba de una obsesión refleja de su monótono trabajo en la serrería. Y no le dio más importancia al asunto, pese al insomnio que le producía aquel aserruchar constante que, a través de las sienes, se le introducía en todas las fibras de su cerebro, como si en el mismo se hubieran dado cita un millón de pertinaces cigarras leñadoras, desde el momento en que se acostaba hasta el amanecer.

El primer día, después de haberse mudado a aquel viejo y destartalado piso amueblado del barrio antiguo de la ciudad, comentó a los compañeros, incluso con buen humor, cuando se incorporó al trabajo.

—Aquí alguien debiera de pagarme horas extras. Porque me he pasado toda la noche serrando.

Tardó en descubrir, sin embargo, que el zumbido continuo y uniforme de las sierras eléctricas que se utilizaban en la factoría de maderas era distinto al rasgueo intermitente y jadeante, como el de un serrucho manejado por una mano cansada, que le inundaba, que le segaba a trozos el cerebro todas las noches. Y aunque pretendía creer que se trataba de

un sueño obsesivo que pronto cesaría de manifestarse, lo cierto era que no dormía, que se sabía con los ojos abiertos y lúcido, mientras el ras-ras-ras cada vez más atormentante seguía seccionando incansablemente en sus vísceras largos listones de madera..., o de huesos. ¡Eso era! ¡Listones de huesos, acaso humanos! Porque la madera no crujía tan tenebrosamente, al ser aserrada, como lo hacía aquella materia que el invisible serrucho oxidado desgajaba en su cabeza.

* * *

Aprovechando el domingo, decidió investigar en el baúl de desechos que el anterior inquilino de la casa —su capataz en la serrería, y que la había dejado al mejorar de posición— ni siquiera se había dignado llevarse consigo, y que se hallaba arrinconado en una oscura alacena. Lo arrastró pesadamente hasta el comedor y lo abrió con la esperanza, acaso, de encontrar en su interior algún objeto útil, puesto que lo demás, todo lo demás, iría a parar aquella noche irremisiblemente a la basura. Nada. Solamente ropas apolilladas, vajillas rotas, papeles enmohecidos, porquerías inútiles, y eso era todo. Nada.

No sin que le invadiera las entrañas una sensación aprensiva o de asco, fue trasladando todas aquellas repugnancias a las bolsas de plástico que había preparado al efecto, pues el baúl, en todo caso, sí podía servirle a él para guardar esas cosas que nunca se sabe dónde almacenar. Y, de pronto, cuando ya tocaba fondo, sus dedos rozaron una lámina fría, que en seguida supo era metálica, y, más aún, con un estremecimiento que le erizó los vellos de los brazos, supo también que se trataba de un serrucho.

Retiró las manos del baúl, como si le hubiera picado una serpiente. Tras unos segundos en que la mente se le convirtió en una araña voraz, se encontró a sí mismo temblando como una marioneta y sudando igual que un demonio, con las espaldas apretadas,

como intentando soldarse a la pared, y los ojos, incapaces de parpadear, fijos en el arcón. Quería entender..., sí, quería entender que aquél era el serrucho vivo que todas las noches, a lo largo de aquella semana, le había martirizado. Pero... ¿cómo era posible? No; él quería creer, más no creía en los fantasmas. ¡Ja! Y, sin embargo, sin embargo...

Se repuso con dificultad y sacudió la cabeza para desenmarañar la absurda tela que la araña voraz había tejido en su interior. Tonterías, se dijo; tonterías. Aún así, todavía un cosquilleo nervioso le hacía temblequear los dedos cuando, de nuevo, introdujo las manos en el baúl para extraer de sus entrañas lo que, ya sin lugar a dudas, resultó tratarse de un vulgar y aficionado serrucho de bricolage. Es decir, del mismo serrucho que él había pensado..., o que él, tal vez, había soñado.

Y, sin mayores miramientos, lo metió en una de las bolsas para la basura, todas las cuales bajó inmediatamente a la calle y depositó en uno de los grandes cubos habilitados al efecto frente al portal del edificio.

* * *

Aquella noche durmió como un bendito. ¡Por primera vez en siete días! Quería y no quería relacionar el cese de sus insomnios con el exilio de aquella herramienta barata de carpintería que casi había llegado a considerar maléfica y criminal. Pero, no; todo habían sido casualidades, todo bromas o chantajes de la imaginación, traumas de su pensamiento a causa de los problemas que le había ocasionado la mudanza de piso. Mas ahora todo estaba bien, todo se hallaba en orden. ¡A la mierda el recuerdo del serrucho!

Y regresaba a casa, cantando, con ese su saco al hombro de cosas medio útiles y medio inútiles que había dejado recogido en su taquilla de la serrería, a fin de incorporarlo ya definitivamente en las tripas del baúl vacío, cuando se topó con aquella muchedumbre mugrienta, la habitual muchedumbre de la barriada, en la puerta del edificio.

—...y al angelito —decía una mujer—, ya habían empezado las ratas a comérsele las orejitas.

Dejó de cantar y se abrió paso a codazos hasta el portal de la casa.

—¿Qué es..., qué es lo que ocurre? —preguntó a un hombrecillo que, en el dintel, no dejaba de santiguarse.

—Un horrible crimen, señor... Un horrible crimen.

Y, espantado, escuchó el relato del hombrecillo: allí mismo, en uno de los grandes cubos para la basura, y en el interior de una bolsa de plástico, los empleados municipales habían hallado el cadáver de un niño, descuartizado, troceado como con un hacha... o como con un serrucho.

Subió las escaleras apresuradamente, más sin saber que las subía. Porque, cuando se reintegró a su propia consciencia, nunca pudo precisar cuánto tiempo después, encontró su cuerpo sentado sobre el baúl, en medio del comedor, y el saco de sus cosas arrebujado entre las piernas. Un espejo en la pared le devolvió su imagen, que casi desconoció: estaba pálido, desmelenado, tiritante. Y en su mente, el fantasma del serrucho, seccionando el cuerpo de un niño..., de un niño, ¡Santo Dios!

Se pasó las manos por la cabeza al tiempo de ponerse en pie, y se propinó dos bofetadas en las mejillas a fin de colorearlas, o, tal vez, subconscientemente, al objeto de espantar de su imaginación la idea que ya había empezado a punzarle a propósito de que él era, en cierto modo, un tanto responsable de aquel crimen. Si no hubiera arrojado el serrucho a la basura... No, no, no. El no era responsable, no podía serlo, y posiblemente no había sido un serrucho, sino un hacha, tal y como también había sugerido el hombrecillo del portal, lo que había descuartizado al niño.

Decidió, ya más calmado, no variar sus propósitos para el resto de la jornada, de modo que bajó de nuevo a la calle, haciendo caso omiso a los comentarios de los tertulianos que, como cuervos, seguían

arremolinados junto a los cubos de la basura, y se dirigió hacia la cafetería en que ya habitualmente, a aquellas horas, solía cenarse unos emparedados acompañados de una jarra de cerveza, mientras leía las secciones de deportes y de sucesos de los periódicos vespertinos. En ellos vio la noticia: a primeras horas de la mañana, cuando los empleados del servicio de recogida de basuras procedían al vertido de un cubo, apareció en el interior de una bolsa de plástico el cadáver descuartizado de un niño, aún no identificado; las pesquisas de la policía se centraban, por el momento, en la localización del arma homicida. ¡Se habían dado prisa en enterarse los condenados reporteros!

Todavía pidió otra jarra de cerveza. Y otra. Y otra.

—...y mire usted, camarero... Después del cafetito, me va a servir una copa de brandy.

La noche había arropado la calle con una espesa y húmeda capa de niebla, que obligaba a las luces de los escaparates a jugar al escondite con sus observadores. Llegó a casa tambaleante, pero otra vez cantando, y maldiciendo también las fachadas de los edificios que se aterremotaban cuando apoyaba sobre ellas su borracha anatomía. Pero llegó a casa, al fin. Crock: el interruptor de la luz; huags, huags, huags: el vómito; zasgaa, zasgaa: el arrastrar de sus pies. Y se echó a reír de pronto, sin saber de qué, ni por qué, ni para qué se reía. ¿El serrucho...? Ja. Y ja. ¡Y ja, ja, ja, ja!

«Lo primero —se dijo—, lo primero es meter este saco en el baúl».

Y fue entonces cuando abrió el baúl; y fue entonces cuando su risa se desgozonó, igual que un madero inútil. Porque allí estaba: solo y solitario en las entrañas del baúl, allí estaba el serrucho. Como una cosa viva, puesto que entre sus dientes, aún barboteantes, se acuñaban unos rizosos coágulos de sangre todavía no muerta. ¡De sangre! No podía ser otra cosa aquel líquido negruzco y pegajoso que se le adhirió a las manos cuando tomó entre ellas la herramienta.

Y... «las pesquisas de la policía se centraban, por el momento, en la localización del arma homicida».

¡No!

Tal vez nadie le oyó gritar cuando se sintió manchado por la sangre que rezumaba el serrucho. La casa era vieja, de gruesos muros. Pero su grito rompió el espejo del comedor, igual que si lo hubiera atacado con un martillo.

* * *

A media noche, tomando infinitas precauciones, arrojó el serrucho, envuelto en papeles de periódico, en un solar que servía de escombrera en la barriada. Regresó a casa, entre las sombras, más tranquilo. Sabía que él no era el asesino, pero también era seguro que la policía, de haber encontrado el serrucho en su poder, no lo consideraría así. En cualquier caso, su mente no estaba en condiciones de reflexionar a propósito del inaudito hallazgo del serrucho en el baúl, cuando él estaba perfectamente convencido de que la noche anterior lo había depositado en la basura. Y el cansancio, el cansancio...

Se quedó dormido, sin saber cómo, hasta la hora justa en que el hábito le despertaba para dirigirle a la serrería.

* * *

Desplegó el periódico hacia la sección de sucesos con no cierto recelo, mas con la esperanza, igualmente, de toparse con la noticia de que la policía había apresado ya al asesino del niño del cubo de la basura. El día había sido muy duro para él, en tanto en cuanto un extraño e incómodo ente obsesivo le había perseguido el cerebro con la insistencia carnívora de un millón de hormigas hambrientas, por lo que su trabajo se redujo a nada, e, incluso, su falta de atención provocó una amonestación hacia su persona por parte del vigilante capataz de la sección. El zumbido

de las sierras eléctricas, inacabablemente monótono, había contribuido a ponerle aún más nervioso, y sólo ahora, cuando se enfrentó a sus emparedados y a su jarra de cerveza, sólo ahora pareció respirar un poco más humanamente, un poco más consciente de sí mismo.

De modo que desplegó el periódico hacia la sección de sucesos.

Uno de los emparedados se le quedó a mitad de camino entre el plato y su boca, porque allí estaba la noticia. Pero no la noticia que él esperaba, que él deseaba leer, sino otra muy diferente y tremenda noticia:

El descuartizador de las afueras —así le habían rebautizado ya los reporteros al asesino— se había cobrado una segunda víctima. Se trataba en este caso, y por las apariencias, de un mendigo o de un vagabundo, ya que el cadáver que había aparecido troceado en un solar de la barriada no portaba documentación alguna que pudiera identificarle. De lo que ya no le cabía duda a la policía era de que el muerto había sido seccionado con un serrucho, posiblemente el mismo que ya los forenses tenían pruebas que había descuartizado al niño hallado en el cubo de la basura. Y que al encuentro de esa herramienta de carpintería proseguían dirigiéndose todas las investigaciones, al objeto, a su vez, de arribar con el homicida

No terminó de cenar. Llegó a casa, otra vez con el temblor en las manos y un presentimiento en las sienes. El espejo roto en mil pedazos, todavía en el suelo del comedor, hizo de él un fantasma centelleante, mil veces multiplicado por sí mismo, cuando pulsó el interruptor de la luz. Allí, al pie del baúl, estaba aún su saco de las cosas irremediablemente íntimas. Pero él creía saber que dentro del arcón, pero él creía saber que...

Lo abrió con un movimiento preciso de sus tactos, y los cristales del espejo roto se rieron con goce de hiena bajo sus pies. Tampoco él pudo contener la risa. Mas era la suya una risa histérica, mientras se

alzaba y se alzaba con el serrucho extraído del fondo del baúl, el serrucho que manaba sangre y sangre, y sangre y más sangre, hasta empaparle de sangre las palmas de sus manos.

* * *

Ahora, y de nuevo a medianoche, tiró el serrucho al río. No supo si durmió, pero sí supo que, a la hora habitualmente en punto, se hallaba en pie, presto a dirigirse al trabajo.

Aquel día, su comportamiento en la serrería no mejoró al de la jornada precedente, de modo que el capataz le insinuó durante el almuerzo que se tomara unas vacaciones, unos días de descanso. Pero él sabía que unas vacaciones o unos días de descanso equivalían a un despido. Por eso se forzó en el oficio hasta el límite último de sus físicos y síquicos resortes, olvidándose del serrucho, aun cuando no por ello fuera capaz de rendir ni la mitad de su reconocida valía.

¿Qué le estaba pasando...? La cabeza había empezado a dolerle a intermitencias, con aguijonazos de abejas furiosas, y el estómago se le había convertido en una garra de oso. ¿Qué le estaba pasando...?

No necesitó aquella tarde abrir el periódico para enterarse de la noticia; venía en primera página:

El asesino del serrucho había actuado por tercera vez. En esta ocasión la víctima se trataba de una mujer, aparentemente joven, cuyo cadáver descuartizado había aparecido en las inmediaciones del río...

* * *

Sí: y el serrucho estaba, de nuevo, en el fondo del baúl.

Lo limpió de sangres y de óxidos con una paciencia y serenidad que incluso a él le desconcertaron. Estaba decidido: el serrucho no volvería a matar. ¿O tal vez era él el asesino, el descuartizador, y no lo sabía...? ¿Qué ocurría en sus noches desde que se desligó de

la pesadilla aserrante que le había atormentado...? ¿No viviría inconscientemente otra vida, una vida criminal que él mismo desconocía...? Pero estaba decidido: el serrucho no volvería a matar.

Antes de acostarse, lo introdujo bajo la colchoneta y se tomó cuatro tabletas de valium, a fin de saber que dormiría, que nada podría despertarle durante la noche y que, en consecuencia, ya no habría un cuarto crimen.

* * *

A la salida del cementerio, el capataz de la serrería se caló el sombrero. Acababan de enterrar a uno de sus oficiales, quién lo iba a decir, el mismo del que él sospechaba que podría arrebarle el cargo. Se había tratado de la cuarta víctima del descuartizador del serrucho. Había aparecido en la cama, cortado a trozos, en la casa que él le había proporcionado cuando ascendió al puesto de capataz. Pobre hombre.

Y, por cierto...

Le sonó un llavero en el bolsillo. Sí: era un juego de llaves, que aún conservaba, del piso del difunto. El capataz había dejado allí un baúl, y, en su interior, un objeto muy entrañable y decisivo para él.

Se dirigió hacia la casa, a fin de recogerlo. No quería que lo hallara antes la policía e hiciese nuevas especulaciones en relación con el asesino del serrucho.

La mujer del velo





La mujer del velo

Carmen Morales

Buscaron la oscuridad para sus citas amorosas... Desde el primer encuentro decidieron ser dos sombras sin nombre.



DECIR que desde el verano de 197... ((precisando más, desde un mal atardecer de julio) las cosas se torcieron seriamente para mí, resultaría suave e inexacto. Lo adecuado es decir que me hundí en la más negra desesperación. No es exagerado aquello de «hay días en que más valdría no levantarse». Yo tuve dos de esos días. Del primero de ellos no hablaré porque haría interminable este relato. El segundo, consecuencia directa del primero, me condenó a una soledad definitiva.

A finales del mes de junio, mi marido, pretextando algo tan tonto como un fuerte catarro que no quería contagiarme, cogió sábanas limpias del ropero y trasladó su dormitorio al cuarto de trabajo donde un sofá medio desvencijado le servía de refugio cuando nos disgustábamos. Comprendí que era un paso definitivo y que nunca más volvería a mi lado. No me sorprendió demasiado, pero me dolió, me dolió extraordinariamente. Dada mi edad y mis circunstancias, aquello me arrojaba en brazos de todos los demonios de la medianoche, a los que tendría que enfrentarme, desde la soledad de mi lecho de mujer rechazada, hasta que mis ojos se cerraran definitivamente.

Entre nosotros había ya una larga historia de deserciones amorosas provocadas por rivales contra las que yo no estaba en condiciones de luchar. El era muy imaginativo, y antes de casarse conmigo había dormido demasiados años solo. Bueno, no estaba solo; le acompañaban una legión de fascinadores fantasmas que flotaban a su alrededor, ataviados con los vestidos más sugerentes que es posible soñar, mostrándole, al dejarlos deslizarse sobre sus hombros con gestos irresistiblemente turbadores, todo el esplendor de su piel delicada. Las sugestivas creaciones de su mente le hacían alcanzar fácilmente un clímax de placeres solitarios que podía repetir, cambiando las circunstancias, cuantas veces quisiera. Nuestro dormitorio, el escenario menos fantástico que yo he visto en mi vida, las asépticas camisetas que yo me ponía para dormir ante la absoluta imposibilidad de adquirir prendas de suave satén y, sobre todo, el documento que me acreditaba como esposa legítima, eran tres hándicaps insuperables. Mi pobre realidad no podía sustituir a sus sueños. Vencer a un fantasma es imposible. Frente a ellos, el único recurso sensato es la huida, y huyendo del rechazo que últimamente yo parecía producirle a mi marido, decidí irme a Londres, hacia donde partí un día de mediados de septiembre cuya fecha he olvidado. Sólo me llevé el viejo 850 rojo que mi padre me regaló cuando nos casamos y mis escasas pertenencias personales.

El trayecto, desde que desembarqué en Southampton hasta que estuve bajo la estatua del mariscal Nelson, transcurrió muy lento, pero sin grandes incidencias. Las extensas praderas inglesas y el cielo gris y encapotado eran el paisaje más adecuado al estado de melancolía que me dominaba desde hacía varios meses. Había reservado plaza en un hotel de Regent Street,al que llegué tras dos horas de dar vueltas por calles neblinosas, tal vez desorientada por la falta de costumbre de circular por la izquierda. Dejé la maleta, y como el hotel no tenía aparcamiento propio, busqué uno por los alrededores. Era ya de noche y

estaba muy nerviosa, así que, demostrando carecer del más elemental sentido de la orientación, me perdí otra vez. Cuando al bajar por Sloane St. divisé el rótulo luminoso de un parking, respiré aliviada. Un negro joven y arrogante se hizo cargo del coche y yo me dispuse a volver al hotel, creyendo que esta vez no tendría dificultades para encontrarlo. Me equivocaba. Iba vestida casi de verano, con un ligero traje de chaqueta y unos zapatos de tacón alto, sin medias. Tiritaba de frío, llevaba los pies helados y las calles, aunque sólo eran las doce de la noche, estaban increíblemente desiertas. No sé lo que pasó, creo que tenía el callejero colocado al revés, y di vueltas como una tonta alejándome cada vez más de Regent St. Temía y deseaba a la vez encontrarme con alguien. No puse mucha resistencia a reconocer que estaba asustada y el pecho me dolía de contener los tiritones que la lluvia y la tensión me producían. Pensaba todo el tiempo en una escena de la película *Los crímenes del museo de cera,* que vi cuando era pequeña y me había producido un terror duradero. La chica de la película caminaba de noche, como yo, por las calles desiertas de Londres, mientras el frustrado escultor la perseguía acechando la oportunidad para estrangularla. Obsesionada, miraba de vez en cuando tras de mí, con el dedo pegado al pequeño plano, intentando descifrar el recorrido que debía hacer para llegar al hotel.

Permanecía tan alerta que lo oí en seguida: en el silencio de la noche resonaba, intermitente y seco, el eco de lo que parecía un bastón. Escuché con los cinco sentidos, alarmada, pendiente ya tan sólo de aquel ruido. Alguien caminaba detrás de mí, alguien que arrastraba una pierna y se ayudaba con un bastón. Miré inquieta a mi alrededor. Nadie. La calle que tenía delante, escasamente iluminada y brillante por la lluvia, estaba desoladoramente vacía. Me detuve en seco; el ruido dejó de oírse. No tuve la menor duda de que me seguían y perdí el control de mis nervios. Corrí angustiada, olvidándome ya del plano,

esperando sólo encontrar a alguien que me salvara de mi perseguidor. Sentía ya en mi cuello el tacto áspero de una cuerda homicida. Doblé esquinas y crucé aceras medio enloquecida. El individuo corría tras de mí sin ningún disimulo, arrastrando penosamente una pierna. Le imaginé con un cuchillo. Yo sollozaba mientras corría ofuscada por el miedo. El hombre debía ser joven, porque se mantenía a corta distancia de mí, supongo que esperando el lugar más adecuado para atacarme. De repente me volví. Vislumbré un pedazo de tela oscura ocultándose en algún sitio. Parecía una capa. Quizás el que yo creía mi perseguidor había llegado a su destino y todo consistía en una falsa alarma. Intenté dominar mis nervios y aflojar el ritmo de mis pasos. Me di cuenta tarde: ¡los tacones! El ruido que producían delataba mi posición. Me quité los zapatos. El contacto con el suelo mojado no me hizo ninguna impresión. Lo único que sentía eran los latidos desbocados de mi corazón. Seguí andando apresurada, y durante unos minutos dejé de oír el bastón. ¡Le había despistado! Corrí más tranquila, pegada a una pared, procurando contener incluso la respiración. Me ahogaba. Al doblar una esquina, mientras miraba hacia atrás, una tenaza poderosa convirtió mi grito en un estertor ahogado, y un brazo enroscado a mi cintura me arrastró hasta un rincón sumido en una oscuridad total. No es preciso entrar en detalles escabrosos ni merece la pena rebuscar adjetivos espectaculares. Sencillamente, aquel tipo me violó. Me amordazó con un pañuelo y sus manos trabajaron con agilidad y destreza. Cuando comprendí que aquello era ya inevitable y que tal vez no pensaba acabar con mi vida, cedió un poco la tensión que mantenía mi cuerpo rígido y quedé abandonada entre sus brazos. No parecía un sádico enfermizo; por el contrario, murmuró en mi oído palabras tranquilizadoras, ligeras frases de disculpa con una voz suave, extraordinariamente bien modulada. Aquel hombre sabía muy bien lo que era una mujer, y admito, sin falsos pudores exculpatorios, que sus manos, mo-

viéndose con una extraña sabiduría, me produjeron un placer desconocido. Ignoraré los comentarios insidiosos que esta confesión pueda producir. Al terminar, él mismo desató el pañuelo que me cubría la boca, y yo, con una sola palabra, borré toda la represión acumulada en un internado de religiosas y durante una juventud atormentada por imágenes prohibidas. La pronuncié sin un titubeo, sabiendo que aquel inesperado acontecimiento daría un nuevo giro a mi vida, cuyas perspectivas eran verdaderamente tenebrosas: «*Volveré.* Volveré mañana a la misma hora».

Tras un breve silencio, él contestó lacónico.

—Bien.

Me desprendí de sus brazos y, sin ninguna resistencia por su parte, atravesé la calle, fijando antes en mi memoria la chapa metálica que indicaba su nombre.

Sin presiones amenazantes, resultó muy fácil ahora encontrar el hotel. Cuando deslicé mi cuerpo entre las ropas de la cama eran las dos de la madrugada. Estaba rendida, pero las horas de tensión que había sufrido y la insólita aventura que acababa de vivir, me impidieron conciliar el sueño. Analicé el suceso, rememorando los detalles que la violencia del encuentro me había impedido considerar. En el transcurso del..., digamos episodio, no pude ver su rostro. La oscuridad en aquel reducto era total. De todos modos, el intento de identificarle hubiera sido inútil. El mantuvo todo el tiempo la cara escondida en mi cuello, tal vez para mantener el incógnito. Llevaba una capa, y en los primeros momentos del forcejeo mi anillo se enganchó en algo metálico de su manga, seguramente unos gemelos. Olía bien, a un perfume que recordaba remotamente un bosque húmedo o tal vez una madera exótica. Era joven, bastante alto, y sus brusquedades se limitaron a las necesarias en esa clase de encuentros. De todos modos, no se podía descartar la posibilidad de que se tratase de un psicópata. Nadie sale a la calle con la intención de violar mujeres si un impulso desviado de su personalidad

no le obliga a ello. A pesar de todas estas reflexiones que me hice, no sentía hacia él ninguna clase de miedo o rencor. La vida me había deparado ya situaciones mucho más duras. Recordé un cuento de cierto autor desconocido para mí que había leído hacía poco, un tal José Luis Velasco, en el que diversos personajes de ficción, como el Guerrero del Antifaz o Emma Bovary figuran en un diccionario enciclopédico considerados como reales (1). Ante la similitud de mi episodio nocturno y la escena de la película que tanto me había impresionado en mi niñez, me pregunté si la viveza con que yo había evocado aquellas imágenes no habría dado vida a aquel personaje fantástico. Todo era muy extraño.

Me dormí cuando la luz del alba entraba por la ventana, dominada por una sensación de intensa curiosidad.

Desperté a media tarde, y después de tomar en mi habitación unos sandwiches que encargué a la cafetería del hotel, salí a comprar una prenda que añoraba hacía varios meses. Se trataba de uno de esos pequeños sombreros que llevan prendido un velo de tul. Un rostro velado tras una fina malla me había parecido siempre algo insinuante y fascinador. Eso era, precisamente, lo que yo necesitaba en aquel momento. Cuando lo tuve puesto me gustó, y, sin quitármelo, di un largo paseo viendo escaparates, divertida por primera vez desde hacía mucho tiempo, observando la curiosidad que, incluso en una ciudad tan cosmopolita como Londres, despertaba mi anacrónico velo.

Recorrí el itinerario que debía seguir para acudir a mi cita nocturna cuando la noche hubiera cerrado. Dejé que transcurrieran las horas haciendo fantásticas especulaciones sobre las circunstancias que rodearían la vida del desconocido violador. No estaba segura de que fuera a acudir al lugar fijado. Podía sospechar que yo intentara tenderle una trampa. Al fin y al cabo

(1) Véase el cuento *Un sueño llamado Ana*, aparecido en el número 16 de esta colección. (N. del E.)

lo que había hecho estaba claramente especificado como delito, que yo podría haber delatado.

Cuando dieron las doce y media salí del hotel y recorrí, ahora tranquila, las mismas calles que la noche anterior hasta llegar a la que tenía grabada en mi memoria. Esperé durante un rato que me pareció muy largo, y me disponía a marcharme cuando una mano, surgida de no sé dónde, me retuvo suavemente:

—¡Has vuelto! Tú me has buscado... —dijo el desconocido.

Volvió a esconder el rostro en mi cuello. Hablamos dificultosamente, casi con monosílabos. Mi inglés era un poco agarrotado, demasiado académico; no obstante, permanecí allí varias horas. En un momento dado quiso descubrir mi rostro, pero yo se lo impedí.

—No, por favor, no. Si lo haces, todo habrá acabado. Yo tampoco quiero verte. No importan los motivos por los que hacemos esto. Seremos dos sombras sin nombre. Es preciso que sea así.

No contestó, y esta vez, amparados en la ausencia de la luna y en el silencio, todo fue relajado y hermoso. Después me deslicé de nuevo por unas callejuelas que ya empezaban a serme familiares.

Su conversación poseía la fluidez y el encanto de un hombre culto y sensible. La noche siguiente, el contorno de su figura, envuelto en la amplia capa, me produjo, al divisarla desde el fondo de nuestra calle, el mismo gozo contenido que provoca el primer enamorado.

No volvió a insistir en subirme el velo, pero, sin yo pretenderlo, vi su rostro por primera vez. Hacía mucho frío, y entre las nubes, arrastradas por un viento húmedo, asomaba de vez en cuando una luna redonda e inoportuna. Estuve inquieta todo el tiempo por este motivo. Al ir a cubrirme con la capa para resguardarme de la baja temperatura, ésta se escurrió por sus hombros y cayó al suelo. El se agachó para

recogerla. En ese momento la luna apareció entre dos nubes e iluminó de lleno su rostro.

Ahogué en mis labios una exclamación de estupor para no herirle. Tenía la cara desfigurada, cruzada por horrorosas cicatrices de quemaduras. No había pestañas en sus ojos, semicerrados por la tirantez de la piel, y el labio superior permanecía levantado, dejando asomar parte de su dentadura. Aquella visión duró una fracción de segundo. El no se dio cuenta de nada y yo me sobrepuse rápidamente a la impresión sufrida. De todos modos, yo había visto rostros peores. Con el tiempo he prescindido de juzgar a las personas por la perfección de sus facciones, a pesar de ser esa una práctica demasiado común. En definitiva, una cara no es más que una tapadera que puede ocultar infinidad de tesoros o perversiones. Ahora sabía las razones que él tenía para obrar así, y casi me alegré de mi descubrimiento. Aquel rostro desfigurado le ligaba a mí y me liberaba del temor de que aquellos encuentros furtivos terminasen algún día. Pensaba algunas veces que él propondría finalmente una cita a pleno día y eso hubiera acabado con una relación en la que yo estaba ya sentimentalmente comprometida. Me dije a mí misma que estaba irremisiblemente enamorada de un tipo al que la gente que circula amontonada por las aceras no hubiera dudado en calificar de monstruoso, pero la respuesta a una pregunta me preocupaba mucho más. ¿Hasta cuándo podría amar a aquel hombre desfigurado manteniendo mi rostro oculto tras el insustituible velo de tul? Demasiado, demasiado pronto tuve la respuesta. Desde entonces, algunos transeúntes que se ven obligados a transitar por las calles desiertas de Londres, se cruzan con una mujer que, con el rostro velado, vaga como una sombra perdida olfateando un aroma a bosques húmedos o maderas exóticas.

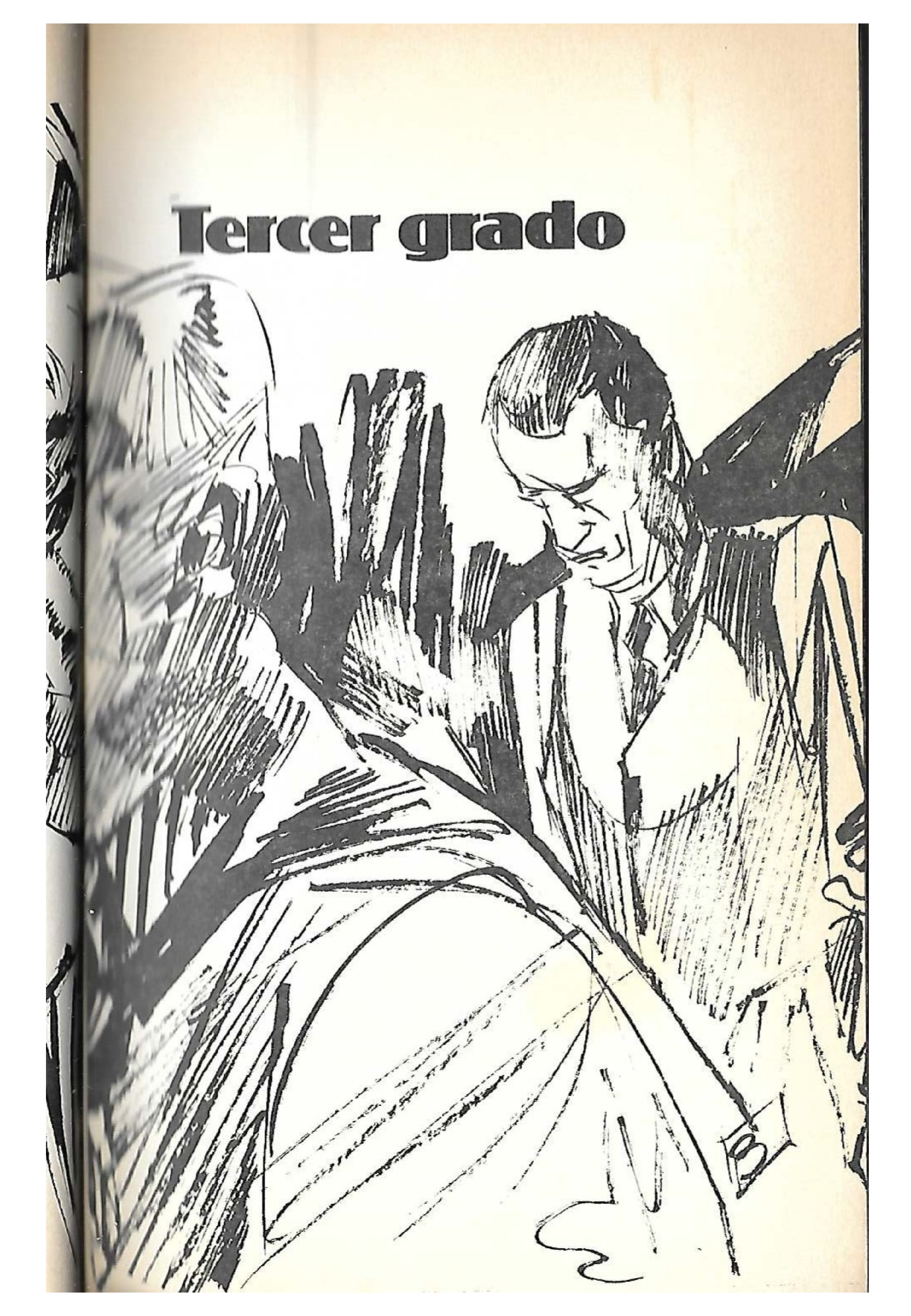
El desenlace ocurrió la misma noche en que yo descubrí, sin rechazo, su cara quemada. Los dos teníamos la espalda apoyada sobre un muro, mientras manteníamis la capa cubriendo nuestros cuerpos. Por

ella sólo asomaban nuestras cabezas. Segundos antes, amparada en la oscuridad, yo había dejado por fin que levantara mi velo para depositar en mis labios un beso deseado, interminable. Tal vez el guardia escuchó el siseo de nuestra conversión. Es cierto que hay días en los que más valiera no levantarse. Aquel hombre, el policía, dirigió hacia donde estábamos el poderoso foco de una linterna. Lo que vio sobresaliendo tras la capa le hizo lanzar una exclamación de estupor y alejarse corriendo. Su pavor no me preocupó, pero aquella calle tan querida para mí, cuyo nombre guardo como un recuerdo imborrable, se vio traspasada por otro grito desgarrador, el que lanzó mi sobrecogido amante cuando, a la claridad de aquella linterna maldita, descubrió la horrorosa masa informe de mi rostro, tantos días tapado tras el piadoso velo que había comprado en Libetty's.

Desde aquel atardecer de agosto, en que el estallido de una botella de gas dejó mi rostro convertido para siempre en una máscara espectral y pavorosa, he acumulado tantas doloras experiencias de rechazo y repugnancia que, a veces, mientras camino por las noches del Soho o Myfair, mis hombros, cansados de soportar el peso mortificante de la soledad, se inclinan hasta derrumbarse en el pavimento húmedo. No hay peligro de que nadie se me acerque. La mujer del velo es casi famosa por estos distritos, aunque todos ignoren que en su marcha errante olfatea incansable un aroma de bosques mojados. La esperanza de encontrarlo otra vez es lo único que me mantiene viva.



Tercer grado



Tercer grado

Fernando Martín Iniesta

Aquella mujer había sido arrastrada a tal estado de degradación que se sentía capaz de cometer cualquier aberración para escapar de la atroz pesadilla. Pero... ¿qué hacer? ¿qué decir?



VOLVERÁN, y, esta vez, no podré resistirlo. Confesaré lo que quieran. Pero, ¿qué puedo confesar, si nada sé?

Volverán. Me arrastrarán por aquel horroroso pasillo y, acaso, volveré a desvanecerme como la última vez, y, cuando recobre el conocimiento, estaré sentada en el centro de la habitación, con el potente foco de luz sobre mis ojos, sin poder distinguir siquiera el rostro de quién me interroga, las voces, naciendo desde las sombras, sin pertenecer a ningún rostro, sin dejar adivinar el movimiento de los labios, sin percibir si hay ira, odio o sadismo en los ojos de quien me habla, cobran un tono metálico, impersonal y fantástico: son voces infrahumanas. Voces que parten de un mundo desconocido, voces que no pertenecen a nadie, voces que viven por sí solas, voces que hieren como cuchillos, voces que desgarran los tímpanos y las entrañas: voces del silencio y del horror. Porque, a veces, se produce el silencio, un silencio que nunca he podido saber cuánto dura. Entonces —cuando se produce el silencio— quedan las voces confusas, entremezcladas, inconcretas, rebotando por las paredes, y, entre ellas,

lúcido, terrible, espantoso, suena mi grito, el grito que nunca logro contener y que —pienso— llega a asustar a mis torturadores, obligándoles a guardar silencio unos instantes. Sólo unos instantes, para volver, de nuevo, a comenzar con más furia.

Nunca creí que la debilidad pudiera tener tanta fortaleza. Ahora sé que la debilidad, cuando se la estruja y se la lleva hasta la impotencia, es la fuerza más poderosa que existe, porque, detrás de ella, ya no queda nada, nada. Por muy rudo, feroz y terrible que sea el nuevo ataque, se estrellará contra un muro que no puede romper, porque ya no queda nada que romper. Mi impotencia conduce, inexorablemente, a la impotencia de mis torturadores, y, entonces, yo soy la más fuerte, porque ni puedo, ni me queda nada que defender: sin embargo, ellos, se ven, todavía, conducidos a la desesperación de haber fracasado. Entonces, puede suceder cualquier cosa. Y, de hecho, sucede.

Puede suceder que, desde la oscuridad, la débil llama de una cerilla, encienda unos pitillos; que, al apagarse la cerilla, las mínimas ascuas pueblen de luciérnagas las sombras. Entonces, por las ascuas de los pitillos, puedo llegar a descubrir qué número de personas están conmigo en la sala. Pero, esto, tampoco es exacto, porque, en más de una ocasión, el que parece ser el Jefe, se ha acercado a mí llevando dos pitillos encendidos, uno en cada mano. Puede suceder que, uno de ellos, con falsa amabilidad, me pida que me desnude. Y puede suceder que yo, sin una idea exacta de lo que haga, vencida por el cansancio, parsimoniosamente, me vaya quitando, una a una, todas mis prendas. Pero, también puede suceder, que me quede ausente, sin hacer un solo movimiento, sin entender lo que se me ha ordenado, lejana, como en otro mundo. Entonces, sin que comprenda por qué, ya que no me quedan fuerzas para resistir, me sujetan entre varios y, uno de ellos, cuidadosamente —el Jefe ya lo advirtió en otra ocasión: «Cuidad de no romperle la ropa. No conviene que, si tiene que salir

de aquí, lo haga de mala manera»— me vaya desnudando. La primera vez que esto sucedió, sentí un desconocido y extraño pudor que me obligó, absurdamente, a tapar con una mano mi sexo, y, con la otra, los pechos. En posteriores ocasiones, ni siquiera lo he intentado. ¿Para qué?, si más que comprender intuí que aquel gesto les provocaba una mayor exitación. Y, puede suceder que, mentalmente, juegue —¡sí, juegue!— a adivinar sobre qué parte de mi cuerpo van a aplicar la llama de los cigarrillos; o puede suceder, que no piense en ello, que antes que se produzcan las quemaduras, sienta en toda mi piel el horrible dolor, mientras se impregna la atmósfera con el olor a piel y carne chamuscada. La última vez que lo hicieron, el horrible dolor partió, simultáneamente, de mis pezones, y, aunque lo sentí en todo el cuerpo, pude precisar que fue allí porque las quemaduras se me han infectado y mis pezones supuran... Después, antes de caer desvanecida, noto cómo mi cuerpo se pone en tensión y parece estallar... Cuando recupero el conocimiento, noto cómo la piel me arde y una extraña sensación de picor que, más tarde, se convierte en dolor insoportable y por él localizo la parte de mi cuerpo que ha sido quemada por el ascua de los cigarrillos... Entonces parecen olvidarme por un tiempo que no puedo precisar, antes de proseguir nuevamente... Es el tiempo que llaman «de meditación», casi siempre, entre risas.

O puede suceder, como en aquella ocasión, que me desmaye antes de que me apliquen la llama de los cigarrillos, y que despierte —el horror, la vergüenza, el asco y la impotencia, todavía me hacen vomitar cuando lo recuerdo— tendida en el suelo, con las rodillas levantadas por unas manos implacables y, sobre mi cuerpo, sobre mi boca, el jadeo animal de uno de aquellos monstruos... O que, al recuperar el conocimiento, sólo sienta un seco dolor en el sexo y una humedad gelatinosa resbalando por las ingles...

Quizá tarden en volver: ha sucedido otras veces. Después de lo que llaman «una sesión», dejan trans-

currir un período de tiempo que puede, incluso, durar días. Saben que, en este tiempo, voy a reconstruir, instante a instante, todo el horror que he padecido. Y deben saber que esta reconstrucción es una forma más cruel de padecerlos que cuando se están desarrollando, que debilitaran más mi voluntad, si ello fuera posible, que cuando siento, físicamente, la tortura. Lo que ignoran —no actuarían así si lo supieran— es que ya no tengo voluntad ni fuerzas. Me ha llevado a tal estado de degradación, física y moral que, cometer la mayor aberración para que me soltaran, sería la cosa más lógica y normal que podría hacer. El problema es que no sé lo que debo hacer, ni qué decirles, y, cada vez veo con mayor confusión lo que pretenden de mí. «Que declares», me han dicho. Pero, ¿qué debo declarar? ¿A quién puedo delatar y por qué? Si sólo fuese capaz de intuirlo, creo que me inventaría cualquier mentira, con tal de escapar de este suplicio.

¿Por qué estoy aquí? No lo sé, ni creo que ellos tampoco lo sepan. Cuantas veces me han interrogado, les he formulado esta pregunta. La respuesta es siempre la misma: «¿Con qué no lo sabes, eh?». O, bien la otra desoladora frase: «No estás aquí para preguntar, sino para responder». Y, de nuevo, el círculo cerrado y... ¡otra vez a empezar!

* * *

«Llegué ayer; sí, ayer... Si miran en mi bolso encontrarán, todavía, el billete de ferrocarril. He venido a buscar trabajo... En lo que sea... ¡Dejénme ya!... ¡No sé nada, nada...! ¡¡Nunca, nunca había estado antes en la capital...!! ¡¡¡Ayyyyyyyy...!!!».

* * *

¡Otra vez a empezar!... Se han ido turnando, y, en esta ocasión, he podido verles la cara. El más joven de ellos, al que llamaban «Lince», parecía tener pie-

dad de mí... «Anda, este es también tu bautizo de fuego», le han dicho... «Atosígala un poco»... El joven dudaba cómo empezar y miraba de un lado para otro, como esperando una respuesta, un dato, una insinuación... De repente, se ha acercado a mí, y, con la mano abierta, me ha golpeado en la cara hasta hacerme caer... He sentido como mi mejilla se hinchaba y un hilillo de sangre resbalaba por ella... Una vez, desde la oscuridad, le ha detenido: «Así, no... Hay orden de no dejar señales»... Luego, ha soltado una breve risa, mientras decía: «Ya aprenderás, ya te enseñaremos»... El dolor, pese a todo, no ha sido demasiado insoportable...

* * *

«No conozco a nadie aquí... Ya les he dicho a qué he venido... No conocía, ni había visto antes a aquel muchacho... Salía de la boca del «Metro» cuando me encontré con el gentío, que corría alocadamente, huyendo... ¡No conozco a nadie en esta ciudad!... ¡¡No, no... eso no...!!».

* * *

Los modales son finos, el gesto delicado y viste con elegancia... Solamente sus negros guantes pudieran tener algo de amenazadores... «Señorita, queremos ayudarla. Confíe en mí. Si colabora con nosotros, no le sucederá nada... Estos son unos brutos. Pero, ahora, estoy yo aquí para ayudarla, para protegerla. Pronto podrá marcharse... si colabora con nosotros... Usted es una buena chica... Comprenda que tenemos una misión que cumplir... ¿Quiere tomar algo...? ¿Le apetece un café...? ¿O prefierese una copa...? Usted y yo, terminaremos entendiéndonos y no volverá a tener complicaciones... Vamos, vamos, cuéntemelo todo, como si se tratase de un amigo... Porque yo, soy sólo un amigo, para usted...»

Su voz, suave, cae como un chorro de agua fresca

sobre mí y siento que mi cuerpo, por primera vez durante estos días, comienza a relajarse... Y me hubiera gustado acercarme hasta él y besarle la mano, en señal de agradecimiento...

* * *

«No conocía a nadie en esta ciudad... Cuando salí a la acera, aquel chico me cogió del brazo»... «Disimule... Ya le explicaré después...» Y, algo me hizo asentir con la cabeza... «No debemos correr. A veces, es mejor no huir...» Y me empujó, suavemente, hacia un portal... «¡Aprisa, aprisa, subamos las escaleras!...» Y nos quedamos, muy juntos, en el primer descansillo, oyendo los gritos, los disparos y el alboroto de la calle... Nos quedamos quietos... Me tenía ligeramente abrazada... Instintivamente, apoyé mi cabeza en su pecho y sentí cómo el corazón le golpeaba, a punto de estallar...»

La mirada se le ha ido helando y su voz suena nerviosa y ceceante... Las manos, enguantadas, han ido cerrando, una vez y otra, los puños, sin poder disimilar la tensión... «¿Se está burlando de mí, señorita?». Un tic nervioso, incontrolado, ha comenzado a vibrarle en la comisura de los labios... «¿Quiere que vuelva a entregarla a... esos?...» «¡Le estoy diciendo la verdad!...» Los finos, los delicados modales, dejan al descubierto una máscara... «¿Acostumbra a dejarse abrazar por el primer desconocido que encuentra en la calle?...» «Si es así, volveré a dejarla sola... para que satisfaga sus... aficiones...»

Y, lentamente, se levanta, golpea la puerta con los nudillos, y, al abrirse, como si partiera de un lugar muy lejano, oígo su voz que dice: «Seguid vosotros... hasta el final, si es preciso».

* * *

«¡No; otra vez, no!...» «¡¡Les diré todo, todo lo que quieran saber...!! ¡¡Desnuda, otra vez, no...!!

* * *

Ya no les oigo. Los oídos me retumban... El sonido chirriante, hiriente, ha ido creciendo hasta dejarme ensordecida... Tengo frío, un frío terrible que hace que no sienta ni los pies ni las manos... Todo el dolor ha desaparecido de repente... Se ha ido alejando de mí... Le veo como a través de un sueño. Sé que hablan porque adivino el movimiento de sus labios...

(Mi padre me lleva cogida de la mano, y soy una niña. Llevo puesto un vestidito blanco, de seda... Los calcetines, también, son blancos... Y, los zapatitos, blancos, de charol... Me han puesto un gran lazo azul en la cintura... Camino, contenta, por el parque).

—¿Quién la envió, y para qué?

(Mi padre me compra una gran bolsa de caramelos... Voy saltando mientras él me mira entre orgulloso y feliz... Cuando regresemos a casa, se lo contaré todo a mamá).

Calor, lo que ahora siento, es un gran calor que me entra por todos los poros... Un gran calor que me hace feliz... Muy feliz...

(«Estás sudando», me dice mi padre... «Descansa un poco...» Las otras niñas siguen saltando a la comba, y, yo, quiero volver con ellas... Quiero volver).

—¡Por última vez!, ¿Quién la envió?

—Mi padre... Ha sido mi padre... El, él me ordenó que viniera, y...

* * *

Vuelvo a recuperar el conocimiento y no puedo moverme... Estoy caída en el suelo... Un suelo sucio de vómitos, orines y excrementos, que deben ser míos...

—Ha querido volver a burlarse de nosotros... Su padre murió hace cinco años.. ¡Esto ya es demasiado!

* * *

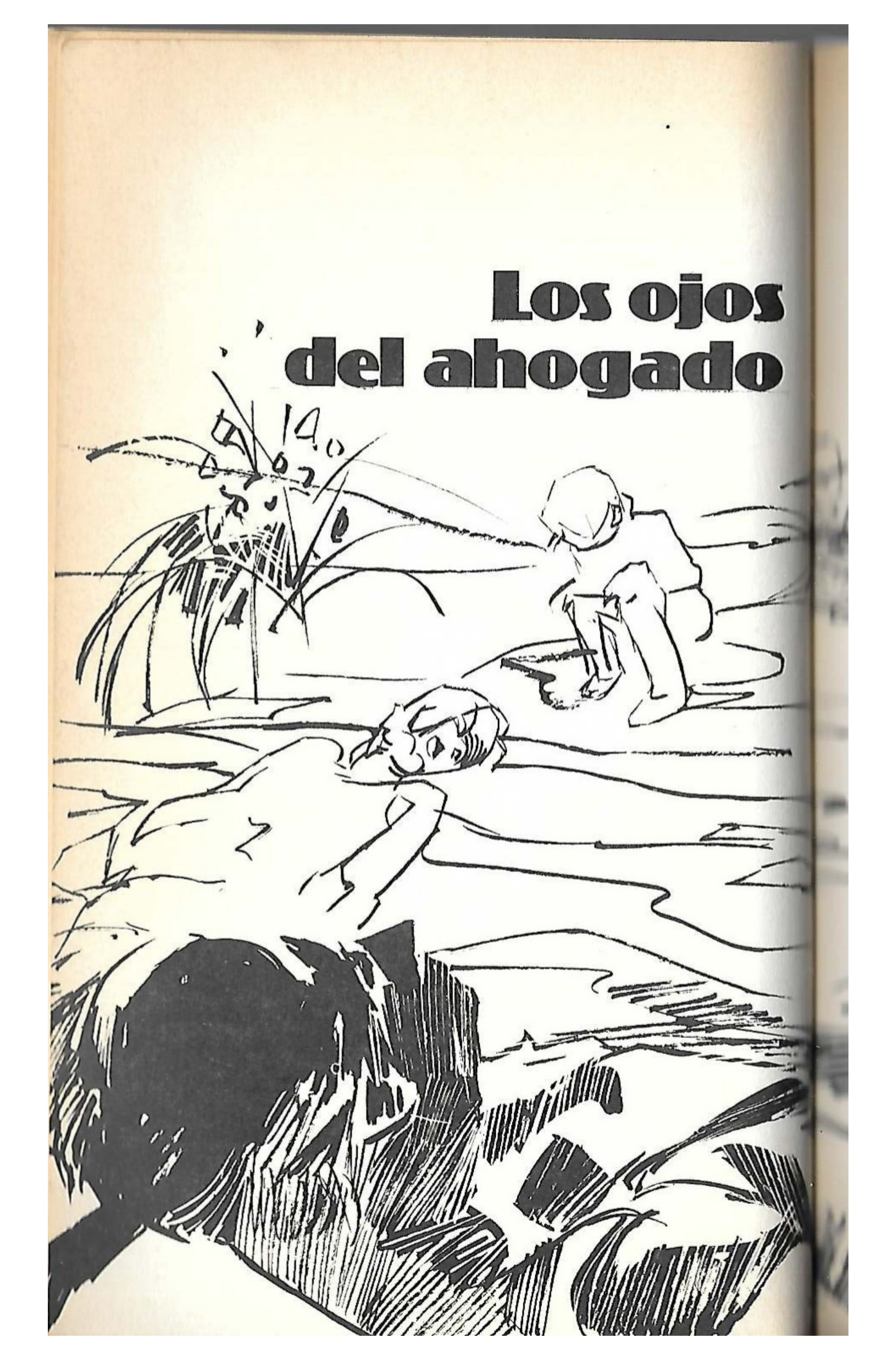
El hombre, elegantemente vestido, desdobla, cuidadosamente, el periódico, por décima vez y vuelve a

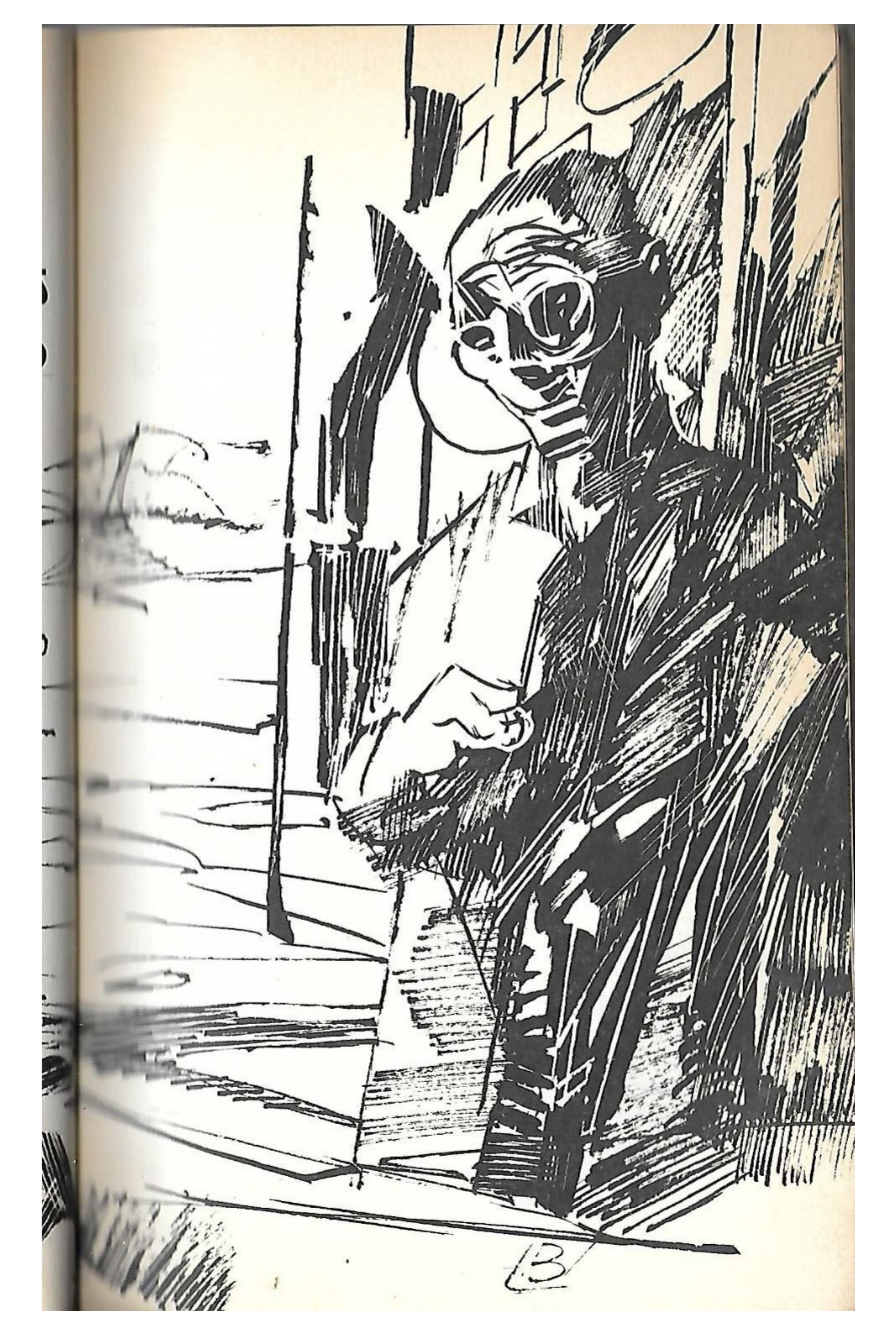
releer la breve nota inserta en la sección de «sucesos»: «La policía encontró anoche, en un descampado de las afuerzas de la ciudad, el cuerpo sin vida de una joven, de unos veinte años de edad, carente de documentación, con síntomas de haber sido violada y torturada. Se hacen investigaciones para averiguar la identidad de la víctima, así como para la detención de los culpables».

El sargento, satisfecho, cerró cuidadosamente el periódico y encendió un cigarrillo, mientras, desde aquel piso diecinueve, comtemplaba la calle, haciendo insignificantes a los seres que transitaban por ella.



Los ojos del ahogado





Los ojos del ahogado

José León Cano

«¿Quiere usted decir —preguntó el hombre— que ya no debo sentir miedo de los ríos?»



HABÍA una vez un hombre que tenía miedo de los ríos. De todos ellos. Porque soñaba muy a menudo que alguno, cierto día, escaparía de su cauce y, se encontrase el hombre donde se encontrase, le abrazaría con sus delgados, con sus innumerables hilos de agua y, una vez ahogado, lo arrastraría volviendo de nuevo a su cauce hasta que el cuerpo sin vida de aquel hombre flotara en el mar por los siglos de los siglos. Esta visión, repetida noche tras noche durante años, le vedaba todo goce y su vida era muy triste. Porque si bebía un vaso de agua, en seguida se imaginaba que ese agua iba creciendo y creciendo, cada vez más, dentro y fuera de su cuerpo, hasta transformarse en ese río terrible que le conduciría al inmenso sepulcro marino. Y si, acuciado por el amor, decidía besar los labios de una mujer, apenas se atrevía a introducir la lengua en su pozo sagrado. Porque sospechaba que, al entrar su lengua en contacto con la saliva, ésta haría aumentar sus gustosos jugos, cuyo sabor era peligrosamente parecido al agua del mar. A menudo pasaba una sed horrible. ¡Y qué tragedia abrir el grifo del cuarto de baño!

El hombre, sin embargo, soportaba sus privaciones pacientemente resistiéndose, como todos los locos, a volverse loco. Pero su alma se fue haciendo reseca, cada vez más reseca, y ya apenas si florecía en ella otro sentimiento que el de la angustia. Su mujer, por ello, decidió que lo mejor era visitar a un médico, los dos cogidos de la mano, para que averiguara por qué tenía miedo del agua y cuál era la mejor forma de curarlo para siempre.

El médico al que fueron era un hombre que sabía muchísimo. Se había pasado la mayor parte de su vida atado de codos a una mesa para estudiar los Grandes Libros (en vez de irse de noche a perseguir a las muchachas), y había llegado a la conclusión de que el mundo estaba fuera de su sitio. Pero, en presencia de los demás y especialmente de sus clientes, procuraba disimularlo con una sonrisa de Profidén y un cordial frotamiento de manos que en su caso constituía, sin él saberlo, un vicio terrible. Así fue cómo el hombre que tenía miedo a los ríos lo interpretó (porque los locos saben mucha psicología) nada más verlo con su bata blanca y sus gafas de concha amarilla, redondas, que le daban cierto aspecto vagamente simiesco:

—Debería dejarse reconocer por un médico, doctor —dijo el hombre atemorizado por los ríos—. Usted se acaricia mucho sus manos porque desconfía de acariciar las manos de los otros.

Su mujer no dijo nada, pero por dentro se sonrió al comprobar lo inteligente que era el hombre atemorizado. El médico tampoco dijo nada, pero se sonrió por fuera todavía más y sus dientes impolutos brillaban como los colmillos de una fiera enfurecida. Naturalmente, dejó de frotarse las manos y como ya no sabía qué hacer con ellas las ocultó en los bolsillos del pantalón con un poco de vergüenza mientras sus mejillas enrojecían de rabia.

Como casi todo el mundo ignora, hay dos clases de médicos. Los que ejercen su oficio por amor a la humanidad y quienes lo hacen porque se sienten felices de meter el estetoscopio en las desgracias ajenas. El

médico de esta historia pertenecía al grupo mayoritario, y decidió curar vengativamente al hombre que sentía miedo de todos los ríos. Le dijo a la mujer que esperase fuera o, mejor aún, que se marchara a dar un paseo y regresara al cabo de dos horas. Y cuando la mujer se marchó ordenó a su paciente que se quitara los zapatos y se tumbara en el diván.

Así lo hizo el hombre atemorizado y, al principio, no sentía temor alguno. Pero luego, cuando el médico le pidió que hablara de su infancia, que recordara el primer recuerdo que había en su vida del agua, el hombre de repente se acordó de los ojos de un hombre ahogado que estaban sacando de un río cuando tenía nueve años y paseaba tranquilamente por su orilla. Entonces al hombre se le adelgazó la voz, y recuperó la que tenía cuando era niño, y gritó como aquella mala tarde en que sus ojos se tropezaron con los ojos abiertos, abultados, lechosos, malignos, retadores y muertos del ahogado. Gritó, gritó, gritó y se puso a llorar como el niño espantado que estaba volviendo a ser cuando descubrió que el destino del hombre es morir, y que los ojos de los ahogados se parecen a los ojos de los peces muertos, que miran sin ver a las moscas que se acercan a chuparlos, y que hay una pena muy honda, muy blanca, hecha del amargo cristal de todas las aguas, y esa pena es capaz de mirar al mundo devorador sin oponer resistencia alguna, y nada hay más terrible en este mundo que mirar esa pena dulce y maligna en los ojos de un hombre muerto recién sacado de los légamos de un río.

Así que el médico, con triquiñuelas, trampas y preguntas de doble sentido, había conseguido que el hombre atemorizado se acordara de aquella escena de la infancia, tan horrible que había permanecido olvidada durante toda su vida, y de la cual surgía su pavoroso terror a las aguas. «Esa es la causa —dijo el médico—, esa es la causa y qué bien que la hayamos encontrado tan pronto. La imagen de ese muerto ha dormido en su inconsciente, y usted nunca se hubiera

atrevido por sí mismo a recordarla ¡Esta es la gran ayuda de la ciencia médica! Ahora ya sabe el por qué de su angustia. Y pudiera decirse que está prácticamente curado».

—¿Quiere usted decir —preguntó el hombre— que ya no debo sentir miedo de los ríos?

—No, señor mío. En modo alguno. Si usted siguiera teniendo miedo pondría en entredicho nada menos que a Sigmund Freud.

El hombre atemorizado no se atrevió a poner en entredicho a ese señor famoso. Pero la verdad es que ahora que sabía por qué le atemorizaban los ríos, por qué sospechaba que un día cierto río vendría a por él, estuviera donde estuviera; ahora que era consciente de que el terror fluía de los ojos de un muerto lejano, ahora entendió que nadie era capaz de conjurar el hechizo malévolo de esos ojos, y que estaba tan condenado por las aguas como aquel ahogado de su infancia del que jamás después quiso acordarse. Maldijo, entonces, a ese hombre de la bata blanca, ese mal hechicero frívolo y libresco que se frotaba incesantemente las manos porque consideraba que no había mujer en el mundo con la suficiente categoría como para acostarse con él, y que se vengaba de sus pacientes descubriéndoles secretos que nunca debían ser desvelados.

—¿Me puedo poner ya los zapatos?

Volvía el hombre atemorizado a su casa cogido al brazo de su mujer. Ella había visto en el rostro del hombre tanta tristeza, tanto horror, tan abatida lucidez, que no quiso preguntarle nada, y pensó que a veces el remedio puede llegar a ser mucho peor que la enfermedad. Y el hombre atemorizado miraba al cielo con hondo pesar. Porque era una tarde de primavera y nubecillas blancas se deslizaban vertiginosamente, como si el cielo fuera una pista de patinaje, y jugueteaban con el sol como si el sol fuese un hermano mayor, benévolo y luminoso, que consintiera de buen humor esos pequeños oscurecimientos. Pero las nubes no tardaron en mostrar su verdadera

naturaleza: crecieron tanto que ahogaron al sol y se fueron haciendo cada vez más grises. Y ya no se deslizaban por el aire como patinadoras o mariposas, sino arrastrando sus oscuras panzas, engrosando y estirando sus brazos mostruosos hasta que devoraron los últimos retazos de azul y se posaron sobre los tejados como una inmensa mano negra manchando con su barro traslúcido los alegres colores de la vida.

—Parece que va a llover...

—No lo creo, querido. Son nubes que pasarán. Nubes que arrastra el viento.

—Si lloviera...

—Pero no lloverá, no lloverá todavía.

—Las calles, a veces, cuando llueve mucho, se parecen a los ríos...

—Vámonos a casa. Cojamos un taxi. No lloverá todavía.

La mujer levantó su mano derecha para llamar a un taxi. Y en ese momento la inmensa orquesta del cielo negro, obedeciendo la orden de una invisible batuta, se partió en dos con un rayo terrible y luego hubo un trueno que retumbó en todos los cristales de la ciudad.

—¡Va llover! ¡Va a llover en seguida!

—¡No, no! ¡Todavía no! El taxi ya está aquí.

Pero empezó a llover y algunas gotas salpicaron el rostro aterrorizado del hombre, que las miraba como si fueran de sangre, y al cielo como a un oscuro animal herido de muerte por el rayo. Se sacudió las mejillas con el dorso de la mano para apartar de sí esas gotas, y la mujer vio en ese gesto que el hombre sentía entonces más terror al agua que nunca. Luego, aquel hombre empequeñecido por el miedo se cubrió el rostro con las manos y empezó a temblar; porque a través de las diminutas fulguraciones de las gotas de agua, sobre el plomo bruñido de las nubes, había visto el rostro reblandecido del ahogado, sus deformadas mejillas de cera que parecían una máscara de la muerte, su cabeza como de trapo con la nuca caída en el hombro y esos ojos de plástico podrido, res-

quebrajada la córnea por multitud de venillas rosáceas, clavados en los suyos para siempre.

Cuando se metieron en el taxi empezaba a caer agua de verdad y el hombre, con los ojos cerrados, temblaba más que antes. Presentía que iba a morir, pero no se lo dijo a su mujer para no alarmar al taxista, quien maldecía a causa de la lentitud del tráfico mientras zumbaban los moscardones del limpiaparabrisas y el «tic-tic» del taxímetro subrayaba los latidos de su angustia en el mundo de sombras que voluntariamente había creado, cerrando los ojos, para no ver los fríos dedos de la lluvia estampando su insidiosa firma en los cristales de las ventanillas, aunque escuchaba su repiqueteo de cuervos voraces en el techo del automóvil y sentía en los pulmones el aire húmedo y frío que esa lluvia provocaba.

Hubiera dejado de respirar para no seguir sintiendo ese repulsivo contacto húmedo del aire en sus pulmones, ese río pulverizado en multitud de gotas microscópicas que se adentraba en su sangre anunciándole la muerte. Y así como cerró los ojos, cerró también la boca y los conductos de la nariz y trató de cerrar el curso de sus horrendas premoniciones sin conseguirlo. Porque su sangre, esa sangre que abominaba del contacto del agua, que no quería disolverse con ella en el mar de las sombras eternas, anhelaba el contacto del aire, el ritmo renovador de las respiraciones que hacía posible la continuación indefinida de su pequeña vida anónima y carente de significado, pero donde el corazón bombeaba gozoso y la piel podía dar y recibir las caricias de otra piel cálida, y contemplar sus ojos los negros ojos vivos de la mujer que amaba, esa mujer que a su lado trataba inútilmente de calmarle acariciándole la mano temblorosa, posando con suavidad sus labios en unas mejillas que el pavor había hecho de mármol, diciéndole al oído suaves palabras de ternura difícil, pues también el instinto de ella estaba dominado entonces por el miedo, y la lluvia se espesaba cada vez más siendo el cielo cada vez más oscuro, y la única salvación po-

sible era permanecer en el interior del coche donde el taxista gruñía de mal humor, ajeno a la tragedia del agua repiqueteando en el techo con creciente furia, golpeando como el acreedor terrible cuando se ha cumplido el plazo, al rumor de la corriente deslizándose calle abajo como un ejército desordenado que todo lo arrasase a su paso porque era ciego y no podía sentir compasión alguna por aquel hombre atemorizado a quien un hombre vestido de blanco acababa de desvelarle el espeluznante secreto de su vida, y le había obligado a abrir otra vez los ojos de la memoria a esa oscura caverna de la infancia donde brillaba la aniquiladora lucidez de unos ojos sin vida, ojos blandos y acuosos como los ojos de los peces muertos, los alucinantes ojos de un hombre ahogado que le revelaron, cuando sólo tenía nueve años, cuál era el destino del hombre, y que la muerte por asfixia, anegando el agua gota a gota todos los alveolos de los pulmones, era el peor de los destinos de un hombre condenado a morir.

—¡Por favor...! ¡Por favor...! ¿Me oyes...? ¿Me estás oyendo...?

El hombre atemorizado escuchaba a su mujer sí, pero como si no se encontrara a su lado, en el taxi, sino a través de una inmensa y fragorosa cortina de lluvia en la que pronto se vería sumergido sin escape posible. Por eso se negaba empecinadamente a abrir los ojos, por eso impedía en lo posible el paso del aire humedecido en sus pulmones, por eso se resistía a hacer movimiento alguno, aunque no fuera capaz de dominar el cada vez más fuerte temblor de sus piernas y de sus manos, el castañeteo de sus dientes haciéndole sangrar la punta de la lengua fuera ya de la boca, la creciente sensación de estar escapándose de sí mismo, hacia dentro, cada vez más profundamente hacia dentro, hacia esa pared vacía que la muerte edifica en el interior de cada ser humano, y agazapado allí, escondido, ocultándose al fragor de la lluvia, simulando ser una piedra, o una brizna de hierba, o una pequeña sombra insignificante, esperar

el paso arrollador de ese torrente que se le estaba anunciando ya en la punta de los dedos, con la boca fuertemente cerrada al paso de cualquier fluido, aguantando, aguantando...

—¿Qué te pasa...? ¡Contéstame, por favor...! ¡Contéstame!

¿O era mejor huir? Levantarse, gritar, golpear, salir, perderse bajo la lluvia, perseguido por ella, escaparse sumergiéndose en sus densos picotazos y correr, correr mucho más que la densa corriente del agua transformándose en río, y poder alcanzar así la cumbre inmaculada de una montaña situada mucho más alta que la zona dominada por las nubes, donde el sol era eterno y nada podía empañar su sosegado curso...

Y una mano fuerte, ahora, le estaba zarandeando:

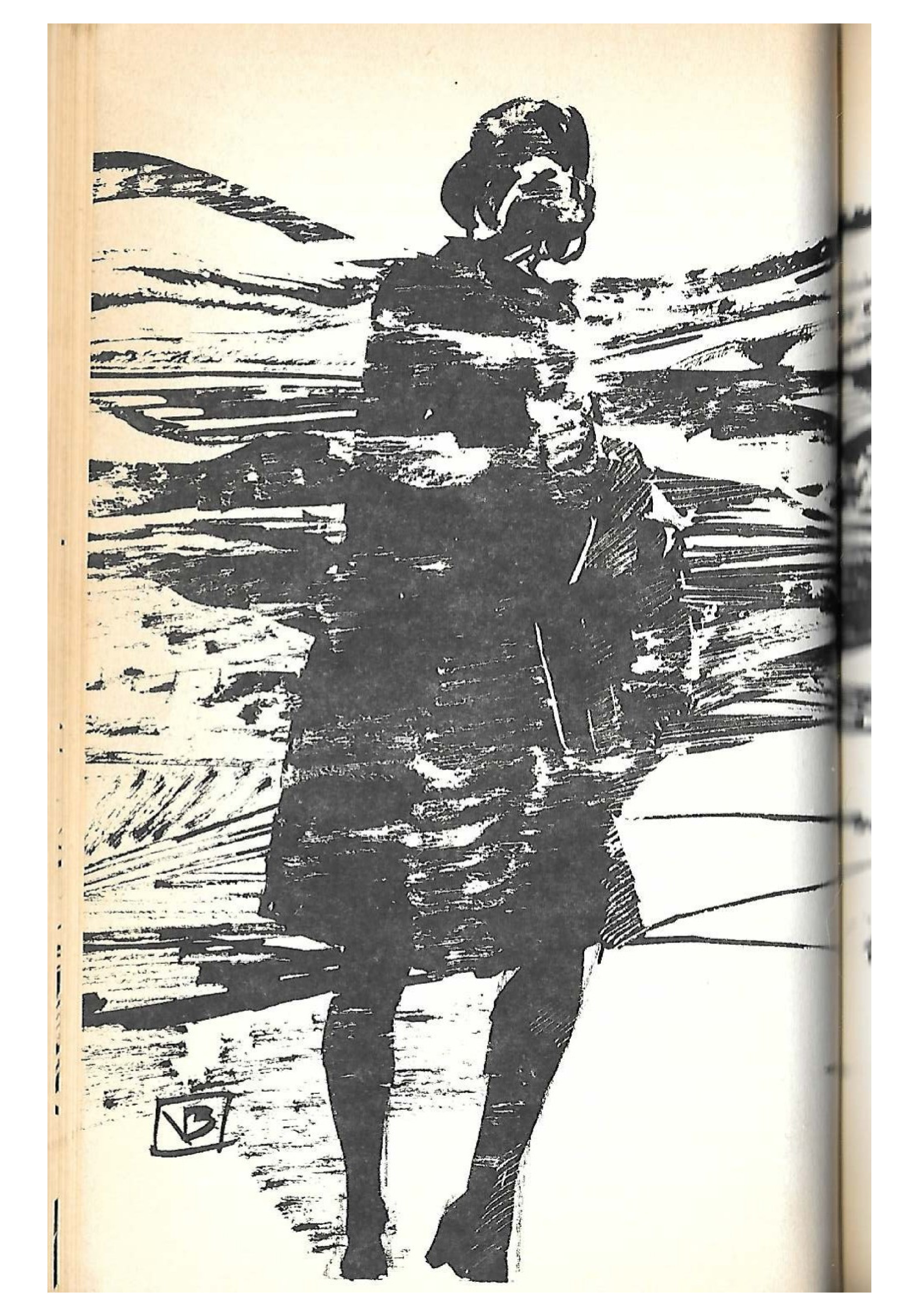
—¿Se encuentra mal, señor? ¿Necesita ayuda...? ¡Despierte!

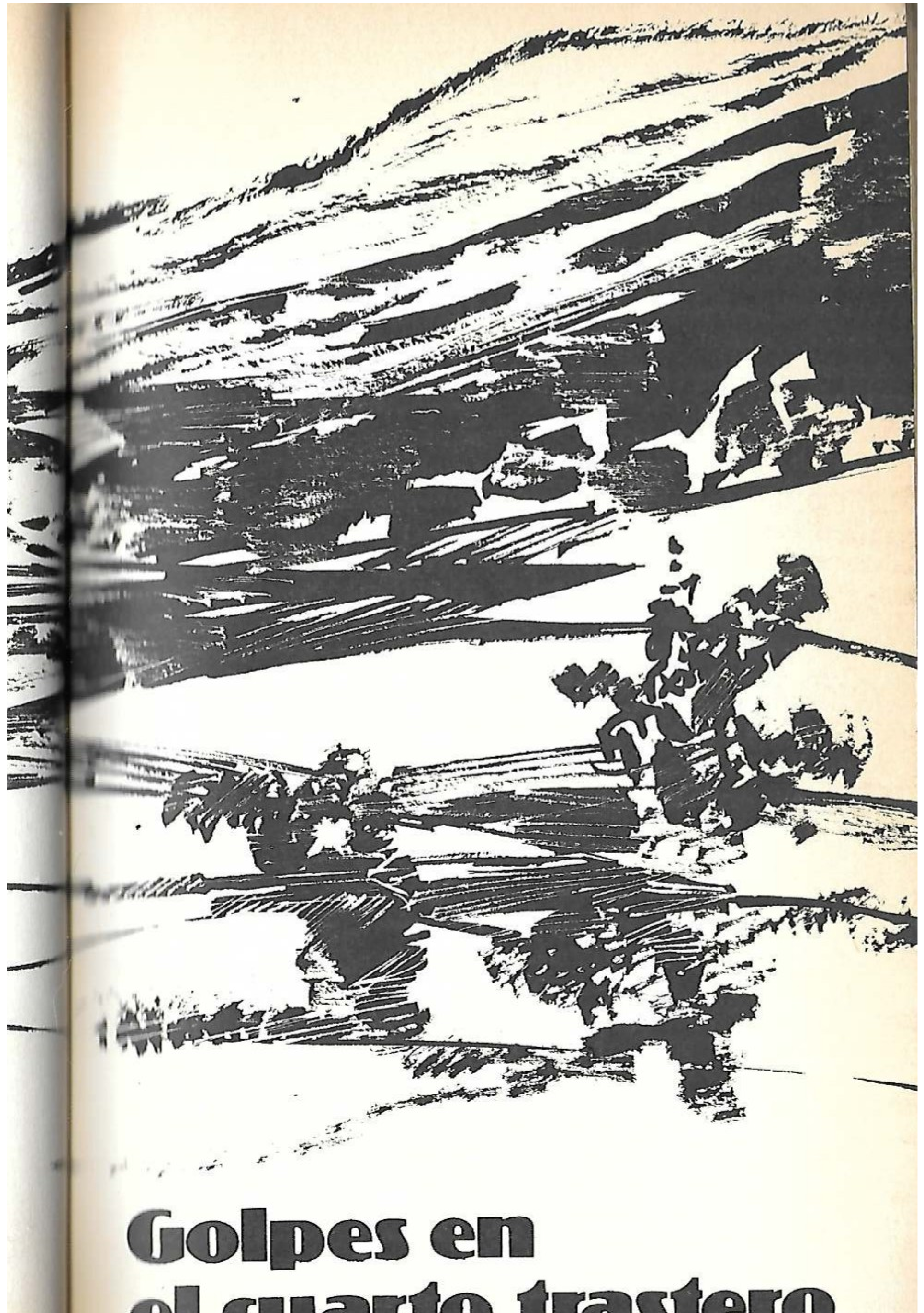
El hombre atemorizado abrió entonces los ojos y el mundo oscurecido por la lluvia penetró en ellos, y pudo ver que se estaba cumpliendo la maldición de las aguas, y el lejano río de la infancia donde flotaba el hombre ahogado le estaba llamando a gritos y no quedaba más remedio que escapar en ese momento. ¡Escapar!

Así que lanzó un aullido y sus ojos estaban extraviados, y golpeó violentamente a su mujer y se liberó de la mano del taxista y abrió la portezuela y echó a correr por las calles mojadas, atascadas, ruidosas, sorteando corrientes, pisoteando multitud de charcos, sintiendo en las manos y en el rostro los vengativos zarpazos del agua desbordante, de la que ya era presa, y corrieron tras él su mujer y el taxista en una carrera inútil, porque ya no pudieron alcanzarle.

Salió de nuevo el sol al día siguiente en un cielo limpio, y un niño paseaba a la orilla del río alegrándose de que el mundo fuera otra vez más verde y de que se pudiera pisar la hierba mojada por la lluvia del día anterior. Tras de los chopos, en un recodo de la corriente, vio a tres hombres uniformados, afanán-

dose por rescatar del agua un objeto flotante cuyos contornos eran imprecisos a causa del barro y de los hierbajos adheridos. Echó a correr hacia allí, picado por la curiosidad, y pudo ver entonces, emergiendo de la corriente, el resplandor deforme en los ojos de aquel hombre muerto que había tenido miedo de los ríos. Y a causa de ello, el curso de la vida de ese niño se torció para siempre.





Golpes en el cuarto trastero

Golpes en el cuarto trastero

Martín Antonino

Como oscuros y lejanos impactos, los misteriosos golpes parecían provenir de una ignota fragua perdida en un remoto subterráneo.



Lo que sigue es la enumeración de ciertos acontecimientos dudosos que ocurrieron el otoño pasado, aquí mismo, en la capital, y tuvieron como protagonista a una mujer ya madura, digamos que rondaría los cuarenta años, de buen aspecto —seguramente se podría afirmar que era particularmente atractiva—, alta, siempre bien maquillada y con un destacable buen gusto para la elección de sus perfumes: aromas discretos y marchitos que dejaban un rastro de delicadeza por los lugares que transitaba o donde permanecía.

* * *

Un Seat 600 extrañamente bien conservado penetró por las calles de la arbolada colonia de Santa Lucía al anochecer del 15 de obtubre de1979. Era un barrio de hotelitos de una o dos plantas, con un pequeño jardín y un estado de conservación variable según la prudencia de sus ocupantes. El Seat 600 se detuvo delante de uno de estos hotelitos, el último de una calle que desembocaba a un enorme solar embarrado a causa de las últimas lluvias. La mujer a quien he aludido más arriba descendió del co-

che, y tras despedirse del hombre que lo conducía —un compañero de trabajo que vivía cerca de la colonia— y darle las gracias por llevarla hasta su casa, se dispuso a penetrar en la vivienda. Era de una sola planta y el jardín mostraba un aspecto triste y abandonado. La mujer no tenía tiempo de cuidarlo: culebreando sobre el céped reseco se veía una manguera verde que había comprado para regar. Lo había hecho un par de veces en todo el año; no amaba aquellos menesteres, esa es la verdad. Era una criatura del asfalto, nada proclive a la jardinería, y su universo preferido se hallaba en las avenidas cruzadas por autobuses, las cafeterías tibias llenas de gente y las tiendas bonitas del centro. La casa estaba fría, y a pesar del buen gusto de aquella mujer, reflejado en un mobiliario sencillo, pero acogedor, y en los divertidos complementos decorativos (que proporcionaban al piso esa calidez aseada propia de los apartamentos de muchas chicas solteras), persistía en las habitaciones un ambiente húmedo y una temperatura baja, especialmente intolerable en invierno. Es lo que ocurrre en casi todos los chalets de una planta: el contacto directo con el suelo y unos muros exteriores expuestos a las inclemencias del tiempo, sin la protección de otras edificaciones colindantes, dan lugar a un clima interior generalmente nada agradable.

La mujer se cambió de ropa y comió algo. Después se sentó en el sofá del saloncito-comedor para ver la televisión. Sólo una lámpara de mesa, en un rincón de la estancia, iluminaba agradablemente la pieza, dotándola de una sosegante tonalidad anaranjada. Había encendido una pequeña estufa eléctrica y, poco a poco, el ambiente fue adquiriendo esa temperatura caldeada que adormece a una persona cansada después de un día de trabajo y le induce a pensar, reacomodándose en un rincón del sofá, que allí se está del todo a gusto. Simultáneamente sobreviene una invencible pereza, y cuando termina la programación de TV aún te quedas un rato sentado, frente a los vibrantes puntitos de la pantalla, sumido en una cá-

lida somnolencia y considerando como un ejercicio ingrato el hecho de levantarte y salir al frío pasillo para dirigirte a la cama. Justamente entonces oyó por primera vez los golpes. Al principio le parecieron rumores habituales, no identificables, desde luego, pero fácilmente atribuibles a los múltiples fenómenos sonoros que se producen en una ciudad grande a todas horas. Luego, cuando apagó el televisor y la casa se quedó en silencio, comprendió que aquellos golpes extraños se producían en un lugar próximo, quizás en una habitación de la propia casa que habitaba. No era una mujer miedosa, por eso restringió su respiración por unos momentos para escuchar mejor.

Los golpes provenían del otro lado del pasillo, al parecer de la única habitación descuidada de la vivienda, un cuarto trastero donde iba arrinconando todos esos desechos inútiles de una casa que, sin embargo, se conservan durante años nadie sabe por qué. Se trataba de oscuros y lejanos impactos procedentes del subsuelo. Se dirigió a la habitación desván y penetró en ella. Una bombilla mortecina iluminó una estancia triste llena de trastos. Se situó en el centro. Sí, bajo el pavimento de mosaicos desgastados, como si provinesen de una ignota fragua perdida en un remoto subterráneo, escuchó los golpes: retumbantes ecos periódicos que llegaban hasta ella en la noche, sugiriendo la presencia de una misteriosa actividad clandestina en las profundidades, propia de malhechores que trabajasen como topos al fondo de la tierra. Un efluvio súbito de calor le subió hasta las sienes, porque también, inopinadamente, sintió como si aquellos golpes nocturnos que llegaban desde el seno de la tierra, fueran una llamada a su conciencia dormida haciéndole rememorar una execrable mañana del pasado.

Terminó atribuyéndolo a causas normales, trabajos en los colectores o cualquier otro tipo de actividad, probablemente municipal, perfectamente definible. Se durmió pronto. Soñó con el rostro del niño: quizá sonreía aún antes de que ella apartase sus ojos

transidos por el horror de aquella carne rosada, la última vez que le miró una lejana mañana brumosa hacía veinticinco años.

Era recepcionista en unas oficinas. Trabajaba en un majestuoso piso ocupado por una empresa de seguros. Se abría la puerta de madera tallada del piso y se accedía a un amplio recibidor entarimado. Ella estaba allí, tras un mostrador beige, junto a una centralita. Era casi rubia y llevaba el pelo recogido atrás en un moño discreto. Tenía la piel clara de una inglesa, y eso, junto al tono dorado de su cabello, deparaba la ilusión de que emanaba una tibia luminosidad. Tan sólo fijándose más atentamente en su rostro, se detectaba una sombra de tristeza al fondo de sus ojos dulces. Era esa clase de personas que, aún en los momentos de mayor optimismo, cuando parece que están locas de alegría, son traicionadas por una mirada inerte, una estática opacidad de las pupilas que advierten sobre hechos anómalos y desgraciados acaecidos en un pasado incierto de su existencia, acontecimientos infortunados que han detenido el curso normal de la alegría. Miró el calendario que tenía colgado en la pared, sobre la centralita. Buscaba otra fecha, pero no pudo evitar que sus ojos se detuvieran en el 18 de octubre. Ese día, miércoles en concreto, se cumplirían veinticinco años. Un aniversario abominable, ya que, pese al tiempo transcurrido, prevaleciendo sobre un cuarto de siglo de viajes en ferrocarril, urbes extrañas, pisos solitarios y centralitas de oficinas, aún permanecía en su memoria, vivamente impreso, el recuerdo de la mañana húmeda en que sus ojos se quedaron helados para siempre. Apartó la vista del calendario y trató de ahuyentar de su recuerdo la imagen del niño, de su semblante quizás aún tranquilo; alguien que había pasado a la oficina le preguntó algo...

Aquella noche volvió a oír los golpes. Sintió miedo; nadie sabía nada de obras en el alcantarillado o sobre cualquier otra clase de trabajos subterráneos.

Estuvo mucho rato en el desván, bajo la luz luctuosa de la bombilla, conteniendo la respiración y escuchando aquellos reiterados impactos procedentes del subsuelo, ecos profundos cargados de resonancias arcanas. Sólo que aquella noche parecían escucharse más próximos, como si un infatigable topo humano, horadando con un mazo galerías secretas, se fuese aproximando poco a poco a la superficie. Y era curioso o espectral que aquellos golpes, cada uno de ellos, le produjeran un chocante sobresalto íntimo, algo semejante a violentas señales que alertaban su memoria trayéndole necesariamente al recuerdo el remoto amanecer nublado en que miró al niño por última vez, cuando él quizá permanecía aún tranquilo y ella apartó los ojos para siempre de su carne rosada.

El domingo, hacia las cuatro, vino su amiga Laura a tomar café. Era una mujer de su edad, mucho menos diestra a la hora de elegir sus perfumes, pero buena chica al fin y al cabo. Tomaron pastas de almendras y mantuvieron esa clase de conversación baladí, pero muy amena, que transforma los acontecimientos políticos, por ejemplo, o cualquier otro suceso público, en una cuestión de estética, y se comenta con desenfado, a raíz del último discurso del jefe de los socialistas en el Congreso, todo lo que ha engordado durante las vacaciones, afeándole ostensiblemente, hecho que, en cierta medida, descalifica su trabajo. Y la verdad es que esa interpretación de las cosas tal vez resulte correcta, pues probablemente quien descuida la curva de sus mofletes quizás esté atravesando horas bajas que dan lugar, también, a ideas menos atractivas. Hacia las seis comenzaron a oírse los golpes en el cuarto trastero. Al cabo de un rato, Laura preguntó «¿qué es eso?», ya que los impactos eran perfectamente audibles desde el saloncito-comedor, y Julia respondió «pues no lo sé, hace días que los oígo; supongo que dèben estar de obras en el alcantarillado o cosa así». «Eso es imposible —respondió Laura—; hoy es domingo y el Ayuntamiento nunca fue tan ce-

loso de sus obligaciones como para trabajar en día de fiesta.»

A las siete se marcharon al cine y vieron la película *Kramer contra Kramer,* y cuando Julia regresó ya sola, apenas abrió con el llavín la puerta de la casa, escuchó los ruidos de nuevo. Ahora se había desvanecido su valor habitual, porque aquellos sonidos, día a día más intensos, localizados en la habitación de los trastos, se habían transformado tomando otro carácter. No sólo se oían cada vez más próximos a la superficie, también habían perdido su tono retumbante y profundo para escucharse más nítidos, carentes de eco o resonancia, golpes secos, como llamadas a una puerta, que se acompañaban de un siniestro rumor añadido, como si un animal excavador arañase en el seno de la tierra buscando una salida. No pudo dormirse hasta muy tarde, sobrecogida en la cama, atenta al insólito fenómeno en una inquieta duermevela, atrapada por la imagen persistente del niño al fondo de su memoria.

El día 17 de octubre estuvo todo el día agobiada por los recuerdos y el temor de regresar a casa. A las siete, cuando el reluciente Seat 600 la dejó en la puerta del hotelito, le dijo a su acompañante:

—Pasa conmigo, quiero que veas algo... Necesito que me des tu opinión.

Su compañero, un chico más joven que ella, con gafas, bigote fino y pelo rizado, se quedó sorprendido. Por un momento pensó que Julia buscaba algo con él; una mujer madura y atractiva, que se aburre en su chalet sin acompañante conocido... Luego concluyó que eso no podía ser. Bajó del coche y la siguió a través del húmedo jardín. Antes de que ella abriese la puerta, él pudo escuchar los golpes extraños. Le condujo por el pasillo hasta la habitación que le servía de desván. Encendió la bombilla mortecina. El chico estaba asustado; era un tipo con bigotito y gafas particularmente timorato. Los golpes se escuchaban casi a flor de tierra, continuados y potentes. Ahora parecían ya otra cosa: esas llamadas secas e impacien-

tes que resuenan en cualquier puerta a horas intempestivas evocando la presencia de un espectro que llega de ultratumba para cumplir una sórdida promesa hecha en vida.

—Pero, ¿qué ocurre? —dijo el joven.

—No lo sé, no lo sé... Por eso te he traído. ¿Qué te parece a ti que puede ser?

—Es un ruido muy raro; obras en el subsuelo, tal vez...

—¿Obras a estas horas? Estoy alarmada, asustadísima... Esos golpes no..., no son identificables con nada... Son otra cosa...

—Bueno, sí; no sé que decirte...

—Los oígo desde hace varios días y me tienen los nervios deshechos...

La voz de Julia se quebró en ese momento e, imprevisiblemente, rompió en desconsolados sollozos que no podía contener, como si se hubiese producido el desbordamiento de una congoja retenida desde hacía tiempo, que ahora se manifestaba en un llanto ruidoso. Su figura, de pie, encogida y tibia, resultaba conmovedora. El chico de las gafas y el bigote no sabía qué hacer; bueno, quería marcharse de allí, de una habitación tétrica y de unas circunstancias que le alarmaban y le confundían. Así pues, tras esperar a que ella se tranquilizase, pronunció algunas frases confusas que, evidentemente, delataban su deseo de desaparecer: Julia le dijo que ya se encontraba bien y que se marchara. Aquella noche no durmió nada.

En la oficina, al otro día, el sueño se hizo insoportable en algunos momentos, y su aspecto abatido, acentuado por unas llamativas ojeras, impulsaron a varios de sus compañeros a preguntarle «¿qué te pasa?». Era el 18 de octubre, una fecha que no es exagerado calificar de espeluznante. Se cumplían veinticinco años desde el amanecer melancólico en que el niño desapareció, cuando ella era lo suficientemente joven como para no entender nada. Llamó a su amiga Laura.

—Quiero verte esta tarde... Es muy importante.

—¿Dónde quedamos? —se oyó la voz de la amiga al otro lado del teléfono.

La cita se concretó en una cafetería de la acera impar de la Avenida Central. Era un lugar decorado de verde, donde se reunían señoras de edad media a tomar cafés con leche y chocolates con pastas. Julia tenía los ojos enrojecidos por el sueño y el llanto. Después de los primeros trámites coloquiales, le contó a Laura una historia de la que omito los pormenores (otra cosa sería caer en indelicadeza con el lector) para ofrecer tan sólo el resumen de un suceso que no protagonizó ella por primera vez, ni dejará de producirse en días amargos teniendo como escenario esos parajes solitarios de nuestro planeta donde ciertos hombres obcecados se agazapan para llevar a cabo sórdidos crímenes.

—Me quedé embarazada a los quince años. Tuve al niño. Di a luz en mi casa ayudada por mi madre de forma clandestina. Nadie lo supo. Me sentía morir de desolación: mi padre me había maltratado mucho. El 18 de octubre de 1954, apenas pude levantarme, me incorporé de la cama ofuscada por la angustia y el desconcierto. No sabía lo que hacía, te lo juro; estaba loca. Era una mañana fresca de otoño; la niebla cubría la ciudad donde viví hasta entonces. Metí al niño en un cesto de la compra. No lloraba. Atravesé la ciudad cubierta por la luz del alba. Caminé hasta el campo, un paisaje estepario reblandecido por la humedad de la bruma. Avancé por eriales llenos de desechos hasta más allá de un terreno roturado de tierra rojiza y esponjosa. Me detuve tras una noria abandonada hasta donde llegaban los ecos de la ciudad amortiguados por las nubes bajas. La tierra estaba húmeda y blanda. Hice un agujeto con las manos. Saqué el niño del bolso: estaba tranquilo, miraba a un punto incierto del espacio, de los celajes agrisados que me ocultaban a cualquier mirada. Lo metí en el agujero. Oí nítidamente todos los ruidos del campo en silencio, como si, en un instante, mi oído se hubiese afinado para detectar pequeños chasquidos, roces inconcretos, el

piar de invisibles gorriones perdidos entre la niebla... Luego eché tierra, mucha tierra embarrada sobre el hoyo, aquejada de una alucinante exaltación nerviosa...

La cafetería parecía haber enmudecido cuando Julia rompió en un llanto desbordado. Laura estaba atónita. Algunas de las señoras que merendaban la miraron.

—¿Y después? —dijo Laura.

—Oh, no he podido olvidar la cara del niño, no he podido... Estoy desquiciada de remordimientos... Le quiero, le quiero...

—¿Qué hiciste después?

—Continué caminando... No he vuelto jamás a casa. Nadie ha debido descubrir lo sucedido y ellos quizá no denunciaron mi desaparición. Ahora tengo miedo de esos golpes que se oyen en mi casa... Y en este día... Por favor, déjame dormir una temporada en tu apartamento; no puedo soportar las noches en soledad...

—Desde luego que sí —se ofreció inmediatamente Laura—. Vente ahora mismo si quieres... Tengo cama, aunque me faltan mantas, pero podremos arreglarnos...

—No te preocupes por eso; iré a casa a recoger lo que sea necesario.

Permanecieron en la cafetería hasta las diez, mientras Julia accedía a puntualizar cuantos detalles rastreó la sobrecogida Laura sobre una historia espantosa que le parecía más bien un sueño. Después de contar aquello, Julia parecía mucho más tranquila; estaba relajada, mostrando ese sosiego que sobreviene tras superar un tiempo de peligros o angustias extremadas.

Cuando salieron de la cafetería, Laura se marchó hacia su piso para ir preparando algo de cena y el cuarto donde Julia dormiría, mientras ésta, tras atravesar la avenida, penetró en su barrio y se dirigió hacia el chalet a fin de recoger una manta y sus útiles de aseo personal. Conforme se acercaba al hotelito le pareció oír los golpes amedrantadores resonando en el interior de la casa. Permanecería dentro un ins-

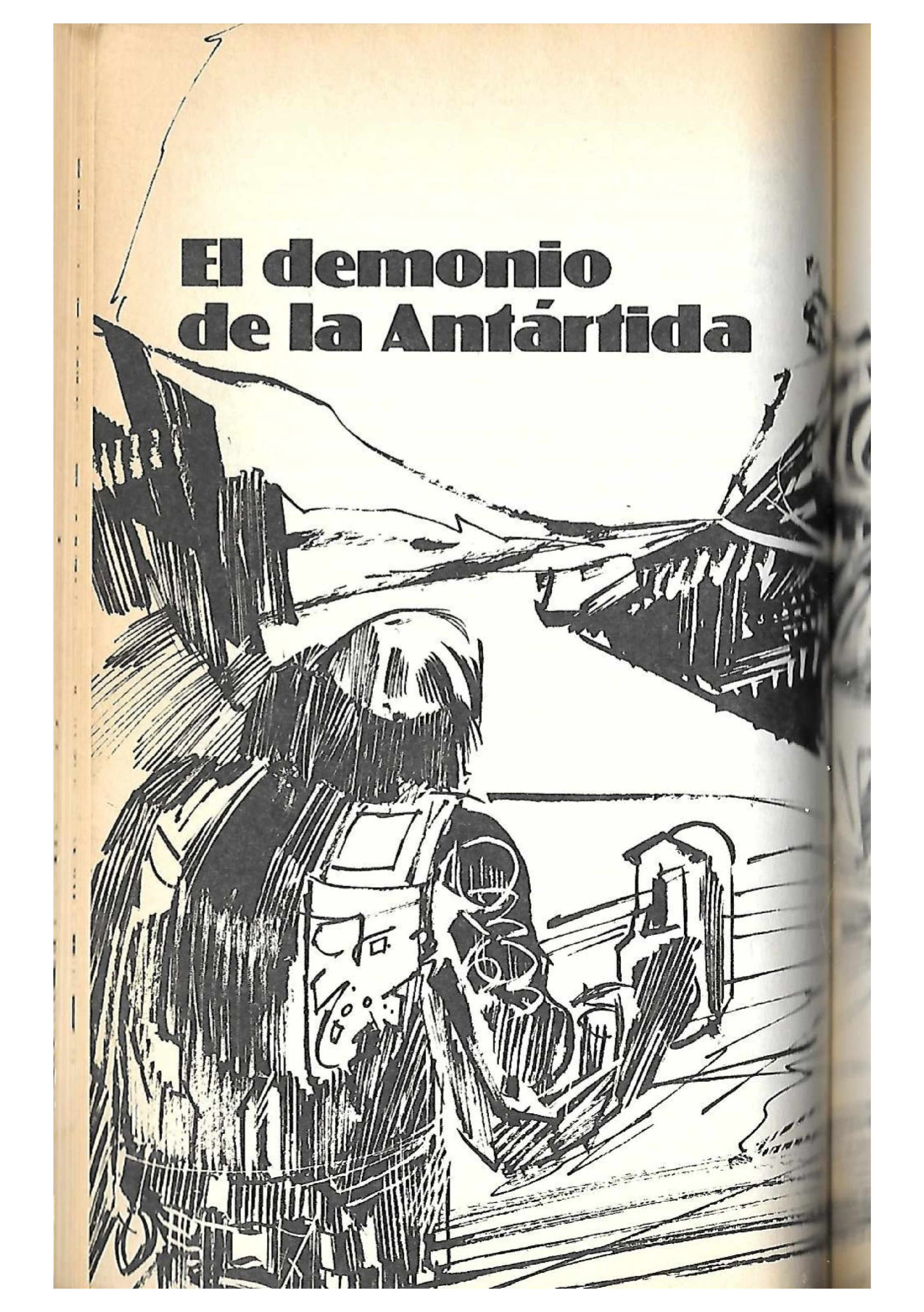
tante tan sólo, el tiempo imprescindible para recoger sus cosas; después, un taxi la alejaría, quizá para siempre, de aquella vivienda que, en unos pocos días, se había convertido en un lugar aborrecible.

Los golpes eran nítidos, y los escuchó resonando con tanta violencia bajo el suelo del cuarto trastero, que, por un momento, se detuvo turbada en el umbral de la casa, inmovilizada por la presencia de un fenómeno que ya no consistía en ruidos de dudosa identificación, sino en la evidencia de que *algo* o *alguien* muy concreto golpeaba debajo de las baldosas tal vez queriendo emerger al exterior. Al fondo del pasillo estaba su dormitorio; a la izquierda, a la mitad del trayecto, se abría la puerta del desván. Encendió la luz del corredor y lo atravesó corriendo. Sacó una manta del armario situado en su alcoba moviéndose con precipitación. En ese momento oyó un sordo crujido en el cuarto del que provenían los golpes. Ya no eran golpes. Como si el pavimento se agrietase presionado por una fuerza procedente del subsuelo, pudo advertir con claridad el sonido de baldosas removidas, el rumor del suelo quebrándose, roto finalmente por *aquello* que había ido ascendiendo poco a poco hasta aflorar en su casa. Entonces avanzó despacio, superado el terror por la necesidad instintiva de conocer *qué cosa* había llegado hasta allí desde el infierno. Se asomó al cuarto. A la luz del pasillo vio cómo en el centro de la habitación había surgido un abultamiento que crecía despacio produciendo ruido de escombros, haciendo caer a su alrededor baldosas rotas, trozos de cemento y tierra negra: una forma pequeña y lívida emergía del suelo, una cabeza infantil manchada de tierra húmeda, el rostro extremadamente pálido de un niño de pocos días, quizá de una semana a lo sumo, que, como empujado por una fuerza subterránea, brotaba despacio desde las profundidades de la tierra, con los ojos abiertos y la expresión tranquila, mirando mudo a un horizonte inconcreto, tal vez a ella, posiblemente descubriendo absorto a Julia, cuando habían cesado los golpes y

cualquier otro ruido y sólo se escuchaban, en el extenso silencio de la noche, débiles gruñidos intermitentes procedentes de aquella espantosa aparición, esos ruiditos encantadores que emite un bebé sosegado cuando en el confuso panorama de su universo descubre el rostro de su madre...

* * *

Laura la estuvo esperando mucho tiempo. Cuando fue a buscarla y la policía forzó la puerta del hotelito, la encontraron en el cuarto trastero, muerta sobre un montón de escombros, abrazada con fervor al cadáver de un recién nacido que mostraba una extraña expresión de dicha.


El demonio
de la Antártida



El demonio de la Antártida

Carlos Sáiz Cidoncha

Abdul Alhazred narra en el «Necronomicón» como los dioses Arquetípicos abatieron el orgullo y la maldad de los Primordiales. De todos, menos uno:
YIKKANTHROG.



DESDE los tiempos más remotos, desde mucho antes de comenzar a escribirse la historia, el hombre temió a los hielos.

Los hielos, que una y otra vez, en el transcurso de las eras, se alzaron desde sus refugios boreal y austral para lanzarse a la conquista del mundo, arrasando con cuanta vida orgánica hallaron a su paso, sin exceptuar la del mismo hombre, el titulado rey de la creación. Fueron los períodos glaciales, las grandes catástrofes heladas.

Aún hoy se dice que nuestra técnica y nuestra ciencia, que han comenzado a dominar el espacio sideral, se verían impotentes ante una nueva arremetida de los hielos, que frente a la amenaza polar aún seríamos semejantes a los pobres hombres de las cavernas, perseguidos y casi exterminados por el desastre blanco.

¿Cómo comenzaron aquellas fabulosas mareas de hielo, y cómo podrían volver a comenzar? Los científicos sostienen varias teorías, en ocasiones contrapuestas, pero siempre coincidentes en señalar orígenes naturales del fenómeno. Manchas solares, irrupción

de nuestro planeta en zonas nebulares de la Galaxia, agotamiento del anhídrido carbónico en la atmósfera...

Pero quizá pueda buscarse en una nueva dirección. Quizá pueda rastrearse un origen *artificial* a los movimientos de los hielos. Pues no toda la vida es como nosotros la conocemos, y la catástrofe que borre del mundo una clase de ella, bien podría dar nacimiento a otra distinta... a otra cuyo germen exista ya en algún lugar de las tundras polares.

No diré que esa es mi teoría, puesto que incluso sabiendo lo que hoy sé, de ningún modo puedo estar seguro, o quizá tema estarlo. Pero sí puedo decir que los hielos eternos conservan horrores de los que nuestra ciencia no puede tener idea, y que quizás un nuevo avance de los hielos pueda ser provocado por una voluntad fuera de nuestra comprensión, dando la Tierra en herencia a estirpes totalmente ajenas a la nuestra. Rezo por que así no sea.

Comenzó todo durante la Quinta Expedición Internacional de la Antártida, de la que yo formé parte por el Instituto Superior de Geología de Atlanta. Teníamos grandes esperanzas de hallar yacimientos de minerales útiles en las estribaciones orientales de las Montañas de la Reina Maud, e incluso bolsas de petróleo marino en las heladas costas antárticas, que podrían paliar o aún saciar el hambre de energía que sufre nuestro mundo tecnológico. Quien haya seguido nuestros avatares en la prensa sabrá ya que no encontramos nada de lo que buscábamos, y que sufrimos además algunas bajas debido a lo que se denominó *fenómenos naturales*. Esto último no fue exactamente así.

No sé como se me ocurrió entrar en amistad con el profesor Gerard Bernstein. Eramos, desde luego, compatriotas y también colegas, puesto que representaba a la Universidad del Medio Oeste, donde tenía las cátedras de geología y arqueología, pero desde el primer momento el profesor había destacado por su

carácter aparentemente huraño, y los primeros días de navegación se mantuvo casi aislado.

Quizá me atrajo de él su aspecto de nobleza, incluso de bondad, que podía advertirse tras su superficial retraimiento. Me pregunté si el aislamiento que parecía buscar se debería más bien a timidez que a otra cosa, y procuré acercarme a él. Me recibió bien, tal como había imaginado, y pronto entablamos amistad. Nuestras conversaciones versaban en gran parte, naturalmente, sobre lo que esperábamos hallar en las montañas antárticas, dentro de nuestro campo, y los conocimientos en geología de mi interlocutor llegaron a asombrarme.. Por mi medio el profesor Bernstein llegó a romper su inicial aislamiento, y aún a mezclarse en las tertulias que organizábamos los componentes anglófonos de la expedición. Sin embargo nunca fue demasiado locuaz en tales reuniones, limitándose en general a escuchar.

Estábamos ya relativamente cercanos a nuestro objetivo cuando mientras varios de nosotros contemplábamos desde cubierta un soberbio *iceberg* flotante, el sismólogo escocés MacCullock me informó de algo que yo no sabía sobre la personalidad de mi amigo.

—Conozco desde hace tiempo al rector de su universidad —dijo— y puedo decirte que allí están todos un poco asustados con él. Se trata de una verdadera eminencia en geología, desde luego, de otra forma no estaría aquí con nosotros. Pero tiene algunas ideas raras.

—¿Ideas raras? —inquirí.

—Parece ser que se dedica a una extraña forma de ocultismo, y que sostiene teorías especialmente chocantes sobre temas como el del origen del hombre y el desarrollo de la vida en el mundo. En cierta ocasión hubieron de llamarle previamente la atención en lo referente a su cátedra de arqueología, por estar difundiendo entre los estudiantes algunas de esas teorías excéntricas.

—¿Excéntricas en qué sentido? —pregunté de nuevo.

—Lo ignoro. El caso es que prometió enmendarse, y ciertamente cumplió su promesa. Pero privadamente no hay duda de que mantiene las mismas convicciones.

La conversación se desvió luego por otros derroteros, pero aquel me dejó intrigado. En mi vida profesional había tenido acceso a toda clase de teorías arqueológicas, algunas de ellas notablemente absurdas y, aunque ello se saliera algo de mi propio campo, había disfrutado estudiándolas, comparándolas y estimando lo que en ellas pudiera haber de verdad.

Juzgué que mi amistad con Bernstein justificaba entrar con él en materia sobre el particular, de modo que en mi siguiente conversación con él procuré irle llevando hacia el tema.

Como toda persona que tiene una afición o forma de pensar oculta, pero querida, no desaprovechó la ocasión de exponerla. Así pues, a una ligera insinuación de mi parte, entró de lleno y por propia voluntad en el campo que me interesaba.

—Te diré, Anthony —confesó con los ojos ligeramente más brillantes que de costumbre—. Podremos encontrar muchas cosas interesantes en el ámbito geológico, allá donde vamos. Pero mi personal interés, lo que verdaderamente me ha traído a esta expedición, entra más en el campo de la arqueología.

Me esperaba algo semejante, pero fingí un ligero asombro.

—¿Arqueología? ¿En la Antártida?

—Precisamente —respondió— ¿No oíste hablar del informe de la expedición Daley, en 1930?

Sí, había oído hablar del informe, y lo había estudiado personalmente, pero no me había convencido demasiado.

—Tengo entendido que hablaban de unas antiguas ruinas, en los picos montañosos al sur de la tierra de la Reina Mary. Pero quienes dijeron haberlas visto regresaron en un estado psicológico lamentable, casi enloquecidos por la serie de desastres que casi ani-

quilaron la expedición. Su testimonio no merece mucho crédito.

—Esas ruinas debían estar situadas muy cerca de los lugares que visitaremos —dijo Bernstein—. Lamentablemente los terremotos que siguieron a la erupción del Erebus en 1942 borraron toda muestra de lo que pudiera haber allí bajo toneladas de rocas y hielo.

—Pero de todas formas es muy probable que tales ruinas existieran en realidad. Los expedicionarios supervivientes hablan de una verdadera ciudad subterránea, y no tenemos noticia de ninguna gran civilización humana en las cercanías.

Bernstein se me quedó mirando fijamente, como estudiando si debía hablarme o no.

—No humana —dijo por fin.

Guardé silencio. Comprendí que mi amigo había juzgado que podía hacerme aquellas revelaciones que a otros ocultaba. Fijé mi vista en sus ojos, y él me devolvió la mirada, mientras sonreía lentamente.

—No se publicó todo lo que los expedicionarios de 1930 revelaron —continuó el profesor—. Quizá se pensó que resultaba demasiado fantástico para incluírlo en un informe oficial. Pero todos ellos estaban de acuerdo en que la raza que edificó aquellas estructuras no era humana.

Tragué saliva.

—¿Quieres decir...? —empecé— ¿Quieres decir... algo procedente del espacio?

—Posiblemente —respondió él—. La fantasía humana ha pensado siempre de modo antropocéntrico. Hemos creído que si alguna forma de vida habitaba otros mundos, debería ser semejante a la nuestra. Hemos pensado en naves interplanetarias, en ejércitos de seres extraños provistos de armas mortíferas, en reinos o imperios tiránicos...

Se inclinó hacia mí, excitado.

—Pero puede que lo que more más allá de nuestra atmósfera sea totalmente extraño e incomprensible, absurdo para nuestra forma de pensar. Entidades aje-

nas a nuestra materia y a nuestra energía, seres semejantes a dioses o a fantasmas diabólicos. Existe un libro...

Se interrumpió, como si temiera haber dicho demasiado. Pero aquellas palabras habían despertado una luz en mi mente.

—¿Hablas del *Necronomicón*? —le pregunté.

Retrocedió él ante el temido nombre, mientras que su rostro indicaba la sorpresa.

—¿Lo conoces? ¿Es posible que lo conozcas? —casi gritó—. Creía que tan sólo unas cuantas personas en el mundo...

Sonreí ante su reacción.

—Pues tienes ante tí a una de esas personas —dije—. Pude consultar en cierta ocasión los fragmentos que se conservan en la Biblioteca Harrison, de Boston, y me interesaron tanto que viajé a Providence para intentar estudiar el ejemplar completo que tienen en el Museo, junto con la traducción parcial de Barnabás Percival. Me costó trabajo, pero conseguí tener acceso a ellos.

—¿Sí? —preguntó Bernstein— ¿Y qué impresión sacaste de ese volumen?

Vacilé. No pude decidirme a expresar la sensación de desolado horror que me atenazó al internarme en aquellas páginas prohibidas.

—Me considero un científico —dije—. Lo que pude entender del libro me pareció increíble, pero estoy dispuesto a aceptarlo si alguien me aporta pruebas de su veracidad.

Lo ojos del profesor brillaron.

—¡Pruebas! —casi gritó—. Quizá dentro de muy poco pueda proporcionarte las pruebas que pides. Anthony, en esta expedición podemos hacer descubrimientos que harán olvidar cualquier posible hallazgo geológico, aun en el caso de que encontráramos minas de metales preciosos o yacimientos petrolíferos capaces de enriquecer a todas las naciones de la Tierra. Pero deberemos hacer acopio de valor... de mucho valor...

Hizo una pausa y luego su voz descendió hasta convertirse en algo apenas por encima de un susurro.

—Yo también pensé que el *Necronomicón* era un mero ciclo legendario, sin relación ninguna con la realidad. Pero dudé y, como tú acabas de decir, también intenté buscar pruebas.

«Viajé a Egipto, y practiqué excavaciones en los alrededores de la vieja Memfis. Buceé en el pasado de aquel país milenario, buscando los orígenes de su cultura, el comienzo de la más vieja de las civilizaciones humanas. Más allá de los primeros faraones, más allá del mítico Menes, que unificara el Alto y el Bajo Egipto, fundando la primera de las dinastías...

«Y llegué hasta una sombra de terror total. Algo innombrable, terrorífico, el principio de todos los horrores del Libro de los Muertos, el progenitor de los panteones monstruosos de dioses semejantes a bestias... Nyarlathothep, el Caos Reptante.

—Nyarlathothep —repetí el nombre temible— El Mensajero Sin Rostro que menciona el *Necronomicón*...

—Tuve miedo por unos días, temor a que mis trabajos de investigación pudieran llegar a resultados que mi razón fuera incapaz de soportar. La sombra estaba allí, había estado allí en tiempos remotos, conviviendo con los hombres del período predinástico. Y luego se había desvanecido de alguna forma, había sido apartado, encadenado quizá, muerto hasta el punto que esas entidades pueden morir.

«Y entonces alguien entró en contacto conmigo. Un viejo egipcio que se decía descendiente puro de la antigua raza, la que construyó las pirámides. Alguien que sabía cosas, y que investigaba en el mismo campo que a mí me interesaba. Me habló de las cuevas del desierto del Sinaí, y de lo que se podía encontrar en ellas.

«La zona estaba en manos de Israel por aquel entonces, y me costó mucho trabajo lograr permiso para explorarla. El egipcio no pudo acompañarme por esa circunstancia, aunque me proporcionó la situa-

ción, contra la promesa de compartir con él el conocimiento que hallara.

«Desenterré una colección entera de tablillas de piedra grabadas. Se trataba de la edición más antigua del *Necronomicón,* mejor dicho de una copia del genuino *Al Azif* de Abdul Alhazred, grabado por una secta de eremitas adoradores del diablo mucho antes de que Philetas lo tradujera al griego y le diera el nombre por el que hoy es conocido y temido.

«No pude extraerlo completo, pues un mes después de hacer los primeros hallazgos estallaba la guerra del Yom Kippur entre Egipto e Israel, y la región se convirtió en un infierno del que debí huir a toda prisa. Pero había conseguido, entre otros fragmentos, ese capítulo entero que en la traducción griega se denomina Libro de las Invocaciones. Y al cotejarlo con la versión que ya poseía, encontré algo extraño.

Rápidamente, casi con movimientos espasmódicos, Bernstein buscó en una de sus maletas, situada en el fondo del armario de su camarote. Extrajo una serie de papeles que puso ante mí.

—Escucha esto, Anthony. Es un fragmento que está ausente de todas las traducciones posteriores, como si algo o alguien lo hubiera borrado de allí.

«Iä, Yikkanthrog, Fuego Helado del Sur, el Mutador de Cuerpos y Cambiador de Almas. Tú que moras en los Círculos Ultimos del Mediodía, y te reflejas en los Hielos Eternos. Padre de la Luz, Patriarca del Espanto, responde a nuestra invocación, muéstrate para terror de los hombres, Tú, el Inmutable.

¡Asss – shaggai – thuss – asshaggai! ¡Shattaggai – rrmmm – shaggai!

¡Iä, Yikkanthrog!

¡Aaarh! ¡Asjtonei – ssizz – asshaggai!

Iä, Yikkanthrog!»

Me estremecí violentamente. Las últimas palabras, gritadas por mi amigo, habían retumbado en el estrecho camarote con una fuerza que parecía totalmente independiente de la voz que las pronunciara. Hubiera

jurado que aquellos sonidos incomprensibles no habían podido tener su origen en una garganta humana.

—Me enseñaron a pronunciar la invocación final —rió el profesor, con una inquietante risa sin alegría—. Y conseguí aprender otras cosas también... sobre Yikkanthrog.

—Yikkanthrog... —modulé con cuidado—. Esa divinidad no figura en el *Necronomicón,* al menos en las versiones que conozco. ¿No es posible que sea un añadido, una aportación de los que grabaron esas tablillas?

—¡No! —desechó Bernstein, seguro de sí mismo—. No se trata de una aportación, sino de una ocultación. Philetas no se atrevió a traducir lo referido a esta entidad. Quizás el mismo Abdul Alhazred censuró su obra, aunque después de que los eremitas del Sinaí la grabaran en su versión íntegra.

—¿Pero por qué esa censura? —inquirí—. Todas las entidades divinas del *Necronomicón* son terroríficas, incluso más allá de la comprensión humana. ¿Por qué ocultar esa, y no las otras?

Bernstein fijó sus ojos en los míos, y casi me espantó con su mirada. Presentí que se acercaba una nueva revelación.

—Creo saberlo —me dijo—. Recuerda lo que dice el libro de Alhazred sobre el Gran Combate. Como los Dioses Arquetípicos, los incomprensibles soberanos del Universo, abatieron el orgullo y la maldad de los Primordiales, de los Grandes Antiguos que infestaban la Tierra antes del nacimiento de la raza humana. Todos fueron vencidos, y aprisionados en distintas mazmorras cósmicas. Azathot, el principal de todos ellos, hundido en el Caos Central, quizás en el núcleo de nuestra Galaxia. Hastur, el Inefable, proscrito a los mundos irracionales de las Híades. Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques, sepultada en el corazón de la luna montaña, allá en la tierra de Leng. Cthulhu, dormido en las profundidades de los océanos. Nyarlathothep... Nyarlathothep...

Hizo una pausa, atemorizado.

—Nyarlathothep fue el que más tiempo sobrevivió en libertad, hasta el punto de convivir con la humanidad, y aterrorizar a nuestros ancestros. Pero finalmente fue también sometido, y mil mitos narran su derrota. No me atrevía a seguir sus huellas hasta el fin, pero temo que si alguien excavara profundamente en los cimientos de la pirámide escalonada de Sakkara saldrían a la luz... cosas que mejor estarían ocultas.

«Todos los Grandes Antiguos están encadenados. Sus servidores aún mantienen poderes emanantes de su esencia, algunos de sus principales acólitos pueden ser invocados en determinadas épocas señaladas por ciertas configuraciones astrales, incluso se dice que los propios dioses pueden hacerse presentes, en persona o emanación, aunque por muy escaso tiempo. Pero están encadenados, en espera del lejano día en que su reino vuelva sobre nuestro mundo, si es que tal fecha llega. Todos están encadenados...

Hizo una pausa y su voz descendió, temerosa.

—... excepto Yikkanthrog.

Sentí un escalofrío recorrerme toda la espina dorsal.

—¡Eso, eso es lo que espantó al propio Alhazred, el Azul, el árabe loco del Yemen! Yikkanthrog sobrevivió al acoso de los Arquetípicos, y vive sobre nuestro mundo con todo su poder intacto. Vive, permanece... *y yo sé donde encontrarlo.*

Retrocedí incontenIblemente. Una extraña luz parecía emanar del rostro de mi amigo.

—Estudié a fondo los informes de la expedición Daley —continuó—. En especial lo que decían acerca de los bajorrelieves de aquella ciudad antártica sin nombre. De como sus habitantes prehumanos temían algo situado en las grandes montañas al Sur de donde se hallaban, de como ni siquiera se atrevían a expresar en dibujos aquella amenaza y sus efectos... ¡ellos, que habían combatido victoriosamente con la misma progenie de Cthulhu!

«Está allí. En algún lugar en las estribaciones de la Cordillera de la Reina Maud, precisamente hacia

donde nos dirigimos. Quizás hiberna, como una criatura polar, pero permanece alerta, libre, inconcebiblemente poderoso. ¡Los mismos Arquetípicos fueron impotentes contra él! Y yo puedo hallarle, puedo enfrentarme con un dios...

—¡Enfrentarte con... con eso! —protesté. En aquel momento creía por entero todas las revelaciones del profesor, y ello me espantaba más allá de lo imaginable.

—Es la oportunidad suprema —murmuró—. Ver una criatura de naturaleza divina, descubrir los secretos de las épocas primigenias... el origen del universo, quizá. Conozco métodos para rastrearle, para descubrir su guarida o su mansión helada. Y creo saber cómo comunicarme con el Ser. Es la culminación de toda una vida de investigaciones... el éxito de mis teorías.

De nuevo clavó sus ojos en mí, y una vez más la intensidad de su mirada me aterró.

—¿Te unirás a mí? —preguntó suavemente— ¿Serás mi compañero en esta gran aventura?

Todo su anterior reserva temerosa parecía haber desaparecido. Ahora aparecía ávido, excitado.

Y parte de su avidez y excitación parecieron transmitirse a mi mente, luchando con el terror que su invitación me causaba. ¡Era cierto! ¡Podía, si las teorías de mi amigo eran ciertas, y los antiguos libros terribles no mentían, lograr el sueño de generaciones de hombres, enfrentarme con un dios! ¡Cruzar el umbral prohibido y atisbar en los espacios abiertos más allá!

—No lo sé... —vacilé aún—. No lo sé... Quizá...

Dos días después avizoramos las heladas costas de la Tierra del Rey Eduardo. Los científicos de la base permanente de Pequeña América enviaron un helicóptero para darnos la bienvenida, y el ajetreo del desembarco dominó todas nuestras actividades.

Fueron días de trabajo, de compañerismo y de alegría. Casi llegué a olvidar las elucubraciones del profesor Bernstein, e incluso a dudar de su veracidad, cosa que en el momento había distado mucho de ha-

cer. Pues las máquinas rugían, las sirenas aullaban, y los helicópteros surcaban el cielo antártico, dominando los hielos. Todo pensamiento de entidades sobrenaturales y de misterios ocultos semejaba muy lejano, e incluso absurdo.

Pensé, sin embargo, por unos momentos en la expedición Daley de 1930, pero fue para compararla con la nuestra. ¡Cuanto se había progresado desde entonces! Ya no eran precisos los trineos tirados por perros, de tan bella estampa. Gigantescos helicópteros Kamov fueron desembarcados y dispuestos, y en el día siguiente nos llevaron sobre las heladas extensiones iluminadas por el sol semestral hasta aterrizar con nosotros en la que habría de ser nuestra base permanente. Los desplazamientos menores se harían en tractores oruga climatizados, o en rápidos trineos de hélice.

Pude ver los titánicos contrafuertes de la Cordillera de la Reina Maud, la cadena montañosa que Bernstein me describiera como morada de horrores más antiguos que la humanidad. Nada parecía indicarlo, las laderas cubiertas de carámbanos centelleaban cuando los rayos solares rompían las capas de nubes, y el formidable Pico Nansen, de cuatro mil metros de altura, parecía un gigante benévolo entre las blancas formaciones nubosas.

No tardaron en retumbar las laderas con el trueno de los explosivos, al iniciarse nuestra búsqueda de minerales. Provocábamos avalanchas artificiales de roca y hielo, y estudiábamos en nuestros sismógrafos hasta el menor de los latidos de la naturaleza golpeada. Escalábamos los abruptos peñascales cubiertos de nieve perpetua para perforar su estructura con nuestros taladros. Trabajábamos e investigábamos sin pausa ni descanso.

El mismo profesor Gerard Bernstein parecía enteramente dedicado a la labor geológica. No volvió a hablarme en aquellos días activos de sus otras investigaciones cuyo relato tanto me había impresionado allá en su camarote, cuando aún navegábamos en

pleno Mar de Ross. Sin embargo, de vez en cuando nuestras miradas se encontraban, y podía notar un atisbo de la anterior energía, un leve choque que recordaba la existencia de un secreto entre nosotros. Pero nada más.

Creo que llegué a pensar que Bernstein había renunciado a su fantástica idea y ello llegó incluso a producirme un vago sentimiento de decepción.

Pero un día, casi por sorpresa, Bernstein se aproximó a mí con una rara sonrisa en los labios. Al instante tuve la premonición de lo que iba a decirme, incluso antes de que sus labios se abrieran.

—Todo está dispuesto —su acento era triunfal— ¿Vienes conmigo?

Tomamos uno de los veloces trineos de hélice, justificando el viaje como de exploración geológica de unas formaciones que dijimos haber descubierto hacia el Sur. De todas formas llevábamos muchos días de trabajo y los reglamentos se habían relajado un tanto.

Nos deslizamos a tremenda velocidad sobre la helada llanura. Oscuras nubes comenzaban a cubrir el cielo, y el sol antártico estaba ya bajo, cercano al horizonte, preludiando la larga noche polar que caería un mes después. Bernstein se negó a anticiparme nada. Tan sólo sonreía, y consultaba en ocasiones el compás giroscópico (en aquellas regiones la brújula magnética es inoperante) y un tosco mapa hecho por él mismo.

Contorneamos a mucha distancia el Pico Nansen, para internarnos luego en territorios no explorados por nuestra expedición, y posiblemente tampoco por otra alguna. Dormimos una noche, noche desde luego con inmutable luz solar, en el cálido interior del vehículo. Al segundo día alcanzamos nuestro objetivo.

Allí, algo separado del resto de la cordillera, se alzaba una montaña de geometría extrañadamente regular. Un coloso cubierto de hielo, que al instante me inspiró un incomprensible aborrecimiento. Creí

ver una leve corona luminosa en torno a su cima, como si la electricidad estática anidara allí, quizá presta a descargarse súbitamente contra quien se atreviera a hollar el monte.

Bernstein había detenido el motor del trineo y cuando salimos de él un fabuloso silencio nos acogió. Me pareció hallarme a millones de kilómetros de toda presencia humana, en un mundo hostil tal como debió ser en los primeros días de la creación, cuando la vida aún no existía.

¿O cuando existía una vida *diferente*?

—Aquí está —habló quedamente mi amigo—. Debe de haber una ruta de acceso por esta parte.

Avanzamos hasta la ladera más próxima. Cada paso me costaba un gran esfuerzo, como si algo dentro de mí se opusiera a aquella aproximación, como si algún sentido oculto luchara por advertirme de que marchaba hacia la perdición.

Pero el profesor no parecía ser afectado por ningún fenómeno similar. Por el contrario, creí advertir en su paso y en la misma forma de su cuerpo una terrible avidez, un ansia como la del drogadicto que se acerca a un depósito de su estupefaciente, o quizá la del amante que ronda a su amada. Aquella idea aumentó mi intranquilidad.

—¡Mira! —exclamó— ¡Estaba seguro!

Pude ver allí, en los comienzos de la ladera, algo que me asombró profundamente. Lo que parecía ser la boca de una caverna había sido cubierta por una capa de hielo transparente, casi como un cristal cubriendo una ventana. A través de aquel vidrio helado podía verse perfectamente la negrura de la roca, y los comienzos de aquel conducto semejante a un túnel, que parecía hundirse en las profundidades de la tierra.

Bernstein había traído consigo uno de nuestros poderosos taladros neumáticos. Lo puso en funcionamiento contra la capa de hielo, y el atroz golpeteo atronó como una blasfemia el majestuoso silencio polar. El hielo saltó en mil menudos fragmentos, ha-

ciendo nacer por un instante todos los colores del arco iris a nuestro alrededor.

¿Qué fue lo que brotó de aquella aborrecible abertura? Ciertamente nada tangible, ni visible, ni detectable para cualquiera de nuestros sentidos normales. Pero de pronto me encontré de rodillas sobre el hielo y la nieve, presa del más espantoso de los horrores, temblando como una criatura, con los ojos herméticamente cerrados.

Fue un espantoso instante, tan sólo. Luego me rehice hasta el punto de abrir los ojos e incluso fijarlos en la negra boca que se abría ante nosotros. Pero comprendí que de ninguna forma podría entrar allí.

Bernstein también debía haber sentido aquella sensación antinatural, aunque no cayó a tierra, más fuerte sin duda que yo. Simplemente vi sus labios apretados, y sus manos que oprimían con furia el taladro, bajo sus gruesos guantes contra el frío. Me miró con una extraña expresión.

—¿Y bien? —preguntó.

Meneé lentamente la cabeza.

—Yo no entraré —dije.

Bernstein me tocó el hombro con su mano derecha.

—¿Te vas a echar ahora atrás?

—Sí.

No me insultó, ni se burló de mí. También él había sufrido el choque, y era capaz de comprenderme, bien que su propia ansia superaba en su caso todo temor o prevención. Pero él también debió luchar contra el aviso de sus instintos. Vi como sus dientes se ponían al descubierto en una mueca de ferocidad, como un animal salvaje que responde a un desafío.

—Muy bien —murmuró—. Entraré yo solo. Espérame aquí.

No penetró inmediatamente en la caverna, sino que fue hasta el trineo y regresó con una poderosa lámpara autónoma, que ciertamente le haría falta en aquellas profundidades en las que pretendía entrar. Me dirigió una última mirada interrogativa, sin palabras, y yo sentí el primer embate de la vergüenza,

pero no pude decidirme a seguirle. Se encogió de hombros y penetró en el oscuro túnel. Durante unos instantes pude ver aún la luz de su lámpara, haciéndose más y más lejana y tenue. Luego la caverna fue de nuevo negra.

También fuera de ella la luz iba decreciendo, al amontonarse las formaciones nubosas. ¿Se avecinaba una tormenta? Quise desechar la idea de que la tempestad que amenazaba tuviera alguna relación con lo que nosotros estábamos haciendo. Absurdo, naturalmente, aunque... ¿no había mi amigo hablado de un dios?

No puedo recordar ahora lo que ocurrió dentro de mí. De pronto me vi sumergido por un nuevo temor, no por mí en esta ocasión, sino por mi compañero y amigo, a quien por cobardía había dejado internarse sólo en aquellas profundidades desconocidas y amenazadoras. La caverna aún me inspiraba miedo, pero comprendí que no podría abstenerme de desafiarla, que no podría llamarme a mí mismo hombre si no me reunía con el profesor, para encarar los dos juntos cualquier cosa que allí dentro hubiera. Así pues, tomada la decisión, me hice con una linterna eléctrica de gran tamaño y, sin pararme a pensarlo, me introduje en el maligno orificio de la montaña.

El túnel se hundía bajo tierra en una suave pendiente. La luz de la linterna iluminaba sus lisas paredes que tenían un aspecto *artificial* siniestramente revelador. No quise pensar en los seres que, en tiempos remotos, puedieran haber construido aquel acceso al interior de la montaña. Pues en una de nuestras conversaciones, Bernstein me había dicho que las entidades sobrenaturales llegadas del espacio solían tener servidores, y no era posible imaginar la forma y esencia que dichos sirvientes presentarían a los ojos de los hombres.

Avanzaba lo más rápidamente que podía, intentando alcanzar a mi amigo. En un par de ocasiones me atreví a apagar la linterna, buscando ver el fulgor de su lámpara en la lejanía, pero no me atreví a se-

guir aquella práctica, pues me resultaba insoportable el pensamiento de que quizá no lograra luego encenderla de nuevo, y quedaría perdido en la oscuridad.

Finalmente, aún con la linterna encendida, veía allí adelante y abajo, un leve brillo que me pareció procedente de la lámpara que había llevado mi amigo. Apreté aún más el paso, y cuando llegué lo suficientemente cerca, incluso abrí la boca para llamarle.

Pero la llamada se quedó helada en mis labios, pues en aquel mismo momento *le oí a él.* Salmodiaba las mismas palabras ininteligibles que le había oído en el camarote del buque, la invocación al Dios Helado, y si en aquella ocasión sus sonidos me habían ya sobresaltado, no puedo describir la impresión que ahora me causó, encerrado en aquel estrecho túnel dotado de por sí de un perverso efluvio que erizaba todos los nervios de mi cuerpo. Las palabras arcaicas e incomprensibles y, más aún, la resonancia de las mismas en mil ecos blasfemos, tuvieron la virtud de dejarme mudo e inmóvil, paralizado en medio del túnel, con la linterna desesperadamente apretada en mi mano como en protección contra algún inimaginable asalto.

«¡Asss – shaggai – thuss – asshaggai! ¡Shattaggai – rrmmm – shaggai!

¡Iä, Yikkanthrog!

¡Aaarh! ¡Ashtonei – ssizz – asshaggai!

¡Iä, Yikkanthrog!»

Hubo una leve pausa... y luego mi amigo gritó. No fue ningún alarido terrorífico, ni de dolor. Simplemente un leve gañido, como de sorpresa, que se cortó bruscamente. Después no volvió a oírse sonido alguno.

Esperé un tiempo indeterminado, sintiendo entrechocar mis dientes, y no de frío. Pero todo seguía igual, el túnel oscuro, la luz de la lámpara allá en el fondo... Quise gritar el nombre de mi amigo, pero no logré encontrar la voz.

Debía avanzar, debía hallar el lugar donde Bernstein había llegado, donde había pronunciado la invo-

cación... Debía avanzar, y finalmente lo hice, lenta, muy lentamente, casi arrastrándome. Pero finalmente llegué a mi destino.

Me encontré en una amplísima sala, con las paredes formadas de hielo, que cubría la roca en todo su contorno. La luz de la lámpara iluminaba la estancia tan sólo en parte, no llegando al elevado techo, ni tampoco a los remotos extremos.

En el centro de la sala había un pozo de gran anchura, con un bajo brocal de piedra verdosa. Leves vapores azulados brotaban de sus profundidades, difundiéndose perezosamente en el aire.

No vi a mi amigo por ninguna parte. La lámpara había sido colocada cuidadosamente en el suelo, no lejos del brocal. Un profundo silencio reinaba, y las paredes de hielo semejaban espejos que reflejaban mi imagen distorsionada una y otra vez, como creando una colección de monstruos humanoides, más deformes cuanto más lejanos.

¿Habría caído mi amigo al pozo? Me asomé a él y la luz de mi linterna se perdió en sus fantásticas profundidades, sin alcanzar su fondo. Me pareció que allí abajo era más espeso el vapor azul, moviéndose aquí y allá y ocultando en ocasiones las lisas paredes de roca.

¡Cielos! ¿Tendría que descender allí abajo?

Pero no fue necesario. Al levantar los ojos del pozo y mover la linterna, vi de pronto el objeto. Por un instante no reconocí su verdadera naturaleza, pero luego la comprensión llegó a mi mente, y casi la destruyó.

Grité, grité y grité, hasta despertar todos los ecos de la montaña maldita. Y luego guardé silencio y me aproximé paso a paso a aquella cosa espantable que se erguía entre el pozo y la pared de la gran caverna, en tanto los ecos de mis anteriores aullidos continuaban sonando más y más apagados, trocados al fin en una especie de risa burlona.

Quizás estuve seguro entonces de que el horror no

podía alcanzar mayores cimas. Si fue así, me equivoqué por completo.

Pues mis ojos creyeron captar un leve movimiento más allá de aquello que me espantaba, y entonces pude ver en la pared de hielo el reflejo de lo que había quedado a mis espaldas.

Algo estaba saliendo del pozo.

Tan sólo pude ver la imagen deforme de lo que llegaba, y eso fue mi fortuna. Aun así, la cosa estuvo a punto de causar mi muerte. Me tambaleé y grité de nuevo, luchando con el salvaje impulso de volver la cabeza y contemplar directamente la entidad. Pero supe desde el primer instante que aquel gesto hubiera sido mi fin. No recuerdo cómo rompí la parálisis y me puse en marcha. Sospecho que el cuerpo humano guarda insospechados recursos de energía, utilizables sólo en casos de extremo peligro. Me encontré de pronto corriendo por el túnel, con todas mis fuerzas, iluminando el camino con la linterna, que por suerte no había dejado caer cuando vi lo que vi. Un espantoso ruido me acompañaba en la carrera, pero pasó algún tiempo antes de que lo reconociera como proveniente de mi misma garganta.

Aún me persigue el recuerdo de aquella huida en mis pesadillas nocturnas. Correr, correr sin cesar, con la mente a un paso de la locura, en un túnel siniestro que a veces me parecía el interior de un gigantesco tubo digestivo que intentara devorarme y asimilarme. Correr pensando en que quizá fuera perseguido, que quizá fuera alcanzado en el interior de la tierra... Pero no ocurrió nada de eso, y salí fuera del túnel como un proyectil disparado por un cañón.

Algo me golpeó con mil manos, y un terrible trueno estalló en mis oídos. Había estallado la tormenta, y la naturaleza antártica estaba desencadenada como jamás nunca sospechara la ciencia para aquella época del año. La oscuridad era absoluta, como si la noche polar se hubiera adelantado, y el terrorífico ventarrón lanzaba turbiones de nieve y hielo pulverizado contra mi cuerpo, casi derribándome.

Pero hubiera hecho falta algo más violento que una tormenta para detenerme. Empujé contra el impulso del viento, y aullé contra el aullido del huracán. Llegué al trineo, que se movía de un lado a otro y estaba en peligro de volcar, y de un modo u otro lo puse en marcha.

Lancé una última mirada a la montaña prohibida, y lo que vi o creí ver me hizo gritar de nuevo y acelerar el vehículo cuanto pude. Pues me pareció que, bajo el fulgor de los relámpagos, *la montaña misma se animaba,* y cobraba una forma antinatural, cuyo esbozo deformado yo había conocido demasiado bien. Luego todo quedó atrás, oculto entre el infernal revoloteo de los cristales de nieve aventados por el vendaval.

Fue un viaje diabólico, pues la tormenta crecía y crecía con el paso del tiempo. No dormí en absolutao toda la fuga, pensando sólo en llegar al campamento y, más aún, de alejarme como fuera de aquello que dejaba a mis espaldas.

Finalmente pude ver las instalaciones del campamento, veladas por la tempestad. Pero justamente entonces, como si alguna voluntad malévola me hubiera dejado alcanzar casi mi meta antes de descargar el definitivo golpe, la tormenta aumentó súbitamente, semejante a una fiera que se desencadenara. Pude ver cómo aquellos mismos elementos tecnológicos de los que llegara a sentirme tan orgulloso, los grandes helicópteros, los trineos, los tractores, las tiendas climatizadas... cómo todo ello volaba por los aires o era desgarrado y destrozado. Oí algunos gritos y vi algunas figuras, y luego mi propio trineo volcó, y giró una y otra vez como una hoja llevada por el huracán, hasta inmovilizarse en un tremendo golpe que me privó del conocimiento.

Sobreviví a la catástrofe, aún no puedo decir cómo, y fui recogido por la expedición de socorro que partió desde Pequeña América en nuestra busca. Otros no tuvieron tanta suerte, y sus cuerpos destrozados quedaron perdidos para siempre entre los desgajados hielos de la gran cordillera. El profesor Gerard

Bernstein fue contado oficialmente entre estos desaparecidos.

Pero yo sé que la muerte de mi amigo no fue debida a la tormenta. Puedo decir que los antiguos mitos son ciertos, y que el dios Yikkanthrog existe verdaderamente, que ha existido desde siempre, y que, único de la abominable estirpe de los Grandes Antiguos, conserva su poder y su esencia, habiendo sobrevivido ileso al ataque de los Dioses Primordiales que habitan o habitaron en la constelación de Orión.

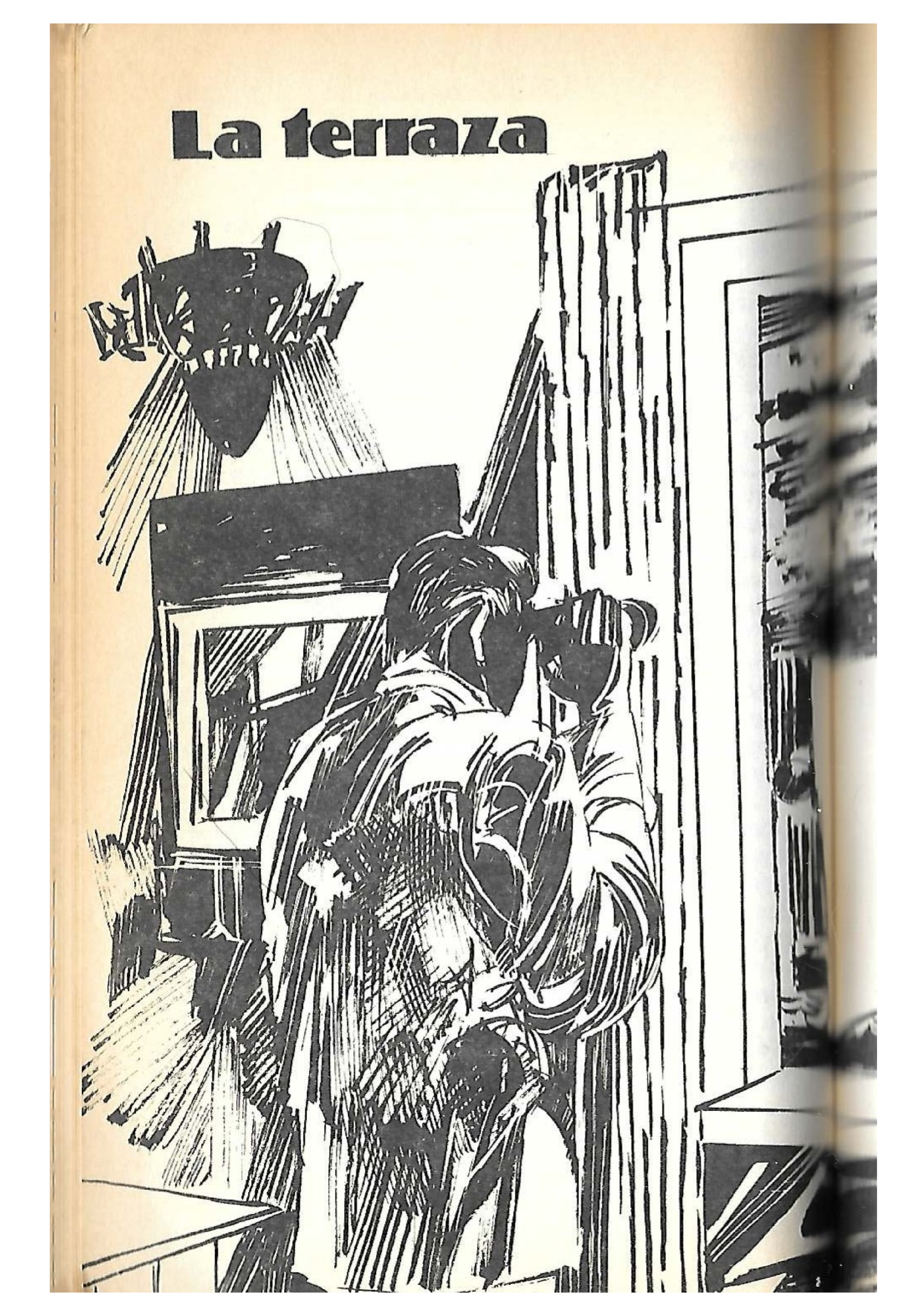
Puedo decir también que la humanidad conoció su poder en tiempos, y el recuerdo deformado del horror ha sobrevivido en mil leyendas. Los antiguos griegos oyeron hablar del espanto, y lo relataron de boca en boca, hasta desfigurar la esencia de aquella cosa inmencionable, de la entidad que tan sólo podía verse a través de un espejo, medusa o gorgona de cabellos en forma de... ¿serpiente o llamas?

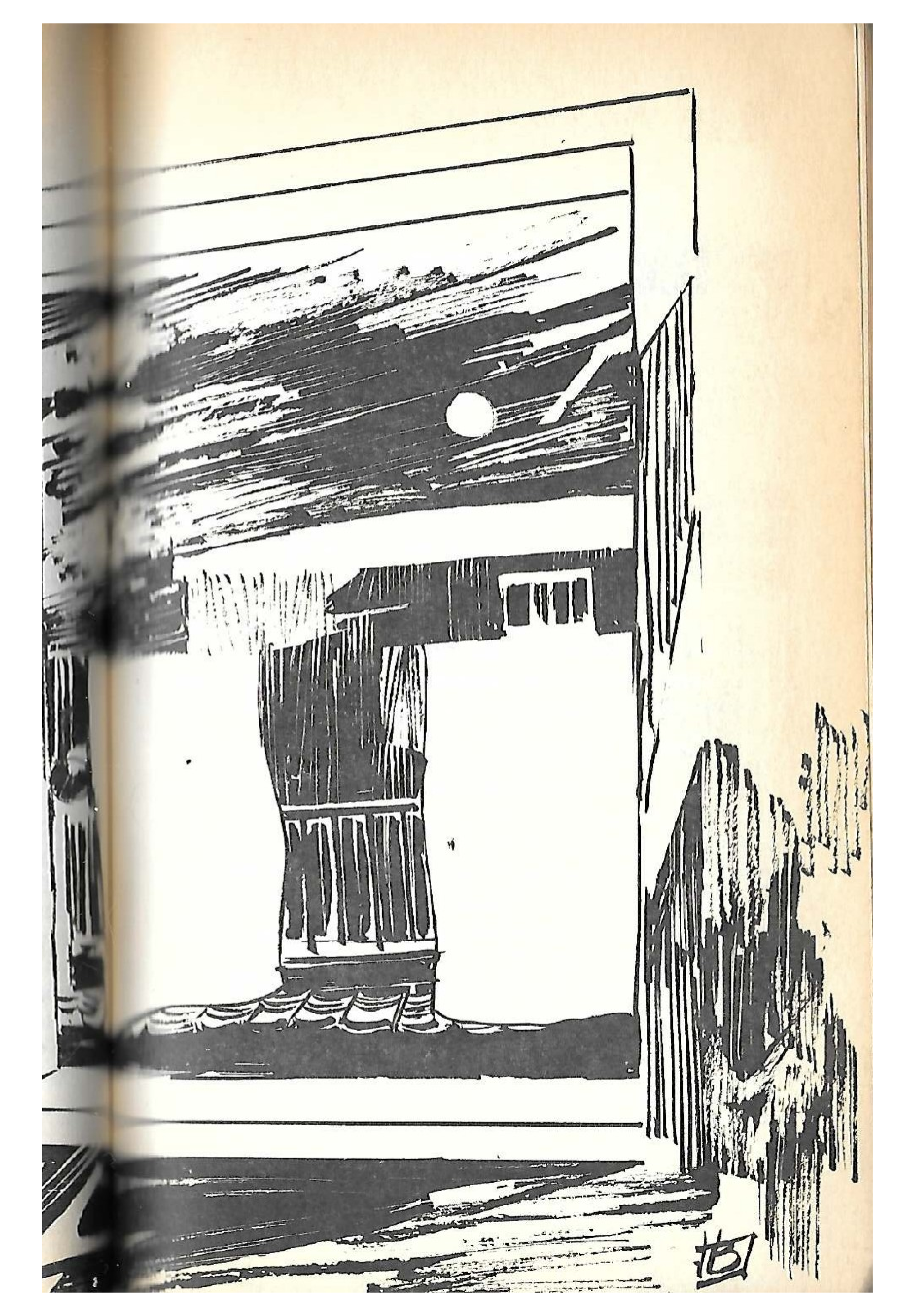
Yo lo vi, vislumbré la abominación de otros astros, de estrellas diabólicas perdidas en otras dimensiones distintas a la nuestra, ajena a nuestra materia pero capaz de actuar sobre ella. Lo vi, y tan sólo por hacerlo en reflejo pude salvarme. Pero mi amigo Bernstein...

Puedo recordar aquella horrible cosa a la que me aproximé en el momento antes de que el pozo mostrara su contenido. Era algo materialmente bello, una perfecta estatua de hielo transparente, azul y cristalina, con los brazos alzados enfrentándose al pozo.

Y sus facciones, marcadas por el asombro y quizá por la comprensión final, eran las del profesor Gerard Bernstein, catedrático de geología y arqueología en la Universidad del Medio Oeste de los Estados Unidos.

La terraza

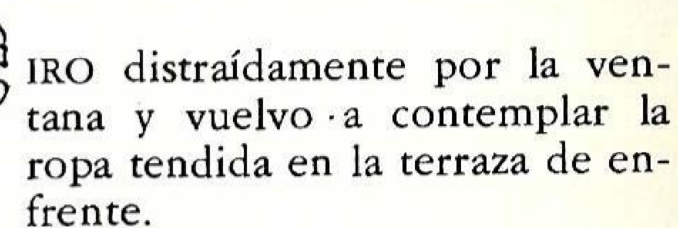




La terraza

Pedro Montero

Al contemplar aquellas cuatro sábanas, eternamente desplegadas en la terraza, experimentaba el deseo insensato de averiguar qué se ocultaba tras ellas.



MIRO distraídamente por la ventana y vuelvo a contemplar la ropa tendida en la terraza de enfrente.

Los días son ahora cortos y el tiempo es frío, pero el sol calienta con fuerza en las horas centrales. A las seis de la tarde comienza a oscurecer. Al cabo de dos horas el ambiente se carga de humedad y las prendas de ropa vuelven a empaparse y a rezumar gotas de agua. Los balcones se abren antes de que se inicie el vertiginoso crepúsculo y la ropa va desapareciendo de las terrazas. Gimen las cuerdas al correr alrededor de las poleas y, como en un ritual arriar de banderas, los tendederos van quedando vacíos. Cuando la oscuridad se adueña del ambiente y el viento helado de este invierno agita las cuerdas, puedo percibir la blancura de las prendas en la terraza de enfrente. La helada va devolviéndoles el agua que el sol evaporó durante el día. La ropa vuelve a adquirir peso, y las ráfagas de viento apenas si bambolean el conjunto, que oscila solemnemente en la oscuridad.

Al día siguiente, muy temprano todavía, entro en mi estudio y me sitúo junto a la ventana sosteniendo

en la mano la taza de café del desayuno. Unicamente esa terraza aparece repleta de ropa tendida, pero la disposición es otra, y las prendas también.

Poco más tarde, van abriéndose los balcones y las amas de casa, enfundadas en batas guateadas color rosa o azul, dan comienzo a la tarea de tender la ropa al sol. Al mediodía, las traseras de todas las viviendas que puedo contemplar desde la ventana de mi estudio aparecen cuajadas de manchas multicolores; de grandes rectángulos blancos que se mecen blandamente pendientes de las cuerdas; de fragmentos de hombres y de mujeres de los que alguien hubiera hurtado los cuerpos.

Y en medio de ese maremagnum, la terraza de enfrente pretende pasar desapercibida, adoptar un aire cotidiano e inocente; asimilarse al resto de los balcones y proclamar por medio de sus prendas de ropa que no hay ninguna diferencia entre ese balcón obstinadamente cerrado y todos los demás. Pero yo sé que esos vestidos son los mismos que había allí colgados el día anterior, y que, cuando se aproxime la hora del crepúsculo y todas las prendas de ropa vayan desapareciendo de las cuerdas, nadie aparecerá en la terraza para recogerlos. Continuarán tendidos, al pairo durante algunas horas, hasta que, en algún momento de la noche, se abra sigilosamente la puerta de la terraza y alguien proceda a sustituirlos por otros diferentes cargados de humedad.

La persona que se cuida de tender la ropa en esa terraza, no lo hace al azar. Se toma buen cuidado en distribuir las prendas de una forma èn absoluto caprichosa. Las oculta, sin ninguna duda, a la vista de los demás.

El tendedero consta, al parecer, de cuatro cuerdas, y tan sólo la última cuelga fuera de los límites de la balaustrada. Las tres restantes se hallan en el interior del antepecho y no pueden ser vistas desde los lados ni desde arriba. Unicamente desde el lugar en que se encuentra mi estudio es accesible su contemplación. Y la persona que se encarga de tender la ropa sitúa

en primera línea, pendientes de la terraza, cuatro sábanas de gran tamaño. A continuación, en las cuerdas interiores, cuelga las prendas personales, de forma tal, que es imposible saber si se trata de vestidos de hombre, de mujer o de niño.

Frecuentemente me sitúo, como ahora, junto a mi ventana, y trato de adivinar qué hay colgado tras las sábanas. Seguramente —reflexiono— no hay nada premeditado en tal distribución. Las sábanas no caben en las tres primeras cuerdas. Solamente en la última hay espacio para que pendan con holgura. Las restantes prendas pueden ser suspendidas dentro del balcón sin peligro de que rocen el suelo. No obstante, la compacta formación, el impenetrable muro formado por las ropas de cama, parece no obedecer en exclusiva a imperativos de tamaño y espacio. Existe demasiado celo en la distribución de las sábanas, sobrepuestas unas a otras por los extremos, para que pueda pensarse que no hay intención alguna de defender el resto de la colada de miradas indiscretas.

Por otra parte, comparando esa terraza con las restantes, compruebo —cosa bien lógica— que no todos los días se tienden sábanas a secar. No es frecuente mudar las camas a diario, salvo en el caso de enfermos o personas postradas por alguna causa. O si se trata de niños pequeños que ensucien la ropa de cama con asiduidad.

Observando las demás terrazas, he llegado a la conclusión de que sólo dos días a la semana, como máximo, se sacan sábanas a secar al sol. Por otra parte, razones elementales de economía hacen en cualquier caso aconsejable introducir en la lavadora la mayor cantidad de prendas posible en lugar de lavar dos o tres sábanas cada día de la semana.

No es fácil, a esta distancia sobre todo, distinguir una sábana de otra. Tratándose de ropa blanca y de prendas de un tamaño similar, resulta una tarea ardua localizar un detalle que las pueda diferenciar; pero, con gran paciencia y pérdida de tiempo, he llegado a percibir una diferencia en la blancura de los lienzos y

he localizado una fina cenefa azul que bordea el embozo de una de ellas. Otra tiene en el centro una zona más clara, lo que me inclina a pensar que se trata de un remiendo.

Al cabo de varios días de observación, he llegado a la conclusión de que las cuatro sábanas que cuelgan fuera de la terraza son siempre las mismas.

El martes, la de la cenefa azul estaba colgada en primer lugar. A continuación pendía la del remiendo central; seguidamente aparecía la más oscurecida y, después, la menos significada —o la más notoria, si se quiere— por la ausencia de detalles relevantes.

Al día siguiente, el orden era en todo similar al anterior, salvo que las dos últimas aparecían cambiadas de lugar.

El jueves, la de la cenefa azul colgaba en segundo lugar, y la que el miércoles lo hiciera en tercero había sido desplazada a la cabeza. La de la pieza central estaba la tercera, y el último puesto lo ocupaba la más oscurecida, que el viernes, apareció de nuevo en el penúltimo lugar.

Tras una semana de continua observación, he llegado a darme cuenta de que manos anónimas se entretienen cada noche en alterar el orden de la muralla de sábanas, que siempre son las mismas. No me cabe duda, pues, de que lo que se pretende es ocultar el resto de la terraza a miradas indiscretas. Y quien se dedica a ello, lo hace a conciencia, no dejando nada al albur: de ahí el cuidadoso trastrueque de las sábanas.

Aunque en los momentos anteriores al crepúsculo suele levantarse viento que hace ondear la ropa tendida en las terrazas, nunca hasta la fecha ha sido lo suficientemente fuerte como para agitar las sábanas de la terraza de enfrente y permitirme contemplar las prendas colgadas en las tres cuerdas interiores.

En alguna ocasión, las rachas han hecho flamear los cuatro lienzos con un cierto vigor, pero apenas si esas momentáneas descubiertas me han servido para atisbar una forma fugaz o un matiz de color ensombrecido por la casi total ausencia de luz solar.

Con creciente ansiedad aguardé los días de lluvia. La lógica y la estudiada naturalidad que parecían presidir el intercambio de las sábanas hacían esperable que éstas desaparecieran de su emplazamiento caso de algún chaparrón. Las demás prendas, resguardadas bajo el techado de la terraza, deberían permanecer colgadas en aras de aquella misma naturalidad tan cuidadosamente buscada.

Pero mi ansiedad no se vio satisfecha, sin que nadie por ello pudiera tachar de extravagantes a los habitantes de aquel piso: a pesar de la lluvia, la ropa no desapareció en casi ninguna de las restantes terrazas. Vine a advertir de aquel modo que, cuando la ropa no se ha secado, la táctica empleada por las amas de casa consiste en dejarla permanecer invariablemente en las cuerdas hasta que cesa el temporal y aparece el sol: guardar la colada y volverla a sacar a cada momento constituiría una labor inútil y fatigosa.

Las cuatro sábanas, chorreantes bajo los embates de la lluvia, parecían tener un doble significado. Por una parte, proclamaban a los cuatro puntos cardinales que todo era perfectamente normal tras las puertas de aquella terraza. De otro lado, constituían una mueca dirigida exclusivamente a mí; una mueca sarcástica que parecía manifestar satisfacción por haber conseguido burlar una vez más mis ansias de curiosidad.

Estudio la casa de enfrente y hago cábalas tratando de adivinar qué ventanas corresponden al piso de la terraza en cuestión. Descubro en seguida que, independientemente de los huecos que den a la calle en la fachada principal, hay otras dos ventanas, además de la terraza. No hay visillos tras los cristales, pero, durante el día, el constante reflejo de las nubes impide la contemplación del interior. Cuando oscurece, comienzan a encenderse luces en la mayoría de los pisos. Las habitaciones de esa vivienda continúan a oscuras hasta que, cansado de permanecer al acecho, me retiro a descansar.

Más de una noche me he despertado y me he acercado a la ventana de mi estudio con la esperanza de

ver a alguien modificando el orden de las sempiternas sábanas o recogiendo la ropa tendida tras ellas. Alguna vez he creído percibir una sombra que se ocultaba rápidamente al advertir mi presencia. No puedo asegurar con certeza que se tratara de una persona lo que me pareció ver en la terraza. Pudo tratarse de un efecto producido por las nubes al interceptar momentáneamente la luz de la luna o de un movimiento de alguna rama seca del árbol que hay en el patio.

Es obvio, por lo demás, que las prendas tendidas tras las sábanas deberán de ser tan comunes como las que se ven en los demás balcones y terrazas. Y el hecho de que pudiera tratarse de ropa más deteriorada no justifica semejante obstinación en ocultarla. (En ocultarla de mi vista, puesto que el interior de esa terraza tan sólo es accesible a mi mirada). En todo caso, la persona que se dedica a la tarea de tenderla y recogerla bien podría hacerlo a la luz del día; la eterna protección de la barrera de sábanas no me permitiría ver qué clase de vestidos pretende orear.

En el balcón que da a la calle hay una mesita de mimbre y un coche de niño desvencijado. Un arbusto casi seco crece en una maceta de barro. No hay cortinas ni visillos tras los cristales, pero tampoco puede atisbarse nada desde el exterior.

He dado la vuelta a la manzana y he pasado por la acera de enfrente mirando con disimulo el balcón y las ventanas que corresponden al piso de esa terraza. Me he detenido en el lateral de un quiosco de prensa y he permanecido un rato fingiendo contemplar alguno de los libros expuestos. En realidad, mi vista estaba clavada en el balcón del piso.

La mesita es corriente y debe de llevar mucho tiempo a la intemperie porque parece cubierta por una gruesa capa de polvo. El cochecito de niño tampoco se halla en buenas condiciones. Da la impresión de haber sido utilizado por sucesivas criaturas; pintado y repintado hasta que su deterioro ha obligado a relegarlo a un rincón del balcón.

Me hubiera gustado permanecer más tiempo en

observación, pero el quiosquero ha empezado a mirarme de forma sospechosa y he tenido que marcharme. Al volver hacia casa he vuelto a contemplar de pasada el balcón sin observar nada digno de ser reseñado; pero, a punto ya de entrar en mi portal, ha llamado mi atención el escaparate de una óptica. He adquirido unos pequeños prismáticos con los que espero aproximarme más a la terraza de enfrente.

Cerca ya de las cinco de la tarde, me he instalado junto a la ventana de mi estudio y he mirado hacia la terraza a través de los prismáticos. Se ha levantado el viento. Las sábanas comienzan a flamear, pero la luz es tan escasa que, aunque las rachas son cada vez más fuertes, me sería imposible percibir nada en las últimas cuerdas, caso de que se abriera un resquicio en la barrera.

Al cabo de más de tres horas de observación me he acostado. Tan sólo me queda la esperanza de que, si el temporal continúa, puede que al amanecer tenga más suerte.

* * *

He introducido cuatro sábanas en la lavadora y algunas otras prendas de tipo personal.

He permanecido al acecho durante días y días sin haber obtenido ningún resultado positivo. El viento nunca ha sido lo suficientemente fuerte; la lluvia no sirve de nada; las noches de luna llena, única ocasión en que la claridad es mayor, no me han permitido averiguar qué es lo que ocultan tan celosamente tras la muralla de sábanas. Soy consciente, no obstante, de que quien habite en esa casa está al tanto de todos mis manejos. Estoy casi seguro de que, tras los desnudos cristales de esa terraza o de las otras ventanas, alguien observa mis inútiles esfuerzos y se siente satisfecho al comprobar que su secreto continúa bien guardado.

Durante tres días, he dejado de prestar atención a la terraza de enfrente. Quiero que esa persona se

confíe y crea que me he dado por vencido. Y ahora, al cabo de más de setenta y dos horas, en medio de la noche, he salido a mi terraza y he colgado en la cuerda exterior mis cuatro sábanas. Tras ellas, fuera del alcance de la vista de la persona a la que pertenezca esa terraza, he sujetado con pinzas las prendas menores, camisas, calcetines, ropa interior.

Por las noches, cuando todo el mundo duerme, salgo sigilosamente a mi terraza y, teniendo buen cuidado de no descubrir lo que hay en las cuerdas interiores, modifico el orden de mis sábanas. Procuro no encender ninguna luz en las habitaciones que dan a la trasera y me mantengo al acecho.

Durante más de una semana he continuado realizando esa maniobra regocijándome en la oscuridad de mi estudio. Sigo sin saber qué prendas cuelgan dentro de la terraza de enfrente, pero tengo la impresión de que esta situación no durará mucho tiempo. La táctica que he ideado deberá resultar satisfactoria si todo sale según mis previsiones. Hay, no obstante, algo que me inquieta en lo que estoy haciendo. Percibo una especie de luz roja de advertencia que se ha encendido en alguna parte. Ojalá se trate de una impresión pasajera y sin mayor importancia.

He tenido buen cuidado de que mis cuatro sábanas puedan distinguirse por algún detalle significativo: la forma del embozo, el tamaño, el color diferente. Y, finalmente, creo que el juego comienza a dar resultado.

Durante dos días he mantenido las sábanas en el mismo orden, sin tocarlas. Después, he ido fijándome en la forma en que esa gente va distribuyéndolas. Y he comenzado a imitarla.

El lunes coloqué en primer lugar, la que tiene una pieza en el centro, y acto seguido, sin ningún orden premeditado, las demás. El mismo martes por la mañana ocurrió lo que había imaginado: la sábana remendada de la terraza de enfrente había sido situada en el extremo derecho de la cuerda.

Constaté que, tras aquella, aparecía la de la cenefa

azul; seguidamente la más oscura y, a continuación, la menos significativa (o la más significada por la ausencia de detalles).

Basándome en ese orden, consideré la situación de las mías e identifiqué cada una de ellas con su correspondiente en la terraza de enfrente. De ese modo, cada vez que el orden aparecía modificado en aquel piso, yo seguía los pasos de sus habitantes y trataba de identificarme con ellos mediante la aceptación de aquella distribución, que, si caprichosa en un principio (eso supongo) debería de terminar por adquirir sentido a los ojos de una persona inteligente.

Ahora, al cabo de muchos días de comunicación mediante esta impensada clave (ni un día se ha cometido error por nuestra parte), ha llegado el momento de enviar el mensaje definitivo.

He esperado a que hubiera luna llena y, después de las doce, he salido a mi terraza y he apartado las sábanas descorriéndolas a la manera de las cortinas de un teatro. De esa forma han quedado a la vista de la terraza de enfrente las prendas tendidas en las cuerdas interiores. Después he vuelto al estudio y me he mantenido al acecho.

Al cabo de diez minutos ha sonado el teléfono. He descolgado el auricular y he escuchado una especie de risa sardónica, una extravagante carcajada metálica. Aunque también parecía el rechinar de una sierra mecánica. Estoy seguro de que la llamada procede del piso de enfrente. Noté que se me erizaba el vello de los brazos y que un escalofrío recorría mi espalda.

A los pocos minutos ha vuelto a sonar el teléfono, pero no lo he cogido. Ha continuado llamando por espacio de muchos minutos, hasta que el sonido del timbre se me ha hecho intolerable. Cuando el repiqueteo ha cesado, he sentido miedo del silencio súbito. He experimentado terror de haberme atrevido a solicitar la contemplación de lo que tan celosamente ha venido ocultándose a mi vista y, saliendo a la terraza, he vuelto a colocar las sábanas en su primitiva posición.

El coche de niño y la mesita de mimbre continúan en el mismo sitio. El arbusto no parece más seco. El reflejo de las nubes en los cristales dibuja formas engañosas. No sé si es una mujer la que me mira desde la ventana o se trata de un simple reflejo.

He vuelto a contemplar el piso desde la fachada principal fingiendo interesarme por los libros del quiosco de prensa. Al cabo de un largo rato, fatigado tratando de adivinar si las formas que creo apreciar son caras o perfiles de nubes reflejadas, me he atrevido a cruzar la calle y entrar en el portal.

En un rincón se encuentran los buzones para la correspondencia. He leído una por una las tarjetas hasta localizar el buzón del piso que me interesa. Algo me decía que mi búsqueda iba a resultar infructuosa: el tarjetero de ese cajetín está vacío.

Asustado, pero sin poder reprimir la curiosidad, he subido sigilosamente hasta el piso. En la escalera no me he encontrado con nadie. Se trata de un inmueble viejo sin portero ni ascensor.

Al pasar por las puertas correspondientes a los demás apartamentos he escuchado risas y conversaciones de la gente que vive en ellos. En el rellano de ese piso, donde me he detenido conteniendo la respiración, reina un silencio sepulcral. Había dos puertas y, desorientado por las vueltas de la escalera (la letra de identificación apenas se veía), he dudado acerca de cuál de ellas correspondía al piso de la terraza que se ve desde mi estudio. Finalmente, he golpeado con los nudillos en la más próxima a la escalera y me he arrepentido de ello al instante.

De nuevo en el portal, me he atrevido a preguntar a una anciana que entraba —valiéndome de una excusa— por los habitantes de ese piso. Ante mi desconcierto, la mujer me ha informado de que hace varios años que ahí no vive nadie. El apartamento de enfrente también está vacío por el momento; los inquilinos no suelen durar mucho y lo abandonan al poco tiempo de instalarse alegando ruidos molestos y

ciertas incomodidades cuya naturaleza no ha querido detenerse en explicarme.

Yo me he limitado a escuchar atentamente sus palabras y no he hecho alusión alguna a lo que me ha traido hasta aquí. Antes de despedirnos me ha preguntado si me encontraba mal.

* * *

Había tomado la decisión de olvidarme por completo del asunto, que se ha convertido en una obsesión que me impide concentrarme y trabajar adecuadamente; pero, cada vez que levanto los ojos de la máquina, vuelvo a contemplar las cuatro sábanas y experimento el deseo insensato de saber qué se oculta tras ellas. ¿Quién se dedica, entonces, a ese estúpido juego? ¿Qué pretenden obligándome a seguirlo y a corresponder con mis propios movimientos en respuesta a los suyos?

Casi he olvidado que fui yo el que inició la emisión de los rudimentarios mensajes.

No sé desde cuánto tiempo atrás han estado pendientes esas sábanas en la terraza de enfrente sin que yo hubiera atribuido particular importancia al asunto. Sí sé que he sido yo el que ha despertado la curiosidad de quien tienda ahí la ropa. Y me parece que es ya demasiado tarde para dejar las cosas como estaban.

Al término de estas reflexiones, me he levantado de la cama y me he asomado a la ventana del estudio. Hay luna llena, pero la sombra de un muro mantiene la terraza de enfrente en una semioscuridad suficiente, no obstante, para percibir lo que me interesa. He abierto el balcón y, con gran parsimonia, he vuelto a descorrer mis sábanas. Tras un momento de duda, he soltado las pinzas y he descolgado los cuatro lienzos.

Tras una media hora de sueño (había vuelto a acostarme), ha sonado el teléfono insistentemente. Cuando el eco del último timbrazo se hubo desvanecido, me he levantado con la seguridad de que todo

estaba a punto de aclararse definitivamente. Me he aproximado a la ventana del estudio provisto de los prismáticos y he permanecido inmóvil con la vista fija en la terraza de enfrente. Las sábanas, dos hacia cada lado, aparecen descorridas por completo dejando al descubierto las cuerdas interiores. Algo, que la distancia me impide percibir con claridad, cuelga y se mece suavemente a impulsos de la brisa nocturna.

Cuando el teléfono cesa nuevamente de sonar, aproximo los prismáticos a mis ojos y los dirijo hacia las cuerdas interiores de la terraza de enfrente. Permanezco inmovilizado durante un tiempo cuya cuenta se me escapa. El más espantoso de los terrores hace presa en mí ante lo que descubro. Mis manos aferran los prismáticos, que comienzan a temblar de manera incontenible. Advierto que se me eriza el vello y que me flaquean las rodillas. Se tensan los músculos de mi espalda y mi boca se seca a causa del pavor. ¿Quién me mandó iniciar este maldito juego? ¿Por qué he invitado a eso a mostrarme lo que hay tendido en las cuerdas interiores? ¿Qué voy a hacer ahora que conozco la horrenda realidad de las cosas?

Noto que gruesas gotas de sudor nacen en mi frente y resbalan por mis manos hasta mojar los temblorosos prismáticos. El teléfono vuelve a sonar, pero no me atrevo a cogerlo. Continúo aquí clavado, fascinado por lo que nunca hubiera imaginado descubrir a unos pasos de mi apartamento.

¿Qué es lo que debo hacer? Huir, huir rápidamente en tanto que me sea posible. Esconderme de nada serviría. Tomar lo más imprescindible y huir. Mientras el teléfono continúe sonando puedo considerarme a salvo.

El timbre del teléfono ha cesado de oírse. He de hacerme con lo necesario, dinero, la documentación, y huir. Dejar una nota de advertencia sobre la mesa; pero de prisa. La distancia entre las dos casas puede cubrirse en menos de cuatro minutos. Quién sabe si en mucho menos, tratándose de «eso».

Cuando me hallo en medio del salón con un male-

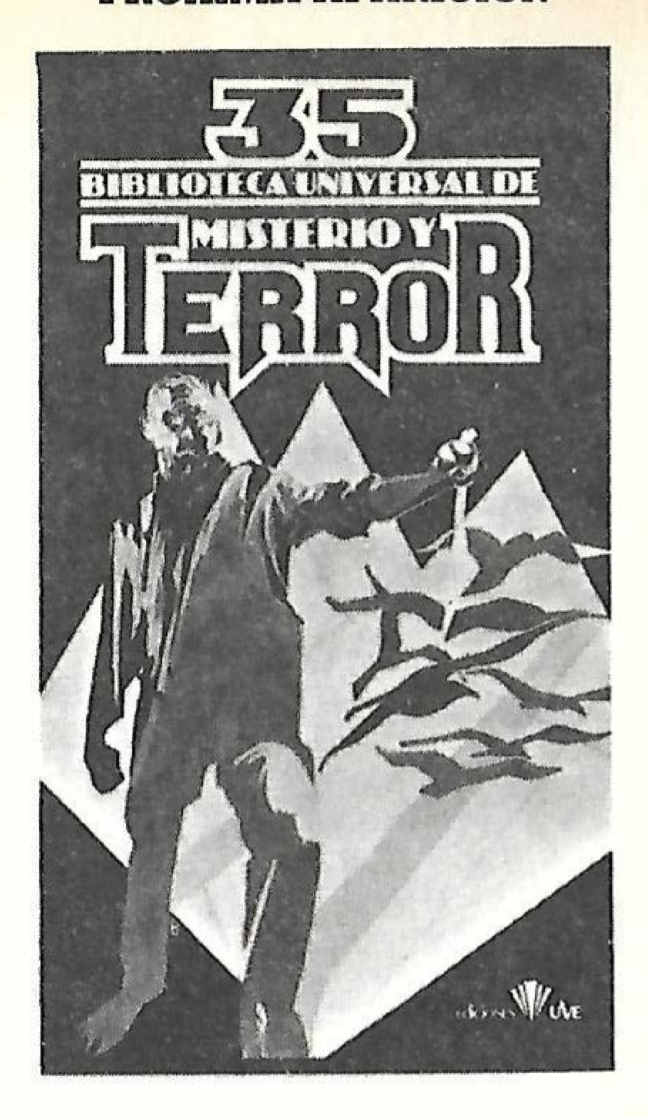
tín en la mano, llaman a la puerta. No utilizan el timbre. Hasta mí llegan una serie de golpecitos continuados, unos arañazos en torno a la cerradura...

Se produce una pausa. ¿Han renunciado? Con el maletín en la mano, permanezco en medio del salón rezando para que esta súbita quietud no se rompa. Temo que los furiosos latidos de mi corazón lleguen a oírse en el descansillo y me delaten.

De pronto, vuelvo a escuchar los golpes, los suaves arañazos. Todo está ya perdido. Aferrándose al tirador, bambolean la puerta cada vez con más fuerza. Van a desencajarla...

Sólo me quedan fuerzas para soltar el maletín. Me gustaría escribir unas palabras de advertencia, pero ya todo es igual. El aire rezuma humedad. Mi ser entero va tornándose aguanoso...

PROXIMA APARICION



LAS MANOS DE CHARLIE

LA VENGANZA

EL CIRCULO DE THALES

SUICIDIO A LA ORDEN

LA LEYENDA DEL CONDE MAWER

LA BOTELLA

UNA GOTA DE SANGRE
EN LA BLANCURA DE TU PIEL
(1ª Parte de «La Condesa Báthory»)

LOS HERMANOS GEMELOS



UN CIUDADANO COMUN

EL SERRUCHO

LA MUJER DEL VELO

TERCER GRADO

LOS OJOS DEL AHOGADO

GOLPES EN EL CUARTO TRASTERO

EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA

LA TERRAZA